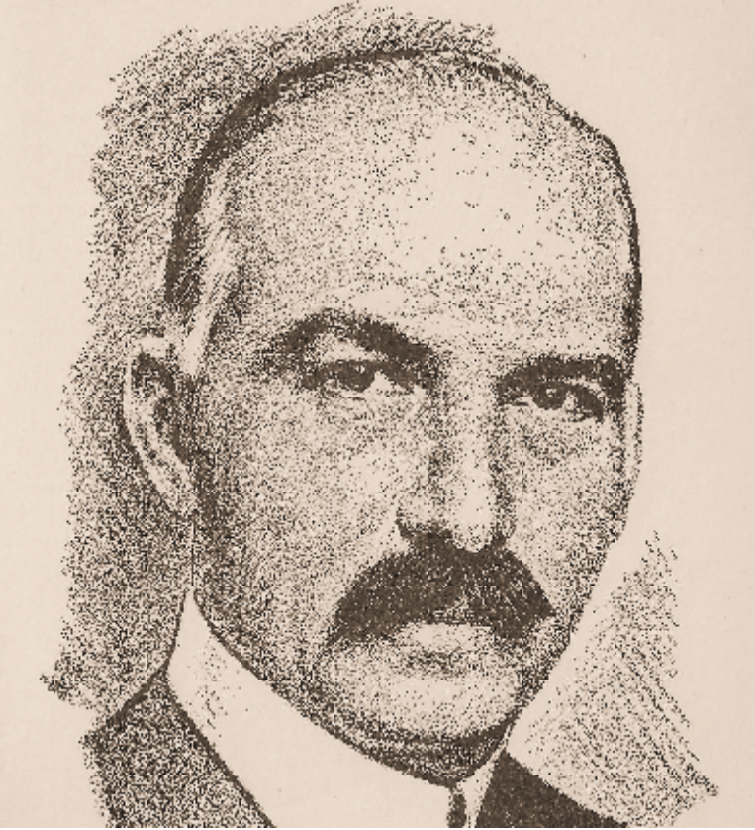

CONSEJO EDITORIAL

Entre historias y consejas

Anécdotas de la vida en Saltillo

JOSÉ GARCÍA RODRÍGUEZ

Entre historias y consejas

Anécdotas de la vida en Saltillo

José García Rodríguez

© Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
© Secretaría de Cultura
© Consejo Editorial del Gobierno del Estado

Entre historias y consejas

Anécdotas de la vida en Saltillo

José García Rodríguez

consejo editorial

Cuauhtémoc sur 349
Saltillo, Coahuila

Esta obra es publicada sin fines de lucro
y su distribución será gratuita.

Enero de 2019

Impreso en Saltillo, Coah., México

Presentación

FOMENTAR LA LECTURA es una responsabilidad social, por ello dentro de las acciones que el Gobierno del Estado lleva a cabo está la del fomento continuo a la lectura, en la que ha participado muy activamente el Consejo Editorial del Estado con la publicación de la Colección Clásicos de Bolsillo, que ya tiene dos emisiones con 10 títulos de autores de fama universal.

La tercera emisión de esta Colección está dedicada a cinco autores coahuilenses, con señalados méritos en la literatura de nuestra región y figuras importantes dentro de la cultura en el estado, por lo que el nombre sufre una variación: Colección Clásicos Coahuilenses de Bolsillo, que incluirá textos poéticos y narrativos de Manuel Acuña, José García Rodríguez, Rafael del Río, Felipe Sánchez de la Fuente y Julio Torri.

Así, el gobierno de Coahuila brinda a las nuevas generaciones la oportunidad de deleitarse con las

creaciones literarias de estos coahuilenses de letras de los siglos XIX y XX, creaciones que son el espejo del tiempo en que vivieron. Leerlas nos permitirá ponernos en contacto con lugares, personas, costumbres y experiencias de aquellas épocas.

Miguel Ángel Riquelme Solís
Gobernador Constitucional
del Estado de Coahuila de Zaragoza

Las Galindos

I

ERAN TRES HERMANAS, María de Jesús, María de los Dolores y María del Refugio Galindo, que en la intimidad del hogar y del afecto, se llamaban Chita, Lola y Cuca, y eran conocidas en el lugar, indistintamente, con tales diminutivos y con el nombre genérico de "las Galindos". Habían pasado de la juventud en honesta soltería, no porque fuesen feas o tuvieran defectos de otra índole que alejaran a los hombres, pues al contrario, fueron, si no guapas, simpáticas y hacendosas, y aunque habían quedado huérfanas desde niñas, supieron conservar siempre su buena fama y merecer la estimación de sus convecinos. Pero estaban tocadas del sino maléfico –¿por qué no benéfico?–, que sin razón aparente, condena a veces a familias enteras de muchachas a no hacer otra cosa en la vida que "vestir santos".

Las Galindos vivían de su trabajo. Bordaban muy bien; deshilaban y tejían de gancho

primorosamente, y eran extremadas en la preparación de dulces, panes y frutas de sartén. Nadie hacía como ellas las mermeladas, las tirillas de durazno y de membrillo, la jalea de tejocote –piedra de toque de las habilidades confiteras–, el turrón, los gaznates y los bollos de leche. Tales golosinas tenían demanda todo el año, pero muy especialmente durante las vigilias de Semana Santa y las fiestas de Noche Buena, Año Nuevo y Día de Reyes, en que se celebraban las Posadas y se bajaban los Nacimientos. Entonces obtenían las tres hermanas muy buenas utilidades, que unidas a las circunstancias de ser propia la casa en que habitaban, baratos los mantenimientos y ellas humildes y económicas, les permitían vivir tranquilas, y según comentarios de la gente, hacer ahorros para la vejez y los casos fortuitos.

Chita, la mayor, delgada y nerviosa, añadía a los fueros de la edad, los dones de una inteligencia clara y una voluntad enérgica, y era por eso, la cabeza del hogar. Lola, la mediana, aunque de apariencia que no extrañaba por robusta, era activísima y hábil para todos los trajines domésticos, y Cuca, la menor, sana y procerosa, tenía a su cargo los quehaceres que requerían fuerza y resistencia, como cambiar de sitio los muebles

cuando se sacudía la casa, tirar a la calle el cajón de la basura, y cuando hacían dulces, menear el cazo y sacarlo prontamente de la lumbre, en cuanto estaba de punto. En el ejercicio de tales actividades estaba siempre bien deslindada la participación de cada una. Lola encendía la lumbre o calentaba el horno, mezclaba los ingredientes, preparaba las vasijas o las canastas; Chita daba los puntos, y Cuca, remangada y sudorosa, movía la gran cuchara de palo en la mezcla compacta y resistente, o empuñando la pala, metía en el horno las hojas de lata con las pellas de masa, y las sacaba, una vez transcurrido el tiempo necesario. No obstante la división de funciones que podrían llamarse fundamentales, adecuadas a las cualidades características de cada quien, las tres participaban de las tareas que no requerían habilidad especial, como lavar los trastos, pelar almendras, mondar duraznos o deshuesar tejocotes.

Tenían su casa modesta, casi pobre, pero limpia y arreglada. El estrado con su trozo de alfombra, el canapé con su funda de plegados volantes, las sillas de tule puestas simétricamente en torno de la sala, sendas rinconeras en los ángulos, y sobre una de ellas, multitud de cachivaches, entre los cuales sobresalía una imagen de bulto del Santo Cristo

de la Capilla, a cuyo pie ardía constantemente una lamparilla de aceite. En las paredes, numerosas estampas de santos, adornadas con flores de papel, y en épocas propicias, con sartas de maravillas y espigas naturales. En la alcoba contigua a la sala y comunicada con ella, sin otra luz exterior que la de una claraboya abierta cerca del techo, las tres camas de madera, limpias y bien guarnecidas, los tres baúles forrados de piel cruda con clavos dorados, y otra muchedumbre de estampas, destacándose en la cabecera de cada lecho, por su mayor tamaño y más profusa ofrenda de adornos, la imagen del santo correspondiente al nombre de cada una de las tres hermanas.

Para ir de paseo, de visita o a misa los domingos y fiestas de guardar, salían las tres juntas, las mayores atrás y la más joven delante, con el pelo partido por el medio, pegado en ondas a las sienes y recogido en la nuca por apretado rodete; las faldas plegadas, barriendo el suelo, sin dejar ver ni las puntas de los pies, y cruzados al pecho, sobre las "mascadas" de seda, los tápalos de merino de largos flecos. En las grandes solemnidades –la Semana Santa, el Jueves de Corpus, el Novenario y la Función del Señor de la Capilla–, se ponían los túnicos de gro, los aretes de filigrana de oro y los

anillos de esmeraldas, de los llamados "memorias", que se descomponían en una cadenilla de sutiles argollas.

II

Durante la feria, famosa en todo el país, que se verificaba en el mes de octubre de cada año, llenaba la ciudad una gran muchedumbre de gente forastera, procedente de todas partes, que acudía a vender y a comprar, al husmo de lícitas empresas comerciales y de ganancias indebidas, de los juegos de suerte –albures, ruleta, chuza, manitas, carcamanes–, no menos que al poderoso atractivo de comedias, funciones de circo, peleas de gallos y corridas de toros. Y con honrados mercaderes, sencillos rancheros y personas de arraigo, que venían a hacer negocios o a divertirse honestamente, llegaba también gran copia de pícaros, diestros en todo género de maldades, que entre la enorme población hacinada en mesones, casas particulares y hasta en las calles y plazas bajo improvisadas barracas de manta y de madera, y a favor del tráfico y barullo de las fiestas, tenían ocasión y coyuntura para ejercer sus habilidades con el mayor provecho y el menor peligro. Y después de cerrada la feria,

cuando los forasteros regresaban a su tierra, y Saltillo recobraba su quietud ordinaria, siempre ocurrían, como huellas de la pasada algazara, robos, pleitos, asesinatos y escándalos, causados por los residuos de gente perversa que las autoridades procuraban perseguir y eliminar prontamente, para que la ciudad volviera a su habitual seguridad y sosiego.

III

A la sazón, se estaba a fines de noviembre; un mes antes había terminado la feria, y hacía una de aquellas nortadas, frecuentes durante el invierno, de cielo nublado, temporal y "candelilla", que por varias semanas no había permitido la alegría del sol, sino por breves y parciales escampos. Aquella noche había cesado la lluvia, pero el frío era intenso, y se sumergían las cosas en una masa de niebla, que la falta de luz en las casas y de alumbrado en las calles, volvía compacta y tenebrosa. Los vecinos desde temprano habían cerrado sus puertas y ningún rumor ni movimiento de vida se percibían bajo las sombras.

Las Galindos vivían cerca del Ojo de Agua, casi a extramuros de la ciudad. Su casa –sala con

ventana y puertas exteriores, recámara, cocina y patio–, cercada de solares vacíos y frontera a las tapias de una huerta, era más alta que el piso de la calle, y tenía, a la entrada, una escalinata de piedras desunidas y rotas por el uso y el tiempo. Apartada del centro urbano y lejos también de las demás viviendas del barrio, peligrosa para mujeres solas, hubiera atemorizado a otras que no hubieran sido las Galindos, acostumbradas desde muy jóvenes a enfrentarse con la vida y a no atenerse sino a sus propios recursos.

Chita, después de cenar, entreabrió la ventana protegida con gruesas rejas de palo, miró un momento hacia abajo y hacia arriba, y dijo a sus hermanas en tono hiperbólico:

–¡Está la noche como boca de lobo!

Lola y Cuca, a su vez se asomaron una en pos de otra, y repitieron la misma frase:

–¡Como boca de lobo!

–¡Como boca de lobo!

Rezaron un largo rosario de quince, y se acostaron. Chita apagó la vela que en vieja palmatoria de hierro había puesto sobre una silla, a la cabecera de la cama. Sólo la débil lamparita votiva quedó iluminando confusamente la imagen de Cristo, cuya sombra se proyectaba hacia arriba,

deformándose, en el muro encalado, y derramaba por toda la estancia un vislumbre trémulo, con alternativas de crecimiento y de mengua, como si luchara por triunfar de la sombra.

Acababa Chita de dormirse cuando despertó escuchando unos golpes subterráneos y a compás, que hacían trepidar ligeramente el suelo y los muros, y cesando por momentos, continuaban de nuevo, al parecer más cercanos. Chita se levantó quedamente y pegó el oído en la pared que daba al patio; pero los golpes, en vez de precisarse, se oían más lejos. Se fue a la sala, y se dio cuenta en seguida, de que sonaban del lado de la calle, junto a la casa, y atisbando por una rendija, pudo ver que tres individuos hacían un agujero debajo de la puerta de entrada. Despertó a sus hermanas, enterándolas de lo que pasaba y recomendándoles se vistieran aprisa y en silencio.

–Pediremos auxilio –propuso una de ellas.

–No –afirmó Chita–; entrarán antes de que los vecinos nos oigan.

–¿Entonces?

–No tengan miedo… Tú, Cuca, cubre con alguna cosa la luz de la lamparita… Tú, Lola, tráeme, pero volando, el hacha de la cocina.

Cuca y Lola cumplieron las órdenes de Chita.

–Ahora –ordenó ésta, empuñando el hacha–, pónganse las dos del otro lado de la puerta, pero bien pegadas a la pared y sin hacer ruido.

Obedecieron, como antes, automáticamente, tanto por la autoridad que la hermana mayor tenía sobre ellas, como por el dominio que ejercen en los momentos de peligro las voluntades enérgicas.

Los golpes continuaron. De repente se hundió un trozo del piso, a un paso del umbral; la punta de una barreta aparecía y desaparecía en los bordes del hoyo que por momentos se hacía más grande; en seguida, dos manos crispadas asomaron arañando la tierra. Cesaron los golpes, y del hoyo surgió lentamente una cabeza desgreñada. El hacha la partió en dos pedazos.

–Estírenlo, muchachas –murmuró Chita.

Lola y Cuca, cogiéndolo por los hombros, jalaron el cuerpo hasta en medio de la sala.

Asomó inmediatamente otra cabeza, y el hacha la cortó de un solo tajo.

–Estírenlo, muchachas.

Apareció la tercera cabeza, y un tercer hachazo la separó del tronco.

–Ése déjenlo allí tapando el agujero… Lávense las manos, y mientras amanece, vamos a rezar la Novena del Santo Cristo, en acción de gracias.

Chita se manifestaba tranquila. Cuca y Lola, aunque azoradas y trémulas bajo el horror de la sangre que les manchaba las manos y las ropas y corría por el suelo, se sentían confortadas por la presencia de ánimo de la hermana mayor.

–Rezaremos en la recámara –propuso una.

–No –dijo Chita–; aquí ante la imagen del Señor. Allí dentro nos daría más miedo.

Se arrodillaron, persignándose devotamente. La luz de la lamparilla subía hasta el techo, y desde allí descendía medrosa y desmayada; las sombras, saliendo de los rincones, se alargaban para capturarla; pero ella tornaba a escapar hacia arriba, y las sombras se replegaban de nuevo; a cuyo alucinante vaivén, temblaban las vigas, los muros, los muebles, la imagen del Crucificado, y parecía que volviendo a la vida, iban a levantarse los muertos.

“En ésas nos viéramos, Chepita”

El licenciado don José María de Letona, pariente del Excelentísimo señor don Juan Ruiz de Apodaca Elisa López de Letona y Lazqueti, Virrey de la Nueva España, anteponiendo la felicidad de su país a las preocupaciones y vanidades aristocráticas, abrazó la revolución encabezada por don Miguel Hidalgo, y en calidad de asesor de guerra o algo por este arte, acompañó al infortunado caudillo hasta el fin de su gloriosa aventura.

Después de la aprehensión de los jefes insurgentes, el licenciado Letona no logró preservarse de las represalias que don Félix María Calleja del Rey emprendió –táctica peculiar de los vencedores respecto de los vencidos–, contra todos los que de alguna manera tomaron parte en la rebelión fracasada; sufrió prisiones y maltratos, y no hubiera podido escapar de la muerte, sin el protector influjo de su pariente el Prebendado don Miguel Sánchez Navarro. Pero como se había afiliado al primer movimiento libertador, el licenciado Letona, al consumarse la Independencia por el Plan

de Iguala, se convirtió en personaje político de importancia, como sucede siempre si triunfa su causa, no digo a individuos de altas prendas morales, sino a bastos y vulgares sujetos. Y el 10 de mayo de 1831 asumió el gobierno de Coahuila, entre la general alegría de los saltilleros que conocían las grandes cualidades de intelecto y corazón de su nuevo gobernante.

Era el licenciado Letona un hombre de su tiempo, de arraigadas convicciones religiosas, fiel observante del rito católico, apostólico, romano, de intachable conducta pública y privada, no obstante su romancesca aventura revolucionaria, compartida con generosa ilusión por muchos hombres de su misma contextura moral; de cultivado talento, ameno trato y bondadoso carácter que no perjudicaba a la energía, sino antes bien, le prestaba el medio de ejercerse con más eficacia y mejor suceso. Y aunque a veces solía entregarse a prácticas extravagantes –achaque común a todos los hombres extraordinarios–, durmiendo en un cajón y pasando los días subido en una higuera de su huerta, semejantes caprichos no eran en él sino las excentricidades de una personalidad superior, que por extrañas que parecieran, no mudaban sus sentimientos ni perturbaban su juicio.

Tenía el licenciado Letona, como todos los hombres de su generación, muy viva la conciencia de la responsabilidad, y al recibir la investidura del poder, sabía que lejos de hacer negocios y satisfacer apetitos –maneras de gobernar que no estaban entonces de moda–, iba a sacrificar su tranquilidad y sus intereses particulares en favor del estado, a velar efectivamente por la vida, la honra, la hacienda y la libertad física y moral de sus conciudadanos. Y se manejó con tal saber y destreza, que enderezó en breve tiempo cuanto en las varias incumbencias del gobierno andaba torcido, particularmente lo que miraba a la seguridad de personas y bienes, pues persiguió el latrocinio a tal grado, que solía abandonar por la noche su capa española en los bancos de piedra de la Plaza de Armas, sin que nadie se atreviera a llevársela. Los rateros que habrían logrado escapar a la terrible batida y que seguirían haciendo de las suyas a la chitacallando, sabedores de que la fina prenda era de su Señoría –en los pueblos cortos nada se tiene secreto–, se guardarían muy bien de tocarla para no dar señales de vida.

Después de la guerra de Independencia y los trastornos políticos que la siguieron, la ciudad de Saltillo había vuelto a su quietud habitual. Echada

en el declive de su loma, ceñida de huertas, oreada por el aire fresco y saludable de la sierra, saboreaba su vida mansa, sin ambiciones febriles ni prisas fatigantes… La misa de alba, el trabajo moderado que daba lo preciso para vivir sin exigencias ni fantasías, la sabrosa charla en las reboticas y en los estrados, los yantares sobrios, el santo rosario al anochecer y la paz del sueño cuando la campana mayor daba la queda y se oían los primeros pitos de los serenos… Nada turbaba el sosiego de los ánimos, si no era a veces el eco de las contiendas lejanas y el temor a las correrías de los salvajes. Ricos y pobres se sabían mutuamente de memoria, y sin que se enfriaran las cordialidades del trato ni la estima verdadera, las murmuraciones de los unos a expensas de los otros, eran sabrosas y entretenidas. Todo se sabía mediante un sistema de información, que mal año para los más perfectos de los tiempos modernos. La vida de los pacíficos saltilleros semejaba un juego a cartas vistas, donde nadie puede llamarse a engaño, sin astucias que valgan ni estratagemas que sirvan. La manera de vivir de los hombres y las mujeres, sobre todo si pertenecían a las clases pudientes, era observada en todos sus aspectos, aun los más íntimos y secretos, por el fisgoneo de sus convecinos, y nada

podían hacer bueno ni malo, que no saliera a luz, corriendo en el acto, como el agua que se desborda, por todos los recovecos de la ciudad. Claro que se cometerían pecados veniales y hasta mortales, y como seres humanos, muchos sucumbirían a las tentaciones del demonio; pero se temía al escándalo, y en tales casos, la maledicencia bajaba la voz o se callaba del todo, para no pregonar el mal ejemplo.

Y sucedió por entonces un acontecimiento inesperado que turbó la monotonía del vivir saltillero, como un ruido estridente en un silencio grato, como una canción alegre en la paz de un cementerio… Chepita apareció en Saltillo… Andaba, al parecer, entre los veinticinco y los treinta años. En su rostro ovalado y moreno los ojos oscuros de largas pestañas tenían temblores de luz, como las piedras preciosas; los labios acorazonados y rojos se abrían en perenne sonrisa; los cabellos castaños partidos por el medio, perfilando la frente, en cuya tersura trazaban las cejas su curva impecable, se pegaban en ondas a las sienes y formaban en la nuca un abultado moño; la gentil cabeza se erguía sobre las armoniosas líneas de un cuerpo gallardo, cuyos movimientos aunaban la distinción y la gracia; el traje de colores vivos, de estilo más bien popular que señoril, pero sencillo y correcto, dejaba ver

los pies bien calzados con zapatillas de tacón alto, y cubríale el busto un rebozo tornasol, terciado con garbo.

Las primeras veces causó, más que todo, sorpresa; pero días después, cuando pasaba Chepita repicando rítmicamente con los tacones sobre las losas de las aceras, los vecinos salían a las ventanas, los transeúntes se paraban, los horteras desatendían el despacho para verla pasar, y en el Parián las "puesteras" tlaxcaltecas, hablando en su viejo idioma, se disputaban el gusto de regalarle las mejores manzanas y las rosas más lindas. Un domingo que Chepita fue a misa de once, los fieles desatendiendo la santa ceremonia, no hacían otra cosa que volverse disimuladamente para verla, a pesar de que ella se mantuvo con la corrección y el respeto debidos a la casa del Señor, y nadie rezó a derechas las oraciones finales, por salir en tropel a pararse en la puerta y admirar de cerca a la inquietante "fuereña". Las señoras principales, sólo por conocerla, visitaban a las vecinas de las calles que sabían frecuentaba Chepita, y después de mirarla con avidez, como miran las mujeres cuando aman y cuando odian, hablaban de ella despectivamente, juzgándola más que bonita, escandalosa, pues vestía de un modo deshonesto y andaba por todas partes

y a todas horas, a veces sola y a veces acompañada, que no se sabía cuál fuese de ambas cosas la más vituperable. Las autoridades que se lo consentían estaban faltando a su deber.

Chepita, como todas las mujeres, percatándose al vuelo de quienes la miraban con afecto y simpatía, les pagaba en miradas y sonrisas amables; daba conversación a los que se atrevían a acercársele, que pronto fueron muchos; llegaba con facilidad a la confianza y a las bromas, y no se extrañaba de una frase imprudente, ni se enojaba por una proposición atrevida.

No tardó mucho en saberse que hacía excursiones a las huertas, al Cerro del Pueblo y hasta a la Boca de San Lorenzo, en compañía de amigos, y que en su casa, próxima al crucero de las calles del Mezquite y de los Sauces, se reunían jóvenes, hombres maduros y viejos verdes a tocar la guitarra, cantar, bailar y jugar a las cartas, amén de lo que no era posible que saliese a flor de agua.

Las damas de más campanillas, pertenecientes a las cofradías y otras asociaciones piadosas del lugar, a quienes indudablemente competía el derecho moral de velar por las buenas costumbres, pusieron las hablillas en conocimiento del señor cura, pidiéndole consejo, y el señor cura se las comunicó al

gobernador, suplicándole arbitrase el remedio. El licenciado Letona, respetuoso como el que más de los derechos ajenos, solicitó informes de algunos de sus amigos, que por alternar con toda laya de gentes, podrían estar mejor informados; pero como se los dieran contradictorios, por ser los unos enemigos y los otros parciales de la guapa moza, comisionó a un corchete de su entera confianza para que vigilando de cerca la casa de Chepita, indagara la verdad de las cosas. No fue de provecho la medida, pues el espía sólo pudo informar al gobernador lo que éste ya sabía, que la visitaban Fulano, Mengano y Zutano, que hacían dentro bastante mitote de música, charla, cantos y risas, y que al sonar la queda, salían los que habían entrado, y Chepita cerraba su puerta y apagaba su luz; que si más tarde regresaban algunos, ello no le constaba, pues no habiendo alumbrado en el barrio y estando la casa tan cerca de la esquina, que volver ésta y entrar en aquélla, era todo uno, sólo parándose en la misma puerta –para lo cual no estaba autorizado–, podría saberse si había entradas y salidas clandestinas.

El licenciado Letona se hallaba perplejo, pues si aquella señora ponía una nota de color subido en el higiénico medio tono de la vida saltillera, él como gobernante, no podía atropellar los derechos de nadie,

ni proceder en detrimento de persona alguna, por humilde o despreciable que fuera, sino en los casos de un delito bien comprobado o de una transgresión ostensible de la moral y las buenas costumbres. Meditaba el escrupuloso funcionario cuál sería en el caso su deber, y casi se había resuelto a esperar mejor coyuntura para emplear medidas de rigor, cuando un día, al llegar a su casa un tanto fatigado por estarse en verano y venir de cuestarriba y a pie –el oficio no daba en aquellos tiempos para usar coche–, su mujer le condujo a la alcoba matrimonial, revelando en su actitud disgusto y preocupación, y tras de cerrar la puerta, le anunció que iba a comunicarle algo muy grave relativo a Paquito.

Por aquel entonces, era éste su único hijo varón, muchachote de doce años, bien desarrollado y guapote, carilleno, de grandes ojos garzos, rojos los mofletes, rubio el cabello, naturalmente ondulado, y unas gruesas y bien hechas pantorrillas, que para sí las quisieran las chicas mejor dotadas. A pesar de su edad, aún andaba de corto y siempre al cuidado de una nana indígena –cara de ídolo, trenzas sueltas por la espalda, rebozo azul, enaguas plegadas y zapatos de gamuza–, y ella lo desnudaba en la noche para meterlo en la cama, lo levantaba, lo vestía, lo llevaba a la escuela y lo acompañaba a todas partes,

cogiéndolo de la mano para atravesar las calles, y evitándole comer golosinas a deshora, ensuciarse la ropa y amistarse con chicos de dudosas costumbres.

–¿Pero qué es ello? –preguntó ansiosamente el licenciado Letona.

–Figúrate que esta mañana, cuando el niño regresaba de la escuela, lo encontró esa Chepita, esa mala pécora que tanto escándalo mueve, sin que tú la reprimas, cosa que ya te tiene a mal todo el mundo…

El licenciado pretendió hablar, tal vez para disculparse; pero la señora, con un gesto, le indicó que esperara.

–Y acercándose a él –continuó la dama–, le acarició la cara y el pelo, le dijo que el gobernador tenía un hijo muy chulo, le dio un par de besos en las mejillas y le regaló un cucurucho de caramelos…

El licenciado, alzando las manos que tenía apoyadas en las rodillas, hizo un ademan de desolación.

–Y es lo más grave que el niño, desde esta mañana, no habla sino de Chepita; afirma con un fuego que yo no le había conocido, que es bonitísima y simpática, y cuando la nombra, se ruboriza hasta la raíz del pelo. Se enfurruñó y me dio una respuesta grosera, cuando le advertí que

esa Chepita es una mujer vulgar, de malos sentimientos, y que no merece la estimación de las personas decentes.

–¿Cuál fue esa respuesta?

–Que las señoras que vienen a casa son más vulgares y malas, porque sin ser tan guapas como Chepita, ni andar tan limpias como ella, se pasan el tiempo murmurando unas de otras, y a pesar de que meriendan y comen aquí muchas veces, a él nunca le han dado ni un pedazo de charamusca.

Leve sonrisa de satisfacción por la agudeza del chico, iluminó la faz preocupada de ambos esposos, y alivió pasajeramente la solemnidad de la escena.

–¿Y la nana qué dice? ¿Acaso no pudo evitarlo?

–La nana –replicó irónicamente la señora–, se muestra también encantada, y jura y perjura que las caricias que Chepita hizo al niño nada tienen de malo, y que esa perdida es preciosa y muy buena.

–Se pondrá remedio –afirmó el licenciado, ya convencido.

–Pero pronto, hijo mío, para que la cosa no pase a mayores; no por Paquito, que ya sabré yo cómo me las arreglo para evitar esa clase de encuentros, sino por los demás que están o pueden estar en pecado, y también por el buen nombre de tu gobierno. Acabo de consultar al padre guardián

y al señor cura, y ambos opinan que no dejes pasar más tiempo sin aplicar a esa mala mujer el correctivo que merece.

Aquella misma tarde dio orden el gobernador para que a la mañana siguiente se llamara a Chepita.

El licenciado Letona que había estado en la guerra y tratado trascendentales negocios con personajes de viso y con peligrosos bandoleros, ante la proximidad de su entrevista con aquella moza vulgar, sentía sin saber por qué causa, una molestia recóndita, una indefinible inquietud que, enervándole, no le permitían concentrar su atención en sus labores habituales. Cuando abrieron la puerta para dar paso a Chepita, penetró, precediéndola, un aroma suavísimo que recordó al licenciado Letona el de la flor de los huisaches en primavera. Indicó a Chepita un asiento y fingió que leía un oficio, para tener tiempo de serenarse y observar a hurtadillas a la terrible diablesa. De su callado examen sacó por consecuencia que la fama se había quedado corta, pues en verdad, era bella la moza y tenía, además, un singular atractivo. Allá por las honduras de su ser masculino, sintió el licenciado Letona algo así como un grato cosquilleo; pero hombre virtuoso, acostumbrado a vencer los instintos malsanos, ahogó con un acto de voluntad

aquella sensual complacencia.

–¿Es usted Chepita? –preguntó cortésmente.

–Para servir a Dios y a Usía.

–¿De dónde es usted?

–De aquí.

–¿Cómo entonces no se la había visto hasta ahora?

–Hace años que me fui a vivir a México… Allá me casé… Se murió mi marido, que de Dios goce…

–Amén.

–Y me decidí a regresar a mi tierra.

–¿Vive usted sola?

–Sí señor.

–¿Que no tiene usted parientes?

–No señor.

–¿Y de qué vive usted?

–Coso ajeno, y trabajo donde me ocupan.

–Eso produce poco, y debe usted de tener otras ganancias, a juzgar por su traje, sus afeites y su perfume.

–No crea Usía, señor gobernador… El rebozo me lo compró mi difunto, que de Dios goce…

–Amén.

–El perfume, yo misma lo hago con las florecitas amarillas de los huisaches… Me enseñó un italiano, y si viera Usía que es fácil y cuesta casi

nada… El vestido… Tóquelo Usía… Es de indiana de a real… Y los afeites, no los uso, pues mis colores, aunque me esté mal el decirlo, son naturales, como puede Usía convencerse, si quiere.

–No… No es necesario –prosiguió el licenciado, próximo al espanto–. Me informan, además, que usted se pasea por lugares apartados, acompañada de amigos, y los recibe por la noche en su casa, donde hay música, vino y baraja.

–En cierto modo, no lo han engañado a Usía, y en cierto modo, sí… Es verdad que tengo amigos y que salen a paseo conmigo y van a mi casa a divertirse… Son gentes que me han mostrado cariño, y claro, no voy a hacerles un desaire; pero ni en el paseo ni en mi casa hacemos nada malo… Usía puede convencerse, si gusta, yendo a pasar el rato con nosotros.

–Gracias… No es para tanto… Probablemente es cierto lo que usted me cuenta… Pero *vox populi, vox Dei*…

–¿Cómo dice Usía?

–La voz del pueblo es la voz de Dios, y ésta la condena a usted. Es, pues, absolutamente preciso que deje usted ese modo un poco estrafalario de vestir; que se ponga una falda más larga y una blusa más alta de cuello, que las que ahora trae, y se

cubra la cabeza con un rebozo negro; que no salga a la calle sino para las diligencias indispensables… nada de paseos ni cosas por ese arte, y menos acompañada… Despida a los amigos, ciérreles definitivamente la puerta de su casa, y entréguese al trabajo, que no ha de faltarle, y a las prácticas piadosas, frecuentando los sacramentos y tomando como director espiritual a cualquiera de los señores curas o a uno de los reverendos padres de nuestro Señor San Francisco, como usted lo prefiera… ¿Me entiende?

–Sí señor –contestó Chepita compungida, con la cabeza inclinada, los ojos bajos, más colorada que de ordinario, y haciendo dobladillo con el extremo del rebozo.

–Pues de lo contrario –prosiguió el gobernador, poniendo mayor severidad en la voz y marcando las palabras con el índice de la mano derecha–, me veré en el penoso deber de desterrarla, no sólo de la ciudad, sino del estado… Medite lo que le he dicho, y vaya usted con Dios.

Chepita se encaminó a la puerta, enjugándose las lágrimas con un fino pañolito de seda randado, que esparció más intensamente el aroma de la flor de los huisaches. En el umbral se detuvo, volviéndose

al licenciado Letona que puestas las manos en los batientes, se disponía a cerrarlos.

–Estoy pensando –le dijo entre sollozos–, que si soy tan mala y perniciosa, que por eso no me quieren aquí, lo mejor será que me vaya, antes de que Usía me destierre… Y esté Usía seguro de que lo haré muy pronto.

–¡En ésas nos viéramos, Chepita! –exclamó el licenciado, cerrando la puerta.

No se sabe si la guapa Chepita cumplió su propósito de marcharse o se plegó a los consejos del licenciado Letona; pero la frase final de éste "En ésas nos viéramos, Chepita", perduró como un modismo local, ahora casi olvidado, para significar el deseo, y al mismo tiempo la duda, de que se verifique una cosa.

Cuando César pasó el Rubicón

LAS DAMAS PERTENECIENTES a las Congregaciones y Cofradías de las Ánimas, de la Vela Perpetua, del Señor San José y del Santo Cristo de la Capilla, convocadas por el señor cura, se reunieron en la sacristía de la parroquia de Santiago, en tanto que los señores de más campanillas, comerciantes, agricultores y propietarios de fincas urbanas, conferenciaban en la Sala de Cabildos, presididos por el alcalde, que lo era a la sazón Su Señoría don Manuel Carreño.

Ambas reuniones tenían doble motivo: comunicar a los presentes la próxima llegada del Ilustrísimo y Reverendísimo señor doctor don fray José María de Jesús Belaunzarán, recientemente nombrado Obispo de Linares, quien de paso para la Sede de su Diócesis, permanecería por corto tiempo en la fresca y apacible ciudad de Leona Vicario, y acordar el hospedaje, recibimiento y festejos que habrían de preparársele, pues además de príncipe de la Iglesia, a quien el pueblo católico debía cariño y respeto, era el señor Belaunzarán

persona de clarísimo ingenio, vasta ilustración y reconocidas virtudes. Las manifestaciones de amor y veneración de sus feligreses debían, por tanto, corresponder a la categoría eclesiástica, intelectual y moral del personaje a quien iban a dirigirse.

Después de minuciosas deliberaciones, prolongadas por más de tres horas, despertando la inquieta curiosidad del vecindario que momentos después de iniciadas las juntas, ya sabía que estaban celebrándose y cuál era su objeto, se tomaron importantes acuerdos. Alojar a Su Ilustrísima en la casa de los señores Sánchez Navarro, quienes por su amplio trato de gentes y buena posición económica, estaban en aptitud de agasajarlo en forma apropiada; invitar al vecindario para adornar los frentes de las casas; engalanar interior y exteriormente las Consistoriales, las parroquias, la Capilla del Santo Cristo y los demás templos de la ciudad con los atavíos de las grandes solemnidades civiles y religiosas; ofrecer un banquete al señor Obispo al día siguiente de su llegada; levantar arcos emblemáticos en los cruceros de la Calle Real, cuyo pavimento se cubriría de flores hasta la entrada de la parroquia de Santiago; echar a vuelo las campanas de todos los templos; instruir a un grupo de gente del pueblo para que al llegar a la ciudad la diligencia

en que viajaba el señor Belaunzarán, quitara las mulas al vehículo y lo condujera a brazo hasta el alojamiento destinado al señor Obispo; salir a encontrar a Su Ilustrísima hasta la hacienda de la Encantada, a cinco leguas de la ciudad, los señores curas, los demás miembros del clero secular y regular y el Cabildo Municipal, y allí el señor alcalde hacerle presentes, en nombre del pueblo, sus filiales saludos y respetuosa bienvenida.

Como se acordó se hizo. El día en que Su Ilustrísima debía de llegar, amanecieron las ventanas y las puertas adornadas de cortinajes auténticos o figurados con tápalos, sobrecamas, sábanas randadas y otros lienzos de difícil clasificación; algunas, festonadas de flores y convertidas en retablos del Santo Cristo de la Capilla, del Patrón Santiago y de la Virgen de Guadalupe; las calles barridas y regadas con desusado esmero; las cozolejas para la iluminación nocturna alineadas en los pretiles de las casas y en las capiteles, cornisas y saledizos de templos y edificios públicos; en la parroquia de Santiago, vestidos los altares con las colgaduras y paños más ricos, con velas enteras los candelabros y las arañas, tendida una alfombra desde la puerta hasta el dosel levantado en el Presbiterio, recosidas la seda y las borlas del palio

y limpias y brillantes las varas de bronce; en la casa de los señores Sánchez Navarro, preparada la mejor alcoba, con los muebles más finos, la cama más blanda, las sábanas de lino, la sobrecama de brocatel, y aderezada la mesa con manteles de alemanisco y vajilla de plata; colmadas de olorosos perones, tamales, enchiladas y pan de pulque, destinados al señor Obispo, las canastas y bandejas de los tlaxcaltecas del pueblo de San Esteban; levantados tres arcos en la Calle Real, uno de cañas de maíz, otro de espigas de trigo, y el tercero de madera y manta pintada al temple, imitando bloques de mármol, y todos con leyendas alusivas en prosa y en verso. Las señoras, en afanosa competencia, preparaban el banquete que se serviría en la Sala de Cabildos, y en cuya lista de platos figuraban el mole de guajolote, la fritada de cabrito, los chiles rellenos, los pollos en diversos adobos, las mermeladas, las tirillas de durazno, la jalea de tejocote, los cubiletes y los huevos reales; todo ello con garantía de excelencia, como quiera que a cada señora le había correspondido preparar un platillo, y todas ponían su mayor empeño y saber culinario para que lo suyo fuera lo más sabroso y mejor presentado.

Aquel día los comerciantes cerraron sus tiendas, los profesores sus escuelas, los menestrales sus talleres, y todo el mundo se echó a la calle, vestido con sus ropas domingueras, estacionándose y apretujándose en azoteas, ventanas, puertas y aceras de la Calle Real, por donde entraría Su Ilustrísima, y el grupo de fieles que debía sustituir las mulas de la diligencia, se hallaba apostado en el sitio estratégico, a extramuros de la ciudad. Las sueltas piedras del arroyo habían desaparecido bajo las flores; la bandera nacional flotaba sobre las Casas Consistoriales; la multitud, ruidosa y alegre, iba y venía en pintoresco desorden; los cargadores, en lo alto de las torres, estaban alerta, asidos a las cuerdas de los badajos, para comenzar el repique, cuando la diligencia llegara a la entrada de la ciudad; algunos cohetes estallaban, como impaciente anticipación de los millares que estallarían en tiempo oportuno, y entretanto, el clero y el Cabildo Municipal encabezado por el alcalde, vistiendo Su Señoría casaquín, calzón corto y sombrero montado, caminaban en ruin carricoche, tirado por un tronco de machos perezosos, con rumbo a la Encantada, hasta encontrar al Ilustrísimo señor Belaunzarán.

Al cabo de una hora larga, apareció la diligencia a lo lejos, como un arca ventruda, balanceándose sobre las sopandas de cuero, entre la polvareda que levantaba a su paso, velozmente arrastrada por doble tiro de mulas, que regían desde el alto pescante, a gritos y latigazos, dos espantables visiones, el cochero y el sota, desfigurados por el polvo.

Los sacerdotes, el alcalde y sus acompañantes se apearon, y cuando la diligencia se detuvo, recibieron de rodillas la bendición que les dio Su Ilustrísima, sacando la mano y asomándose, risueño, por la portezuela; se levantaron, y después de saludarlo respetuosamente y besarle el anillo, por riguroso turno de categorías, Su Señoría el alcalde, retrocediendo un poco, se irguió, tomó un aire solemne, tosió y comenzó a hablar de esta manera:

–Ilustrísimo señor, cuando César pasó el Rubicón…

Se le escapó de la memoria lo que había pensado decir, y se detuvo.

–Ilustrísimo señor –repitió–, cuando César pasó el Rubicón…

Como las ideas continuaban ausentes, volvió a detenerse.

–Ilustrísimo señor –dijo por tercera vez–, cuando César pasó el Rubicón…

Y tornó a callarse, visiblemente atolondrado. Entonces el señor Obispo, con sonrisa entre benévola e irónica y con voz de timbre agradable, persuasiva y cortés.

–Señor alcalde –le dijo–, son las cuatro de la tarde, y venimos sin comer… Vamos a reparar las fuerzas, y después nos dirá Su Señoría lo que hizo César cuando pasó el Rubicón.

El alcalde al escuchar aquellas palabras, de cuya sutil ironía no se dio cuenta, vio el cielo abierto, sonrió con humildad, entre obediente y corrido, y a invitación de Su Ilustrísima, subió a la diligencia; subieron también los señores curas; los demás comisionados ocuparon de nuevo el coche que los había llevado, y se reanudó la marcha hacia la ya cercana ciudad de Leona Vicario.

La tradición no dice si más tarde y en ocasión más propicia, logró Su Señoría el alcalde decir al señor Obispo lo que hizo César cuando pasó el Rubicón.

Ya apareció lo perdido

Don Manuel Carreño, sujeto de hidalga ascendencia, honrado, prudente y cortés, aunque un tanto melindroso, dueño de algunas fincas urbanas, huertas, y tierras de labor, estaba casado con doña Ana Pereda, también de claro abolengo, y según la pública voz, acostumbraba comunicarle cuanto trato, incumbencia o negocio traía entre manos, consultando con ella la mejor manera de agenciarlos y resolverlos, quizás por aquello que suele decirse que el consejo de la mujer es poco, y el que no lo toma es loco. Tan señaladas ventajas le habían granjeado el favor popular, valiéndole la honra de ser electo acalde de la ciudad. Con el tratamiento de Señoría, uso de vara y paje, casaca, calzón corto y sombrero montado en las grandes festividades, amén de las prerrogativas de sentarse bajo dosel en las ceremonias religiosas y recibir en el cuello la llave de oro del Sagrario, al cerrarse la Gloria el Jueves Santo.

Estas satisfacciones no estaban compensadas por las amarguras que trae consigo el poder, pues

en la pequeña ciudad provinciana que vivía patriarcalmente bajo el suave gobierno de Su Señoría don Manuel Carreño, eran raros los crímenes, escándalos o desaguisados de cualquier otro género, que suelen desvelar y dar dolores de cabeza a las autoridades de otras partes. Aquel apartado y tranquilo lugar que parecía dormir a todas horas a la sombra de las frondosas huertas que por los cuatro rumbos lo circuían, semejaba una casa limpia y pacífica, donde todas las cosas se hallan en su sitio, habitada por una familia honesta y regida por una ama hacendosa y previsora. Nada de industrias que llenan el espacio de humo y el corazón y la mente de los obreros de ideas y sentimientos de rebelión; nada de tráfico febril que despierta las ambiciones y relaja las costumbres; nada que significase el ardiente afán de los pueblos y los hombres para apurar en un momento todos los goces de la vida. Al amanecer, las damas pudientes y las mujeres humildes compraban personalmente en el Parián las diarias provisiones; los señores se reunían en alguna tertulia a comentar lo que pasaba en otras partes del país, y que llegaba a su conocimiento con meses de retardo; los pobres se iban al taller y a la obra o salían a los campos vecinos a cultivar sus labores y a apacentar las vacas y las

cabras; al mediodía, señalado con los toques de la campana mayor, todo el mundo volcaba el puchero, en seguida dormía la siesta y tornaba más tarde a las mismas tareas, hasta que sonaba el *Ángelus* en la quietud melancólica de la tarde, hora de volver a casa para cenar y meterse en la cama. Raras veces transitaban dos personas a la vez por una calle; el paso de un coche era un acontecimiento extraordinario que hacía asomar a las ventanas de palo multitud de cabezas curiosas, y la queda, vibrando pausada y solemne en el silencio de la noche, señalaba el momento de cerrar las puertas, apagar las luces y entregar los intereses, la honra y la vida a los serenos vigilantes armados de chuzo, farol y pito, que desempeñaban su cargo casi por fórmula, pues la mayoría de los vecinos eran gentes de buenas costumbres, y los demás, aunque viciosos u holgazanes, incapaces de fechorías mayores. Un baile, una boda, algunas pastorelas por navidad, contadas funciones de teatro, circo o toros, en la temporada de feria, solían turbar, como excepciones efímeras, el sosiego y la paz de aquel vivir saludable.

Tenía don Manuel poco tiempo de haber entrado en funciones, cuando llegó el Jueves de Corpus, primera festividad religiosa a que debía

asistir con su carácter de alcalde, oyendo la misa cantada que iba a celebrarse con todas las solemnidades del ritual. Hizo llamar desde muy temprano al peluquero de la esquina, que dicho sea de paso, era también músico y sacamuelas, para que le afeitara y le hiciera el pelo. El rapista se presentó solícito con todos los adminículos del ramo; bacía, navaja, tijeras, peines y una mediana canica que metía en la boca de los clientes de mejillas enjutas –entre los cuales se contaba don Manuel–, a fin de que extendido el pellejo, corriera fácilmente la navaja; y en un santiamén terminó su cometido, con gran destreza de manos, sin dejar en la cara de la víctima sino cuatro raspones, que fueron restañados con agua florida y desaparecidos con una capa de polvos de arroz. Se entregó en seguida Su Señoría al brazo secular de su mujer, quien le ayudó a ponerse la camisa de pechera almidonada, el corbatín, las medias, las zapatillas de hebilla dorada, el calzón corto, y por último, la casaca de largos faldones y el sombrero montado; prendas que ahora solamente se ven en el teatro o en las estampas de los tiempos pretéritos, pero que eran entonces la indumentaria obligada de la primera autoridad política de los pueblos.

Acababa Su Señoría de vestirse y estaba aún sudoroso y jadeante por la brega que había tenido con el botón del cuello y el lazo del corbatín, sin poder acomodarse a la tiesura de la ropa nueva y de las flamantes zapatillas, cuando le ocurrió, más bien por fortuna que por desgracia, pues peor hubiera sido que le ocurriera momentos más tarde, una de esas diligencias tan personales y precisas, que no admiten delegación ni consienten dilatorias, y que en las horas de mayor satisfacción para los hombres, suelen revelarles la miseria de que están hechos. Su Señoría debió haber previsto el suceso, pues su larga experiencia de bodas, bautismos y días de santo, originada por compromisos de amistad y parentesco, le había enseñado que cuantas veces se ponía de tiros largos para asistir a una fiesta, sentíase presa de extraño accidente que le obligaba a correr con frecuencia, no diré a dónde, pues en aquella época el lugar carecía de nombre, no se encontraba cercano a las piezas ni al abrigo de indiscreciones, sino a los cuatro vientos y bajo el imperio tutelar de cerdos, gallinas y otros bichos que se disputaban encarnizadamente el tributo debido a sus derechos de jurisdicción.

A semejante lugar se fue aquella vez Su Señoría, con la prisa y buen arte que le permitían

sus sesenta años y sus zapatillas nuevas; se desató tan brevemente como era posible, dadas sus muchas vueltas, la faja de seda que mantenía el calzón en su sitio y evitaba el crecimiento del vientre, tan común en los tiempos modernos por el uso de los tirantes; para contener la impaciencia de los intrépidos habitantes de aquella libre república, empeñó con igual desenfado que si fuera su vara de alcalde, una caña seca de las muchas que había por el suelo –relieves de asnal almuerzo–, y descargando incesantes mandobles a diestra y siniestra, empezó a batallar con los faldones de la casaca: él por levantarlos, cuidando, al mismo tiempo, de que no se arrugaran, y ellos, rebeldes, propendiendo a su natural posición.

Su Señoría que a pesar de su edad, no estaba dispéptico, pues en aquella época, dichosa por todos conceptos, ni aun el áspero nombre de tal dolencia era conocido por el vulgo, salió de su apuro sencilla y llanamente, sin ruido ni alboroto, y según cuentan las crónicas, sin que hubiese menester los servicios complementarios de adminículo alguno; dejó el campo libre a los que tenazmente se lo disputaban, y que tal vez lo hubieran conquistado a viva fuerza, sin la previsión que armó la diestra de Su Señoría; volvió a ceñirse la faja, y como el

curioso que contempla desde una eminencia el campo donde se verificó una batalla famosa, estuvo mirando atentamente hacia el sitio donde había sido la suya, con claras señales de extrañeza y visibles deseos de descubrir algo oculto; pero reflexionando que se hacía tarde, se dirigió de prisa a la calle para tomar el camino de la iglesia, donde ya repicaban las campanas, dando la segunda llamada.

Su Señoría anunció su partida desde el patio con un recio "¡Ya me voy!" Vino doña Ana al zaguán para preguntarle si no olvidaba alguna cosa y advertirle que no fuera a salir de repente, porque un aire fresco, después de la sofocante apretura en que iba a encontrarse, podía ocasionarle un resfrío.

Don Manuel escuchaba estas advertencias impaciente y preocupado, como quien tiene en el magín problemas más graves y dificultosos. No pudo, al cabo, con la presión de sus cavilaciones, y haciendo rápidas señales de asentimiento a los consejos de su mujer, a fin de abreviarlos, le dijo con tono en que se transparentaba una profunda extrañeza:

–¡Cosa más rara! Si vieras que fui, me senté, me levanté y vi que no había nada…

–Las gallinas…

–No dejé que se acercaran…

–El marrano… Es tan atrevido…

–Tampoco… Lo mantuve con la caña a respetable distancia.

–¿Entonces?...

–Pues es lo mismo que yo pregunto…

Un nuevo repique dio la señal, y Su Señoría, no queriendo hacerse esperar, dejó la investigación del misterioso suceso para ocasión más propicia; cortó bruscamente la plática y se dirigió a la puerta, seguido de su fiel Cirilo, mozo antiguo, criado en la casa, a quien había convertido en paje, merced a una librea un tanto desastrada, pero que lo ponía en carácter.

Su Señoría llegó a la iglesia, donde la gente, no encontrando sitio para acomodarse dentro del sagrado recinto, se apiñaba ante la puerta, ocupando un gran espacio del atrio, y no obstante su investidura, tuvo que entrar por la sacristía con no poca dificultad, abriéndose paso, a veces con los codos, y a veces con súplicas y regaños.

Todas las arañas del templo estaban encendidas, cubiertos de flores y velas los altares, adornado el mayor con las colgaduras de terciopelo rojo que solamente salían a luz en las grandes festividades, el púlpito revestido, y se esperaba un magnífico sermón, pues el padre dominico

encargado de pronunciarlo, tenía fama de orador elocuente. Entre los preludios del órgano y de la orquesta instalada en el coro, se oían cuchicheos, toses, estornudos y otros ruidos indefinibles, mientras los monaguillos, vestidos de rojo, iban de un lado para otro con la cruz y los ciriales, corrían a encender las velas que se apagaban, y andaban en continuo ajetreo, preparando la salida de los sacerdotes, que ya asomaban por la puerta de la Sacristía, con las albas planchadas y amponas, las casullas doradas y los bonetes negros.

Su Señoría fue recibido por algunos eclesiásticos y por los miembros del ayuntamiento, y fueron todos a sentarse bajo dosel, al lado izquierdo del Presbiterio, mientras Cirilo, se estacionaba junto a un grupo de caballeros, un poco más lejos, pero en sitio visible, por lo que a su amo pudiera ofrecérsele.

La misa comenzó con gorgoritos, balanceo de incensarios, acordes de orquesta y de órgano y mucho sentarse y levantarse de los tres sacerdotes que la cantaban; y como se estaba en el mes de mayo, con un día de sol espléndido que entraba por las ventanas hasta las naves del templo, y era mucha la cera encendida y grande la aglomeración de fieles, las mujeres se abanicaban, los hombres

se enjugaban con el pañuelo el copioso sudor que bañaba su rostro, y se percibía ese sordo anhelar, ese jadeo característico de las multitudes que se ahogan.

Conforme se alargaba la misa, la incomodidad y la impaciencia de la gente allí congregada, subían de punto, y se agravaron durante la hora larga que empleó el orador en explicar el origen y demás pormenores de la fiesta del día. Don Manuel mirándolo sin pestañear, en incómoda postura acrecentada por la molesta sensación de la ropa nueva, no quería perder sílaba de aquellas elocuentes palabras, y comenzó a sudar, a sentir que todo el cuerpo se le iba empapando, y que de la cabeza abajo, haciéndole cosquillas por las orejas, le corría el sudor con desusada abundancia. Varias veces tuvo la intención de pasarse el pañuelo por la frente y por el cuello; pero le pareció de mal tono aquella maniobra, tanto más cuanto que el señor alcalde, tan elegantemente ataviado, ostentándose en el lugar de honor, debía de atraer la atención de los concurrentes, que encontrarían poco adecuado a la dignidad del sujeto, aquello de limpiarse el sudor, como cualquier ganapán en medio de su faena. Su Señoría debía mantener incólume el decoro de su alto ministerio, y no dar muestras de que también

él participaba de las flaquezas del vulgo. Pero el calor arreciaba, la inmovilidad acrecía la angustia, el sudor amenazaba derramarse sobre la flamante casaca, y como viera que el predicador y las demás personas de viso se enjugaban la frente y el cuello, no una sino repetidas veces, el mal ejemplo dio al traste con sus escrúpulos, y con el fin de sacar el pañuelo, llevó bonitamente su mano derecha hacia los faldones de la casaca, buscando a tientas la profundísima bolsa que en tal lugar solían tener las prendas de su especie. Hallar la embocadura después de algunos tanteos, introducir la mano y sacarla bruscamente, como si hubiese topado con la punta de un alfiler, todo fue obra de unos instantes. Su Señoría volvió a cruzar los brazos sobre el pecho, y en seguida, con disimulo, como si tratara de espantarse una mosca, se pasó la mano por cerca de la nariz, pues la busca de la verdad, ya comenzada por el tacto, necesitaba el testimonio decisivo del olfato; y sin dar muestra alguna del placer del descubrimiento, ni dejar ver en su cara que se le hubiera disipado la sombra de una duda, sino con perfecta calma, espió el momento en que sus ojos se encontraron con los de su paje, y con un guiño, le significó que debía acercarse. Cirilo acudió en el acto, introduciéndose por detrás de

las personas que acompañaban a Su Señoría, y don Manuel Carreño, sin volver por completo la cabeza, pero inclinándola lo bastante para que su voz fuese oída por el paje, le dijo suavemente, sin perder la compostura que le imponía su ministerio:

–Corre, y dile a doña Anita que ya apareció lo perdido.

Un alcalde como hay pocos

LA LUZ DE LAS VENTANAS de la mejor casa del barrio, abiertas de par en par, dividía la calle en dos porciones tenebrosas, iluminaba los baches del arroyo, subía por los muros de enfrente, y proyectaba sobre ellos las quietas sombras de los curiosos apiñados afuera, y las móviles siluetas de los que bailaban adentro. La orquesta tocaba perezosas danzas y ligeros valses que llenaban la paz de la noche de emoción y de ensueño. Los vecinos, a oscuras, detrás de las rejas de palo o sentados a las puertas, invisibles, pero revelando su presencia por toses, risas, fragmentos de diálogos y brillar de cigarrillos, disfrutaban de lo que era para ellos un solaz y un encanto poco frecuentes en la monotonía del vivir provinciano.

El doctor don Santiago Hewetson celebraba su cumpleaños. Había llegado a Saltillo con el ejército angloamericano, en 1846; se había casado con una de las más distinguidas y ricas damas del lugar, y radicándose allí, aprovechaba las consideraciones sociales que le valían de consuno

su ventajosa alianza matrimonial y sus personales merecimientos.

Asistían a la fiesta todas las familias pertenecientes a la alta sociedad saltillera; las señoras luciendo ricos trajes de gro –muy de moda en la época–, ajustados los corpiños, ahuecadas las mangas y amponas las faldas, y los caballeros llevando con distinción las antiestéticas levitas de cuadrados faldones. Los aperitivos de vinos parreños, precursores de la cena próxima a servirse, habían arrebolado los rostros, desatado las lenguas y hecho más alegre y ruidosa la fiesta.

El reloj de la Capilla del Santo Cristo dio las diez, seguidas de la queda, pausada y lánguida, como si las campanas hubieran interrumpido, para darla, el primer sueño, y acababa de extinguirse el último tañido, cuando se presentó en la casa del doctor Hewetson el jefe de la Ronda, sujeto de cara cobriza y ruda, blusa y pantalón de mezclilla, sombrero de petate, sin otro distintivo de su autoridad que un sable colgado al cinto, y llamado *el Jicote*, por su extremado rigor en el ejercicio de sus funciones, particularmente, contra los chicos "venaderos", autores del apodo. Pidió se le mostrara la licencia para el baile, y se le contestó que no la había ni se juzgaba necesario, por tratarse de una reunión de gente decente y en casa conocida.

Era entonces gobernador del estado, don Rafael de la Fuente, hombre honorable, reposado y modesto, como había muchos en aquellos tiempos, cuando las ambiciones políticas aún no contaminaban los principios; y era alcalde de la ciudad don Juan Ángel Morales, de humilde posición económica, pero de grandes cualidades públicas y privadas. La extenuación y pequeñez de su cuerpo, su paso tranquilo, su mirar bondadoso y su voz acariciante, contrastaban con su carácter viril y con la firmeza de sus decisiones.

Aquella noche, don Juan Ángel cerraba la puerta de su casa, donde acostumbraba sentarse después de la cena, y se disponía a rezar sus oraciones para meterse en la cama, cuando llegó apresuradamente *el Jicote*.

–Señor presidente –dijo éste, previo el respetuoso saludo, cortésmente contestado–, no hay más novedad que un baile sin licencia en la casa del doctor don Santiago.

–Usted, señor Hernández –replicó tranquilamente don Juan Ángel–, ya cuenta algunos años en el servicio de policía, y sabe cuáles son sus obligaciones.

–Sí señor presidente, pero…

–No hay pero que valga… Vaya usted y cumpla con ellas.

El Jicote, impulsado por su natural riguroso, y sintiéndose fuerte con las órdenes recibidas, se presentó de nuevo en la casa del doctor Hewetson, ordenando la suspensión inmediata del baile. El doctor le contestó con aspereza; replicó el gendarme en igual tono; se cambiaron frases enérgicas; salieron los invitados y terciaron en la disputa; *el Jicote* llamó a los demás individuos de la ronda, que se habían quedado a la puerta, aprehendió a todos los señores presentes, y sin atender a las protestas y lloros de las damas, los puso entre filas y dio con ellos en la cárcel municipal. Alguno que logró escaparse, fue corriendo a poner lo acontecido en conocimiento del gobernador.

Ya se había acostado don Juan Ángel Morales cuando llamaron a la puerta. Metió los pies en los zapatos, que eran, por cierto, de los de pala y talón; se puso el sombrero para evitar el relente; se envolvió en un sarape, y abrió la ventana, cuyas rejas de palo, gruesas y juntas, no permitían distinguir claramente al que llamaba, bajo la densa oscuridad de la calle.

El visitante que oyó rechinar las maderas, se dirigió a la ventana y dio las buenas noches. En la voz lo reconoció don Juan Ángel. Era el gobernador del estado.

–Señor –dijo aquél–, sírvase usted dispensarme… Voy a abrir para que tenga la bondad de pasar.

–No se moleste, señor Morales… Sólo le suplico me dispense una palabra.

–Como quiera que sea, señor, hágame la merced de honrar mi casa.

–La hora es muy inoportuna… El negocio es urgente, y estoy de prisa.

Refirió brevemente el gobernador cómo, por una causa baladí, acababan de ser llevadas a la cárcel algunas personas distinguidas, y en su concepto, merecedoras de consideración y respeto.

–Y vengo –concluyó–, a suplicar a usted se sirva dar orden de que sean puestas en libertad.

–No me es posible, señor gobernador, pues a sabiendas, han infringido la ley.

–La ley, señor Morales, no debe aplicarse tan al pie de la letra.

–Señor gobernador –replicó don Juan Ángel, con tono mesurado, pero firme–, el estado es de usted… El municipio es mío… Permítame que sea yo quien resuelva los negocios municipales, según mi leal saber y entender.

–No era más que una súplica, señor Morales… Dispense la molestia, y que pase usted buenas noches.

–Buenas noches, señor gobernador.

Al día siguiente, a la hora que acostumbraba asistir a su despacho para atender a los asuntos oficiales y juzgar a los borrachines, escandalosos, rateros y faltistas de todo género, capturados durante la tarde y la noche anteriores, llegó don Juan Ángel, y viendo entre el grupo de presos al doctor Hewetson y a los demás personajes –todos amigos suyos–, malhumorados por la desvelada y la humillación, los saludó cortésmente, sin darse por entendido de la poca o ninguna atención con que ellos le correspondieron; se sentó a su mesa, y dispuso que se acercaran los reos para sentenciarlos. El doctor Hewetson y sus amigos temblaban de cólera.

–Sírvanse excusarme, señores –les dijo el alcalde–, si se ha usado con ustedes de un rigor, al parecer, incompatible con personas de su posición y categoría social. Pero creo que las leyes se han hecho para que se cumplan, y que los más obligados a cumplirlas son precisamente las personas notables, por la influencia que su ejemplo ejerce sobre los demás. Si no fuera así, ¿cómo habríamos de aplicar esas mismas leyes que no acatan los poderosos, a los pobrecitos, a los miserables, que forman la inmensa mayoría del pueblo? ¿Y con qué

derecho podríamos castigar en ellos lo que no castigamos en los otros? Ustedes han incurrido a sabiendas en una transgresión de la ley, y en consecuencia, se han hecho acreedores a un castigo. Les impongo, pues, una multa de cien pesos a cada uno, y nadie podrá salir hasta que los entregue. Hay aquí quien lleve los recados y traiga el dinero.

Algunos protestaron, pero a una seña del alcalde, fueron retirados, y él siguió sentenciando a los demás delincuentes.

Cuando concluyó su fastidiosa tarea, don Juan Ángel, antes de marcharse, se despidió amablemente de sus enojados amigos. Ellos se quedaron llenándole de injurias; pero uno que había guardado silencio, mientras los demás se desahogaban:

–Si dejamos a un lado susceptibilidades y orgullos –dijo–, debemos confesar que tiene razón don Juan Ángel. No cabe duda que es hombre, y si hubiera muchos como él, otro gallo nos cantara.

Donde las dan las toman

El doctor Hewetson, médico de las tropas yanquis que bajo las órdenes del general Taylor, invadieron a México, en 1846, gustó de la apacible ciudad de Saltillo, se avecindó en ella, y entre las ingenuas damas saltillenses, encontró guapa, rica y aristocrática novia, que añadía a tan singulares encantos, el de llamarse, castizamente, Josefa, con el indiscutible derecho a los graciosos diminutivos anexos: "Pepa", "Pepita" y "Chepita". Se casó, y el dinero y las relaciones de parentesco y amistad de su mujer le formaron una posición social ventajosa, tanto para el ejercicio de su habilidad profesional, dándole fama, como para el espíritu de empresa, característico de su raza, brindándole los medios de establecer productivas industrias, desconocidas hasta entonces en la región.

Era el doctor alto, robusto, bien parecido, aunque tardo de movimientos y torpe de palabra; y como en él se mezclaban, con recíproco daño, esta última falla y la dificultad que naturalmente opone la pronunciación de una lengua extranjera, no podía

expresarse sino en un español chapurrado y grotesco. Muy estimado como médico y como negociante, estaba en opinión de recto, caballeroso y humanitario; pero deslucía tales cualidades, poniéndose formidables borracheras que le hacían cometer las más extrañas locuras.

Un 19 de marzo, queriendo festejar el día del santo de su mujer, invitó a sus amistades a la cena y el baile preparados para aquel fin, con la esplendidez que le permitían su posición y sus riquezas.

Se desembarazó la amplia sala de veladores, vitrinas y adornos incompatibles con el libre espacio que la danza requiere; se quitaron las alfombras y se pulieron con cera los baldosines del piso; se alinearon a lo largo de los muros sofás, sillones y sillas, dorados los unos, de caoba y palo rosa los otros, y forrados todos de ricos brocateles; se encendieron las velas de las arañas de cristal y de los candelabros de bronce, distribuidos sobre consolas y rinconeras. En el comedor, de muebles severos y antiguos, se aderezaron las mesas con manteles de lino y encajes, servicio de plata y profusión de luces y flores. En el corredor del patio, contiguo a la sala y bordeado de macetas florecidas, se instalaron los músicos, que sin embargo de ser oficiales de profesiones menos

románticas –carpinteros, sastres, rapistas–, se concertaban maravillosamente para formar la mejor orquesta que entonces había en Saltillo.

La sala estaba llena de damas y caballeros de las más aristocráticas familias saltillenses, y si no estaban vestidos conforme a la última moda, porque en ésta, como en otras materias, la dificultad de las comunicaciones retardaba el arribo oportuno de las novedades, todos lucían, en cambio, trajes de telas y paños costosos, y las damas, abundancia de espléndidas joyas. La animación era grande, favorecida por el trato frecuente y la mutua confianza de las personas allí congregadas. Ya varias veces habían circulado, sobre cristalinas bandejas, las copas de buenos vinos extranjeros y parreños, pues no pocos bebedores daban la preferencia a estos últimos. Ya se habían bailado algunas piezas, y señoras y señores descansaban por breve intervalo, conversando alegre y ruidosamente, cuando abierta de improviso la puerta vidriera que daba a las habitaciones interiores, apareció el doctor Hewetson completamente desnudo, y avanzó rígido, solemne y pausado hacia el centro de la sala.

Hubo un instante de asombro, seguido de una exclamación de disgusto. Las señoras se levantaron de sus asientos, y cubriéndose el rostro con el

abanico, corrieron hacia la puerta de salida, llamando a voces a los señores. Algunos de ellos rodearon al doctor, tanto para evitar a las damas la indecorosa visión, como para hacerlo volver a la alcoba de donde había salido. Pero no lograron su intento, pues el doctor rechazó brutalmente con empujones y gruñidos, a quienes se atrevieron a sujetarlo. Los curiosos de afuera, apiñados en las ventanas, presenciaban, regocijadamente, la graciosa ocurrencia. Doña Josefa, avergonzada, no hallando disculpa plausible, lloraba sin consuelo. Las señoras, poniéndose apresuradamente los abrigos, no callaban su indignación.

–¡Es intolerable!

–¡Qué indignidad!

–¡Qué canallada!

Los invitados se marcharon; fueron despedidos los músicos; se apagaron las luces; la casa quedó en un instante silenciosa y oscura, y la crónica del caso, desparramándose al punto, penetró en todas partes, tal vez por las rendijas y los ojos de las llaves, como quiera que las puertas se habían cerrado hacía más de dos horas, al toque de la queda.

Doña Brígida, hermana mayor de doña Josefa, solterona de recio carácter y temple varonil, se

enteró como todo el mundo, del escandaloso suceso, y a la mañana siguiente, se encaminó muy temprano a la casa del doctor. Llegó en los precisos momentos en que su cuñado, en mangas de camisa, con los ojos hinchados y el pelo en desorden, apuraba en el comedor, una taza de café bien cargado, para curarse la "cruda". Doña Brígida se paró frente a él, y sin preámbulos ni saludos...

–Es usted –le dijo–, un viejo indecente, sinvergüenza, cochino y canalla.

–Oye, Brígida –repuso el doctor, con lenta y tartajosa lengua–, ¿tú decirme a mí que yo ser indecente, sinvergüenzo, cochino y canallo?

–Sí señor, y mucho más merece.

–Pos todo ese eres tú… Y agrégale pendeca.

Y volviéndole la espalda, se metió parsimoniosamente en su cuarto.

Gobernador barrendero

En septiembre de 1872, por motivos que huelga referir, se encargó interinamente del gobierno de Coahuila, el licenciado don Juan N. Arizpe, miembro de una familia distinguida, hombre de claro talento y honradez intachable, doctor en derecho a los veinte años, soldado, a pesar de su título universitario, en defensa del país contra la invasión angloamericana, y sin otra imperfección ostensible, que aquella del orden físico, atribuida por las antiguas crónicas a un famoso monarca, en cuyo retrato acertó a disimularla hábilmente, con adulador artificio, un artista no menos famoso; imperfección, falla o defecto, como quiera llamársele, que el ingenio popular designa entre nosotros, con pedestre, aunque gráfico símbolo, diciendo de quien la sufre, que tiene un farol apagado.

Fuese por el afán, común a todo nuevo funcionario, de subsanar las omisiones y enmendar los equívocos de sus predecesores; fuese porque el Cabildo Municipal de la ciudad de Saltillo no pudiera, a causa de los disturbios políticos,

normalizar sus funciones, o simplemente porque la higiene pública se hallase en un estado tal de abandono que reclamara más eficaces medidas, es el caso que el nuevo gobernador mandó publicar una orden perentoria para que diariamente, a las seis de la mañana, estuvieran barridos y regados los "patios" exteriores, es decir, las porciones de la calle correspondientes a cada casa, bajo los más severos castigos para los remisos o desobedientes. Y comisionó a un gendarme de la media docena que componían el cuerpo de seguridad pública, para que vigilando el cumplimiento de aquella disposición, se la recordara por una sola vez a los infractores y tomara nota de los reincidentes, a fin de aplicarles las penas establecidas.

Una dama aristocrática, doña Agripina Castañeda, no hizo maldito caso de la orden gubernativa. Vivía sola en una pequeña casa de la Calle Real, junto a la fuente pública del barrio, y eran proverbiales su genio vivo y su costumbre de calentarle las orejas a cualquiera, con las más amargas verdades; y como entonces las clases directoras y las dirigidas, conviviendo democráticamente, se conocían de cara y mañas, el gendarme llamó con sobresalto a la puerta de la señora, quien al verlo, arrugó el entrecejo y apenas si le contestó el respetuoso saludo.

–Señora doña Agripina, usted no ha mandado barrer y regar su patio…

–No tengo quien lo haga.

–Perdóneme, pero vengo a recordárselo.

–¿Por orden de quién?

–Del señor gobernador.

–Pues dígale a ese viejo tuerto que si tiene el antojo de ver limpio mi patio, que venga él a barrerlo y a regarlo.

Y se entró en la casa, sin esperar la respuesta.

Entonces las oficinas del gobierno se hallaban instaladas con sencillez verdaderamente republicana, sin puertas prohibidas, sin antesalas, ujieres, ni formalidades por el estilo, que en los tiempos modernos, la complicación de los negocios ha hecho, tal vez, indispensables; y el particular o el empleado, lo mismo los de alta que los de baja categoría, cuando deseaban hablar con el gobernador, se acercaban a él en cualquier parte, sin fórmulas previas y sin temor alguno de ser mal acogidos. El gendarme, pues, se presentó llanamente ante el mandatario, a darle cuenta de su comisión, y entre los infractores, nombró a doña Agripina Castañeda.

–¿Recordaste a esa señora la obligación en que está de cumplir las disposiciones del gobierno, bajo

las penas decretadas, en caso de no hacerlo? –preguntó el gobernante.

–Sí señor.

–¿Y qué contestó?

–Señor gobernador –titubeó el gendarme–, no me atrevo a decírselo a su mercé.

–Todos los empleados –repuso solemnemente el licenciado Arizpe–, están obligados a referir los hechos tal y como han sucedido, para que las autoridades puedan tomar las determinaciones que correspondan.

El gendarme entonces, aunque con visible repugnancia, baja la cabeza y desviados los ojos, repitió al gobernador, verdadera y completa, la respuesta de doña Agripina. La escuchó aquél sin hacer comentario alguno, ni dejar traslucir la impresión que le hubiese causado, y despidió al gendarme, recomendándole siguiera poniendo el mismo celo en el cumplimiento de sus deberes.

A la mañana siguiente, antes del alba, cuando doña Agripina se disponía a dejar el lecho, y acaso rezaba sus oraciones, oyó con sorpresa el chapoteo del agua y el raer de la escoba junto a su puerta y debajo de su ventana. Escuchó con mayor atención, y no le cupo duda de que alguien barría y regaba su patio. Se levantó prontamente para cerciorarse

de aquella novedad, y abriendo la puerta a tiempo que el barrendero se acercaba para llamar, se encontró frente a frente del licenciado don Juan N. Arizpe, gobernador del estado.

–Buenos días, señora doña Agripina.

–Buenos días –contestó ella de muy mala gana.

–Está usted complacida, pues este viejo tuerto le ha barrido y regado su patio con el mayor esmero. Pero tal servicio hecho por el gobernador, le cuesta a usted cincuenta pesos que hoy mismo pasarán a cobrarle.

Doña Agripina le contestó con un tremendo portazo.

Los dulceros

El avance del ejército angloamericano hacia el sur, después de la toma de Monterrey, se supo en Saltillo, por los vecinos de pueblos y ranchos, que huían ante la invasión, como aves empujadas por la tormenta. Las noticias sobre la conducta de los yanquis no eran, en verdad, alarmantes; pero el odio a la dominación extranjera, la humillación de soportarla y la incertidumbre de lo que a cada quien pudiera caberle en suerte, traían a todo el mundo intranquilo y temeroso. Unos ponían a salvo sus animales y cosechas; otros cerraban sus tiendas y despachos; familias enteras salían a esconderse en los lugares más apartados de la sierra, o emigraban al centro del país, donde creían hallarse más seguras, y no pocos hombres decididos se afiliaban en las guerrillas formadas para hostilizar a los invasores. No se hablaba de otra cosa en las tertulias caseras y en los platicaderos de tiendas y barberías, y el intercambio de noticias y comentarios aumentaba el desconcierto y el pesimismo de las gentes; nadie atendía a sus habituales menesteres,

y los trastornos de la vida comercial y doméstica eran cada día más agudos y molestos.

No había en la Plaza guarnición militar, pues las fuerzas del general Ampudia, apenas llegadas de Monterrey, continuaron su marcha hacia San Luis Potosí. Las guerrillas no estaban en aptitud de defenderla, y sus actividades tenían otro carácter más en consonancia con su escaso número y sus pocos recursos. No había, pues, temor de que hubiera combates en la ciudad; pero cuando llegó la noticia de la próxima entrada de los angloamericanos –el 16 de noviembre de 1846–, cundió en un momento el azoro. Hombres, mujeres y chiquillos, a quienes la nueva había cogido en la calle, corrían sofocados y jadeantes, comunicando su alarma a cuantas personas encontraban al paso; el vecindario trancaba sus puertas, los comerciantes cerraban sus tiendas con prisa y estrépito, y los "puesteros" del Parián, cargando sus mercancías, se dispersaban en todas direcciones, en busca del refugio más próximo.

El tiempo estaba hermoso, como suele estar durante el otoño. Las huertas prestaban al paisaje, triste de suyo, la melancolía de sus frondas amarillas, y las calles desiertas y polvosas, las aceras festonadas de zacate, las casas y los comercios

cerrados daban a la ciudad el aspecto de un lugar abandonado y desierto.

Los yanquis entraron por las calles del Reventón y Landín –hoy de Allende–, hasta la Plaza de Armas, y ocuparon el Palacio Municipal, que es actualmente el Palacio de Gobierno… Dragones montados en grandes caballos; infantería bien uniformada y con armas flamantes; artillería de diferentes calibres, tirada por mulas poderosas, y numerosos carros de ambulancia y pertrechos… Los soldados miraban a todas partes, quizás extrañando la soledad y el silencio, y los vecinos, atisbando por las rendijas de puertas y ventanas, admiraban a aquel ejército tan diferente de las tropas del país, rotas, descalzas, hambrientas, montadas en jamelgos escuálidos y armadas con rifles desiguales y viejos.

Pronto quedaron los servicios públicos al corriente, y las autoridades militares pusieron en práctica toda clase de medios para tranquilizar a los vecinos y hacer que los ausentes volvieran a sus hogares. Se mantenía un orden estricto; se castigaban los atropellos cometidos por la soldadesca, que en verdad, no eran muchos ni graves; se pagaban religiosamente, y en oro, los víveres y los demás objetos comerciales que se

consumían… Pero aunque los vecinos, desechando el temor, reanudaron sus negocios, la animadversión general contra los invasores continuaba, y eran frecuentes los asesinatos de soldados y oficiales yanquis, no sólo en los arrabales, sino en el mismo centro de la ciudad. Un mozo maleante, apodado *el Rey Dormido*, en compañía de daifas y amigos, se ocupaban de atraerlos a ciertos lugares de donde ya no salían.

Formaba entonces el exterior de la Plaza de Toros –donde ahora se halla el mercado–, una serie de cuartos "redondos", ocupados por barberías, tabernas, pequeños comercios y familias de obreros y artesanos. En uno de ellos, frente al lado oriental de la calle de Landín, vivía un dulcero especialista en biznagas cubiertas, y acostumbraba asolearlas en la "banqueta", bajo la vigilancia de su mujer, para preservarlas de chicos traviesos y perros callejeros. Al sur, abría la Plaza de Tlaxcala su grande espacio cuadrangular, entre la Plaza de Toros, la parroquia de San Esteban, comercios, cantinas y uno que otro domicilio privado.

La dulcera, una guapa moza de grandes ojos negros y cuerpo gallardo, estaba una tarde, poco después del mediodía, parada en la puerta, cuidando las biznagas que acababa de mondar el dulcero,

cuando pasó un sargento yanqui algún tanto bebido, a juzgar por el desorden de su traje y su andar inseguro. Reparando en ella, trató de hacerle una caricia. La moza se entró prontamente, y él penetró persiguiéndola. El dulcero que en el fondo del cuarto y sentado en el suelo, cortaba las biznagas, se levantó de un salto y se lanzó sobre el yanqui. El instinto de conservación se sobrepuso a la borrachera, y comprendiendo el peligro, pues iba desarmado, cogió el sargento un hacha que vio sobre un mueble, y atacó con furia al dulcero. Éste, esquivando ágilmente los golpes, y manejando su afilado cuchillo con rapidez y destreza, acribilló a su adversario, que, al fin, cayó muerto en mitad de la estancia. La moza que, presenciando la riña, había empuñado nerviosamente una barra de hierro que servía de tranca, metió las biznagas, cerró la puerta, y entre ella y su marido arrimaron al muerto a un rincón, lo cubrieron con petates y trastos, y removiendo el piso de tierra, desaparecieron las manchas de sangre.

Marido y mujer estaban realmente asustados, pues el delito, aunque tenía disculpa, era de aquellos que las autoridades militares castigaban con la última pena. Deliberaron.

–¿Qué hacemos? –preguntó ella.

–Enterrarlo.

–¿Dónde?

–Aquí mismo.

–Hay que escarbar, y los vecinos se darán cuenta.

–¿Entonces?

–Meterlo en un costal y tirarlo a la noche al arroyo.

–¿Y si nos cogen al llevarlo?

–En todo hay riesgo… Pero así es menos.

El dulcero se dejó convencer, y como en el cuarto cerrado la oscuridad era completa, encendieron una vela de sebo, y poniendo mano a la obra, destaparon el cadáver y prepararon un saco de ixtle.

–Buena ropa y buenos zapatos –dijo la mujer, observando al difunto–. Reló y tumbaga de oro…

–Quítaselos.

–No… Esas cosas podrían denunciarnos.

El muerto no cupo en el saco, y el dulcero que antes de confitar biznagas, había destazado reses en el rastro, le cortó limpia y prontamente las piernas. Fue así perfectamente empacado, y sobró lo bastante en la boca del saco para doblarlo y coserlo. El ruido de caballos herrados en las piedras de la calle y el tintineo de los sables, les advirtieron

el paso de una patrulla. Apagaron la vela y guardaron prudente silencio.

Ya cerrada la noche, vieron que hacía un tiempo favorable para su propósito. Soplaba fuerte norte, caía menuda llovizna y la niebla, arrastrándose por el suelo, apagaba rumores y luces, y fuera de muy corto radio, hacía invisibles las cosas. El silencio era absoluto. Nadie transitaba por las calles y las casas vecinas no daban señales de vida. ¿Qué hora sería? En aquel momento sonaron campanadas, y la dulcera se puso a contarlas… Las doce… Era ya tiempo de llevarse al difunto. Ayudado por la mujer, el dulcero se lo echó a cuestas. Cerraron quedamente la casa, y emprendieron la marcha sigilosa y apresurada. Parándose en cada bocacalle, escuchaban ansiosamente, y al cerciorarse de que nadie venía, continuaban, cada vez más aprisa, su peligroso camino. Los guiaba más que la vista, casi inútil a causa de la noche y la niebla, el instintivo conocimiento de la ciudad que el dulcero tenía, y por calles y callejas torcidas y angostas, llegaron, al fin, a la margen del arroyo. Soltó el dulcero su pesada carga, haciendo que se deslizara sin ruido hasta el fondo, y con las mismas precauciones y prisas, volvieron a su casa.

Tres días después, una de las patrullas montadas que buscaban al sargento desaparecido, encontró el cadáver semidevorado por los famélicos perros del rumbo. Registraron las casas cercanas, capturaron a algunos sospechosos, y pasó por las calles, ante la compasión y la cólera mudas del vecindario, la triste caravana de los presos, miserablemente vestidos, envueltos en rotos sarapes, entre doble fila de dragones, y seguida de las mujeres llorosas y los chicos compungidos.

El Rey Dormido

Braulio Flores, alias *el Rey Dormido*, bohemio de la clase popular, sin oficio alguno, pues de muchos entendía y ninguno practicaba, era habitual parroquiano de cuantas tabernas y casas llanas había en Saltillo; asistente a todos los casorios, pastorelas y bailes de candil; número uno en las peleas de gallos, toros de aficionados, chuzas y carcamanes de las temporadas de feria; actor principal en las pedreas de los barrios rivales –Guanajuato y el Andrajo–, y en las riñas de más trascendencia, que solían terminar con heridos y hasta muertos.

Alto, robusto y muy ágil para manejar el garrote, la piedra y el cuchillo, era temible como enemigo; pero todo el mundo, aun conociendo los defectos y vicios del *Rey Dormido*, tenía por él la simpatía, mezcla de miedo y admiración, que inspiraban siempre a las gentes pacíficas y timoratas los sujetos valientes y desaforados.

Cuando la guerra con los Estados Unidos, estaba Braulio Flores en la plenitud de sus facultades y de su fama. Pero no quiso incorporarse a las

tropas regulares ni a las guerrillas formadas para combatir a los invasores. Prefirió quedarse en la ciudad y hacer la campaña a su modo y por los medios que le aconsejaban, a una, su patriotismo y su barbarie.

En aquella época el alumbrado público de Saltillo se limitaba a la Plaza de Armas y a las calles inmediatas, y eso, por dos o tres horas a lo sumo, mientras se consumían las velas de sebo puestas en los faroles. Más tarde, todo quedaba en tinieblas, que sin embargo, no incomodaban a los vecinos honrados, pues nadie salía de casa después de la queda, y menos en aquellos tiempos de inquietudes y peligros. Y la oscuridad era más profunda, naturalmente, en las torcidas callejas de los barrios, cruzadas por los arroyos del Ojo de Agua, de la Tórtola y del Muerto, y en la calle de los Sauces, donde vivían las mozas del partido, sombreada por los árboles que le daban nombre, alineados al borde de una acequia, cuya corriente luchaba con el silencio, ella haciéndolo más hondo, y él volviéndola más ruidosa.

En tales sitios, y a favor de las sombras, desarrollaba sus tragedias *el Rey Dormido*. De acuerdo con amigos de confianza, y empleando el señuelo de mujerzuelas pintadas y rabicortas –casi

tan pintadas como las damas decentes de ahora, y con las faldas, en verdad, un poco más largas que las de uso común en los tiempos actuales–, atraía a los yanquis hacia lugares convenidos, y en medio del amor y del vino, los mataba a puñaladas, los enterraba en las fosas abiertas de antemano, y él y sus amigos continuaban alegremente la juerga.

Repetidas noche a noche las misteriosas desapariciones de soldados y oficiales, la autoridad militar tomó empeño en descubrir a los culpables, y *el Rey Dormido*, sorprendido repentinamente en su siniestro juego del placer y de la muerte, fue capturado, sin que él ni los suyos pudieran hacer resistencia. Se le remachó al tobillo derecho una cadena rematada por gruesa bala de plomo; se le puso centinela de vista, y sometido pocos días después a un juicio sumario, fue condenado a la horca.

Pero teniendo los angloamericanos que salir al encuentro de las fuerzas mexicanas al mando de Santa Anna, que marchaban sobre Saltillo, movieron su Cuartel General a la hacienda de Buenavista, y con él trasladaron al *Rey Dormido*.

El tránsito de soldados, vehículos, partidas de reses y recuas cargadas de forraje, era incesante y activo entre Buenavista y Saltillo. Los carros de

víveres y pertrechos de guerra, en largas hileras, como enormes reptiles, se arrastraban lentamente por el camino, entre espesas nubes de polvo; las tropas desfilaban a los puestos avanzados o acampaban en los cerros que se alzan al sur de Buenavista, cubiertos de pedruscos calcáreos y matorrales cenicientos, junto a un laberinto de barrancas rojizas, salpicadas de ralos mezquites, a la sazón sin follaje, como rotos y desteñidos harapos. Los oficiales se cruzaban en un ir y venir apresurado; sonaban los clarines y la artillería trepidaba sordamente sobre los baches y las piedras.

Entre el movimiento y la confusión motivados por la proximidad del enemigo, y sentado en un poyo, junto a la entrada de la casa que ocupaba el Cuartel General, *el Rey Dormido*, vigilado por un centinela, esperaba se dieran las órdenes para destinarle nueva prisión, o más probablemente, para ejecutar su sentencia. Pensaba que le habrían llevado para ajusticiarlo en presencia de todo el ejército o para ponerlo en las primeras filas, durante el combate, a fin de que lo mataran sus mismos compatriotas, y revolvía en su imaginación, aunque en vano, los más estrambóticos proyectos de fuga.

Era la víspera de la batalla de la Angostura. Un oficial llegó en un caballo magnífico, por la estampa,

la alzada y el brío; desmontó, y dejando la cabalgadura a la puerta, penetró en el Cuartel General. *El Rey Dormido* levantó disimuladamente la bala de plomo sujeta a su pie; la acomodó, sosteniéndola, en el brazo izquierdo; dio repentino empellón al centinela, haciéndole caer y soltar el arma; saltó ágilmente sobre el caballo que la casualidad había puesto a su alcance, y emprendió vertiginosa carrera hacia el campo mexicano, perseguido por dos disparos de su guardián, que no acertaron a herirlo.

La mejor política

El general don Santiago Vidaurri realizó la conquista del estado de Coahuila, y el Congreso Constituyente de 1857 la sancionó, sin que pudieran impedirlo los diputados coahuilenses, no obstante su alto valer personal y su infatigable empeño. La empresa llevada a la práctica por motivos económicos y políticos, fue legalmente consumada por el miedo, Vidaurri necesitaba los recursos de Coahuila para sostener el gobierno de Nuevo León, y buscaba el agrandamiento territorial de su jurisdicción gubernativa para aumentar su poder y su influjo como hombre de Estado. Y los Poderes Federales, temiendo el disgusto del caudillo fronterizo, quizás con el buen propósito de evitar nuevos disturbios, estimaron conveniente dejarle la presa, para tenerlo sosegado y contento.

Coahuila fue entonces sacrificado en favor de intereses ajenos, y cuando años más tarde, recuperó su independencia, en plena invasión extranjera, no fue por un acto de reivindicación y de justicia, sino por una represalia del presidente

Juárez contra Vidaurri, que al aproximarse aquél a Monterrey, lo recibió a balazos y estuvo a punto de capturarlo.

La anexión de Coahuila a Nuevo León causó gran descontento a los coahuilenses, sobre todo a los saltilleros, cuya proximidad a Monterrey les hacía más palpable la dependencia y más continua la humillación. Saltillo estaba verdaderamente de luto, y el resentimiento de sus moradores se desahogaba en hablillas y murmuraciones, que transmitiéndose de casa en casa y de tienda en tienda, eran repetidas y celebradas por todas partes. Inútilmente el licenciado don Santiago Rodríguez, al abandonar el gobierno de Coahuila, a causa de la anexión, recomendaba el empleo de procedimientos legales, como únicos medios, para recobrar la independencia del estado, pues la animosidad se hacía pública de muchas maneras y los escándalos se multiplicaban. Macedonio Gómez, jefe político de Saltillo, más bien capataz que funcionario, burdo sujeto, de cuyo rústico traje era singular complemento una "cuarta" colgada del cinto de cuero –única arma que necesitaba, según decía, para mantener en orden a los saltilleros–, no se daba paz a la mano, imponiendo multas y arrestos y hasta azotaínas a los habitantes de la ciudad, que

de algún modo externaban su desagrado por el régimen intruso.

Una noche se verificaba una fiesta en un corralón de la Calle Real, convertido en teatro merced al toldo de lona que mal lo defendía de la intemperie, al tablado con telón y bambalinas de manta chafarrinada, que hacían de escenario, y a los bancos de tosca madera, empotrados en el suelo, y a los que se daba el nombre de lunetas. Asistía don Santiago Vidaurri, y a mitad de la función, empezaron a car de las azoteas vecinas, volando perezosos, como las hojas secas otoñales, multitud de papeles impresos con versos ofensivos para el gobernador, a la vez que una lluvia de huevos podridos hacía blanco en él y en las personas de su comitiva. La fiesta se suspendió por tal causa, y los autores de aquel desacato, en su mayoría estudiantes, tuvieron que emigrar para eludir el castigo.

Don José Pellegrini, italiano avecindado en Saltillo desde hacía treinta años, era el más acre censor de don Santiago Vidaurri. Hombre simpático, de vivos ademanes y facundia inagotable, Pellegrini se había granjeado la estima de todas las clases sociales, lo mismo de las personas de viso que de la gente de humilde linaje. A todos los trataba

con igual gentileza, les prestaba servicios y los divertía con su charla agradable, salpimentada de chascarrillos donosos. Era comisionista, y en razón de su oficio, visitaba diariamente las tiendas del centro, los tendajos de barrio, los puestos del Parián, y hacía, de paso, breves estancias en la botica de Goríbar, en la barbería de don Merced y en la Sacristía de la Capilla del Santo Cristo, para dar y recibir noticias y hacer comentarios, sobre todo, con el padre Calixti, su tocayo y paisano, varón ingenuo y dulce si los había, a quien gustaba de escandalizar con sus chistes de color subido y sus versiones poco caritativas.

Una mañana despertó Pellegrini bajo agradable sensación de equilibrio, bienestar y alegría. El aire fresco tonificaba los músculos y estimulaba el afán de la vida. Había llovido la noche anterior; el cielo parecía más diáfano, los árboles más verdes, los empedrados de las calles más limpios y azules, y en las paredes, las manchas de humedad avivaban a trechos la pintura descolorida. Pellegrini vivía en la calle del Comercio, una de las más céntricas y frecuentadas, y apenas salió de su casa, se encontró con amigos que le dieron la desagradable noticia de que se acababa de aprehender y llevar a Monterrey, sin consideración ni miramiento

algunos, por orden de Vidaurri, al licenciado don Santiago Rodríguez y a otras distinguidas personas de Saltillo, acusándolas de rebelión y de haber intentado asesinar al caudillo reinero, por medio de bandidos contratados para el caso. Los saltilleros, que conocían la honorabilidad de los presuntos reos, y que tenían por ellos verdadera estimación, se llenaron de enojo, aunque la falta de arbitrios para aventurarse a las vías de hecho, redujo su cólera a los desahogos privados y a los comentarios más o menos violentos sobre aquel atropello.

Pellegrini llegó a la barbería de don Merced, y estuvo más cáustico que nunca, poniendo como trapos a Vidaurri, a Macedonio Gómez y a los principales servidores del gobierno local. Debió de oírlo algún amigo de aquéllos, pues una hora más tarde, recibió Pellegrini la orden de presentarse en la Jefatura Política. Allí sufrió descortés reprimenda, y se le impuso una multa de cincuenta pesos. Los comerciantes de la plaza, espontáneamente, pagaron a escote la suma señalada.

No por esto renunció Pellegrini a sus críticas, y como le fuera aplicada una segunda multa de igual cantidad, sus amigos le pagaron en la misma forma. Se repitió el caso por una vez más, y entonces el Jefe Político condenó a Pellegrini a un

arresto de un mes, durante el cual, formaría parte de las cuadrillas de presos que salían todas las mañanas a barrer y regar las calles.

Aquel mismo día llegó a Saltillo el general don Santiago Vidaurri, y enterado de las faltas y reincidencias de don José Pellegrini, ordenó que fuera este señor conducido a su presencia.

Pellegrini entró temeroso en la sala del Palacio Municipal, donde se hallaba Vidaurri, cuya aventajada estatura, porte señoril y expresión severa le acrecentaron el miedo; pero cuando el gobernador, saludándolo cortésmente, le invitó a sentarse, y advirtió Pellegrini la voz mesurada del temible cacique, la serenidad de sus ojos azules, su frente pálida y alta, coronada por abundantes cabellos castaños peinados hacia atrás, recobró la calma y se preparó, como quien hace examen de conciencia, para contestar el esperado interrogatorio.

–¿Es usted el señor Pellegrini?

–Servidor de usted.

–Gracias.

Una pausa en que Vidaurri, con la mirada vaga, parecía recapacitar.

–Me han informado –continuó–, que usted se expresa mal de mí y de mi gobierno… ¿Le he hecho a usted algún daño?

–No señor.

–Entonces ¿cuáles son sus motivos?

–Señor general… Soy italiano, como usted ya sabrá; pero llevo treinta años de vivir en el Saltillo… Aquí he formado mi familia y tengo establecidos mis pequeños negocios… Me siento saltillero y coahuilense… Y en verdad, participando de los sentimientos de mis convecinos, me ha parecido muy mal que se haya privado a Coahuila de su independencia… Y por eso me desahogo, ¿para qué negárselo a usted, si lo sabe?, como se desahogan todos los habitantes de la ciudad.

–¡Ah vamos!... Si es ese el caso, voy a dar orden de que le devuelvan a usted las multas que ha pagado y se levante su arresto. Por lo demás, tiene usted desde hoy, autorización mía para decir lo que guste de mi persona y mi gobierno, sin temor de que le sobrevenga molestia alguna de parte de las autoridades, pues daré para ello las instrucciones necesarias.

Pellegrini, de asombrado y confuso, no logró de momento coordinar las ideas ni articular las palabras. Quedó como hipnotizado por aquellos ojos azules que le miraban serenamente, y cuya benevolencia parecía, a veces, inhibirse, rectificada por el enérgico pliegue de los labios.

–Señor general –no pudo decir más después de dominar su desconcierto–, le agradezco mucho su deferencia.

Vidaurri se levantó, tendiendo la mano a Pellegrini, que se la estrechó cordialmente; y ambos se encaminaron a la puerta.

–Diga usted al señor Gómez –ordenó el gobernador al gendarme que había ido custodiando al reo–, que el señor Pellegrini ha quedado en absoluta libertad, y que me haga favor de venir en seguida, porque tengo que hablarle.

Pellegrini se dirigió a sus platicaderos favoritos para comunicar a sus amigos el buen suceso de su libertad. En la botica de Goríbar, el doctor don Gonzalo Farías que todas las mañanas atendía allí a sus enfermos, se quedó, al escucharle, más embobado que de costumbre; en la barbería de don Merced, las novedades referidas por Pellegrini, hicieron que el hábil rapista vertiera el agua de la bacía, ladeándola inconscientemente, en el pecho del parroquiano a quien afeitaba, y que estuviera éste a punto de tragarse la canica que tenía en la boca para distender las arrugadas mejillas; don José María Careaga, desconcertado por tan inverosímiles noticias, arrojó al cajón de los desperdicios el sobre

de una carta que acababa de recibir por el ordinario, y después, vuelto en sí, perdió más de una hora buscándolo, pues acostumbraba utilizar las cubiertas de su correspondencia para hacer cálculos y escribir recados; pero todos ponían en cuarentena las gentilezas de Vidaurri, suponiéndolas invenciones de Pellegrini, para divertirse y preparar alguna broma; y ni la seriedad con que el italiano las contaba, ni sus afirmaciones categóricas y reiteradas, eran parte para convencerlos. "El que había tomado el Saltillo a sangre y fuego –pensaban–, y permitido que la soldadesca saqueara las casas, llevándose no solamente los objetos valiosos, sino hasta los vasos de noche; el que había capturado y conducido a Monterrey, como a criminales, a los coahuilenses más respetables, sin tener en cuenta la edad, la categoría social y las reconocidas prendas intelectuales de las víctimas; el conquistador de un estado de su propio país, no podía haber tenido aquel rasgo de nobleza que les contaba su amigo".

–Muy bien –decían algunos a Pellegrini, ante sus invariables afirmaciones–; puesto que ya le dio a usted carta blanca para hablar lo que le acomode, despáchese ahora a su gusto.

–No señores –respondía Pellegrini–; precisamente porque me dio permiso de hablar, estoy resuelto a callarme.

Don Santiago Vidaurri, profundo psicólogo, como todo hombre superior, desarmó a su adversario. La política había sido más eficaz que la violencia.

Otro alcalde como hay pocos

UN SUCESO EXTRAORDINARIO turbaba la quietud aldeana de la ciudad de Saltillo. Nadie durmió la acostumbrada siesta; algunos vecinos salieron hasta la Plaza de las Carretas, y no pocos hasta la Fábrica de Arizpe; las azoteas, las puertas, las ventanas de la Calle Real estaban llenas de curiosos; personas de viso y pobres menestrales iban y venían por las "banquetas", o se estacionaban, expectantes, en el lado de la sombra. El sol esplendía bajo un cielo límpido; el calor era intenso, y el aire en rachas intermitentes, cubría la ciudad bajo una nube de polvo.

En las primeras horas de la mañana había llegado el general Sánchez Román, adelantándose a su brigada que entraría a Saltillo aquella misma tarde. Una entrada de tropa no era un espectáculo nuevo, pero sí poco frecuente, y por ello, capaz de sacar de su rutina a los vecinos de la ciudad provinciana, cuya vida monótona estaba siempre ávida de conmoverse con algo imprevisto. Y entonces con mayor razón, pues se decía que la

brigada del general Sánchez Román estaba compuesta de buenas tropas de línea.

Al cabo, cuando la expectación comenzaba a fatigarse, se oyeron las cornetas y los tambores; se avistó en lo alto de la Calle Real, la masa obscura y compacta, alargándose a medida que bajaba; se hicieron perceptibles el rumor compasado de la marcha y el traqueteo de la artillería en las piedras del arroyo. De cerca, se veían los uniformes deslucidos y rotos, flacos los caballos, heterogéneas las armas, y los hombres huraños y tristes, agobiados por la fatiga. Hasta las banderas de colores desteñidos, plegadas bajo el peso de sus borlas y galones oxidados, carecían de aire marcial y semejaban aves prisioneras con las alas cortadas e inútiles. Pero alegraban el desfile el toque de la banda de guerra, el pasodoble de la música y los vítores y aplausos de los vecinos.

Al día siguiente circularon volantes impresos, invitando al público a la serenata que la oficialidad de la brigada Sánchez Román daría aquella noche, de las ocho a las once, en la Plaza de Armas, como un homenaje a la sociedad saltillense. El programa era selecto: las Oberturas *In Argelis*, *Muda de Portici*, el *Gran Vals* de Strauss, y otras piezas entonces en boga.

La Plaza de Armas –cuadro formado por vallas de adobe que servían de asientos, sin otro adorno que una pila en el centro y un poste con un farol junto a ella–, comenzó desde temprano a llenarse de gente. Las familias principales ocupando las sillas que habían mandado poner dentro del recinto, y los demás concurrentes sentados en las vallas y en las aceras, o andando de un lado para otro, esperaban pacientemente que comenzara la serenata. Sobre el rumor de la muchedumbre sobresalían, a intervalos, los estentóreos pregones de Jerónimo *el Pastelero*, más famoso por la potencia de su voz que por la calidad de sus pasteles.

Don Jesús Valdés Mejía, llamado por todo el mundo "don Jesusito", sujeto pequeño y gordo, de aspecto amable y tranquilo, a la sazón en funciones de alcalde, vivía frente a la Plaza de Armas, y estaba sentado a la puerta con las personas de su familia y algunos amigos que acostumbraban hacerle la tertulia. El reloj de la Capilla del Santo Cristo dio las nueve, sin que llegara la música anunciada para las ocho, y repentinamente, un cilindrero se puso a tocar bajo el farol de la plaza. El alcalde, por cuya mente pasó una sospecha, hizo llamar a un gendarme.

–Anda –le ordenó–, y tráeme aquí al cilindrero.

El músico ambulante llegó un tanto asustado a la presencia del alcalde.

–¿Por qué motivo –le preguntó éste–, se ha puesto usted a tocar en la plaza?

–Señor, porque me pagaron.

–¿Quiénes?

–Unos señores oficiales.

–Muy bien… Vaya usted a seguir tocando.

El cilindrero volvió a estacionarse en el mismo sitio, y siguió dando vueltas al manubrio del viejo instrumento desafinado y afónico.

El alcalde, entre tanto, daba órdenes al comandante de policía.

–Llame usted a la Ronda y a la Junta de Auxilios y proceda a aprehender y llevar a la cárcel a todos los oficiales que se encuentren. Recorra para ello las cantinas y los burdeles, pero teniendo en cuenta que de la rapidez con que se haga el movimiento, depende que no se presenten obstáculos para efectuarlo… Ya usted me comprende, y le dejo la responsabilidad del resultado.

Todos sabemos de lo que son capaces los rancheros norteños cuando con un arma en la mano, cumplen obligaciones o defienden principios. Nadie los iguala en astucia y decisión. Aquellos

auxiliares, en su mayoría labradores y obreros, unidos a la policía, cuyos componentes estaban hechos del mismo barro, se dieron tal maña, que dos horas después, la mayor parte de los oficiales de la brigada Sánchez Román, desarmados y sin haber sabido cómo ni cómo no, se hallaban encerrados en la cárcel municipal.

Las aprehensiones ocasionaron alborotos aislados, y la gente, percatándose de ellos, se retiró temerosa de mayores desórdenes, pues nadie sabía de qué se trataba. Sólo permanecieron en la plaza unos cuantos curiosos que desde el callejón del Truco y a la sombra de los Portales, observaban lo que iba a acontecer.

Con visible satisfacción recibió el señor Valdés Mejía el parte de estar cumplidas sus órdenes, y en el acto dispuso que las mismas fuerzas que habían hecho las capturas, guarnecieran el Palacio Municipal –hoy Palacio del Gobierno–, donde se hallaba la cárcel, apostándose en el zaguán de la puerta principal y en la azotea, con orden precisa de repeler cualquier agresión.

Media hora después se presentó en la casa del señor Valdés Mejía don Melchor Lobo Rodríguez, gobernador interino del estado. Llegó agitado y nervioso.

–¿Usted ordenó la captura de los oficiales? –preguntó a don Jesusito.

–Yo la ordené.

–Si no tiene inconveniente, ¿puede informarme por qué?

–Invitaron, como usted sabe, a una serenata dedicada a la sociedad de Saltillo, y en lugar de la banda, mandaron a un cilindrero. ¿No juzga usted esto como una burla grosera?

–Evidentemente, pero…

–El uniforme y las armas que portan para defensa de la Nación, no deben servirles para insultar a una ciudad donde no han encontrado sino atenciones.

–Tiene usted razón, pero acaba de estar en mi casa el general Sánchez Román, y se muestra furioso… Dice que sacará a los oficiales por la fuerza, y sólo he logrado calmarlo, prometiéndole que vendría yo personalmente a suplicar a usted la libertad de los detenidos.

–Los presos están bajo la jurisdicción de mi autoridad… Yo no tolero afrentas como la que han hecho a la sociedad de Saltillo… Saldrán si dan una satisfacción por escrito y pagan una multa de mil pesos… de lo contrario, tendrán treinta días de

arresto, y en caso de que se intente sacarlos, repeleré la fuerza con la fuerza.

–Sírvase reflexionar, don Jesusito… El caso es delicado y puede acarrear muy graves consecuencias…

–La responsabilidad es de la Presidencia Municipal, y estoy resuelto a asumirla.

–¿No hay, pues, remedio?

–Ninguno, si no es el que ya he dicho.

El señor Lobo Rodríguez, conocedor de la energía de carácter de don Jesusito, comprendió que era inútil insistir, y preocupado por los acontecimientos que sobrevendrían seguramente, y por los medios de que se valdría para evitarlos, regresó a comunicar al general Sánchez Román la inquebrantable decisión del alcalde.

Quien llega por primera vez a un lugar, máxime si es de alta posición económica, militar o política, halla siempre oficiosos que le enteren hasta de lo que menos le importa, no digamos de aquello que tiene particular interés en saber. Cuando el señor Lobo Rodríguez volvió de su entrevista con el alcalde, ya el general Sánchez Román sabía que el funcionario municipal era hombre de una pieza, incapaz de flaquear y tozudamente dispuesto a mantener sus decisiones. Pero la confirmación de

tales informes por boca del gobernador, hizo que su disgusto estallara en interjecciones, bravatas y amenazas. El desahogo dio paso a la reflexión; se paseó agitado a lo largo de la pieza; se sentó; volvió a levantarse; encendió y arrojó media docena de cigarrillos, y al cabo, accedió a las exigencias del alcalde. Mandó pagar la multa y se trasladó a la cárcel municipal, donde su mal apagado enojo vertió sobre los oficiales prisioneros, que confesaron su culpa, una andanada de improperios; los obligó a firmar la carta en la que daban una satisfacción a la sociedad saltillense, por la falta cometida; se los llevó consigo, y a aquella hora, sin más tiempo que el indispensable para preparar la marcha, silenciosamente, como si huyera, abandonó la ciudad de Saltillo.

Para qué están los centinelas

A LAS PRIMERAS HORAS de una tarde de julio del año de gracia de 1872, bajo un sol de fuego y entre la sofocante polvareda que del camino se levantaba –habían pasado seis meses sin que cayera una gota de lluvia–, llegó a los suburbios de Saltillo el coronel don Miguel Palacios, al frente de su regimiento. Los caballos estragados y sudorosos, los jinetes con el paño de sol desplegado y la carabina a la espalda, cubiertos de polvo amarillento que les daba un aspecto entre cómico y espantable, hicieron alto en el espacio cuadrangular formado a la entrada de la ciudad por casitas y tapias de adobe, llamado "Plaza de las Carretas", porque en él paraban las que venían con cargamento de leña, carbón, forrajes y otros artículos de comercio.

Desde allí se oteaba el caserío aglomerado en la cuesta, como apoyándose mutuamente para no despeñarse, circuido de huertas y dominado por el campanario de la Capilla del Santo Cristo y por el domo y la torre trunca de la parroquia de Santiago. Desde allí se descubría el valle entero, encerrado

entre montañas azules y cerros pardos, risueño a la derecha, por sus arboledas y sembradíos, severo a la izquierda, por sus lomas áridas y campos sin cultivo, hasta la más remota lontananza que la diafanidad del aire aproximaba y definía, donde blanqueaban, abajo, caminos y lugares, y se perfilaban, arriba, el cono truncado de la Mesa del León y las cumbres estriadas de la Sierra de Pesquería. Desde allí arrancaban las calles Real, de Santiago y del Huisache, con tan violento declive, que tal parecían los cauces de otros tantos arroyos.

El coronel con recia voz de mando y gran insolencia tal vez exasperado por el bochorno y la fatiga, llamó a un carretero que reposaba tendido bocarriba a la sombra de su carreta.

–¡Ven acá, talísimo!

El hombre se levantó en un segundo y se acercó solícitamente con el sombrero en la mano.

–¿Dónde hay por aquí un lugar apropiado para alojar a mi tropa?

–Baja su mercé por esa calle, que es la del Huisache y luego se divide en otra que se llama de Landín; sigue por la que va a mano izquierda hasta llegar a una pila y unos fresnos que se nombran de la Vaca, y adelantito está el Mesón del Huisache con el rótulo sobre el portón. Allí hay muchos

cuartos, corral grande y buenos macheros.

El coronel, sin dar las gracias a su informante, picó espuelas, y la larga hilera de tropa, de dos en fondo, se puso en movimiento, perdiéndose en la profundidad de la calle y dejando oír por un rato el tintineo de los sables y el ruido de las herraduras sobre las sueltas piedras del piso. Minutos después, entre la sorpresa del vecindario cuyas puertas y ventanas se llenaron de caras curiosas, el regimiento entraba pausadamente en el Mesón del Huisache.

El coronel, antes de desmontar, ordenó que todos los huéspedes, incluso el mesonero, desalojaran el local, y los rancheros arreando los burros mal cargados por el azoro y la prisa, o arrastrando de las patas traseras los cerdos berreantes; los fuereños andando, invisibles, bajo la balumba de jaulas y huacales; las mujeres con sartas de gallinas; los perros ladrando o escondiéndose medrosos detrás de sus dueños, y el mesonero, al hombro la frazada y en la diestra el farol legañoso de las vigilancias nocturnas, fueron saliendo malhumorados y mudos, ante la risa, el estupor o la indignación de los curiosos.

El mesonero se encaminó a la casa del señor don Esteban Múzquiz, propietario de la finca y del negocio, para comunicarle las malas nuevas.

Era don Esteban un sujeto chiquitín y cenceño, rayando en los sesenta, de voz atiplada, pulcro y bien ceñido, maestro en cortesías y docto en achaques judiciales, aunque por su edad y buenas prendas, nadie le aplicaba la despectiva denominación de tinterillo. Acababa el buen señor de levantarse de la siesta; estaba en mangas de camisa, sentado a la mesa de su despacho; tenía delante de sí un pocillo de chocolate cuya espuma levantaba casi otro tanto del tamaño de la vasija, cercado de gaznates y puchas, y se disponía a catar tan sabrosa merienda, cuando se anunció el mesonero. Recibido democráticamente, el hombre le contó a quemarropa y con exageración de pormenores, el atropello de que era víctima.

Don Esteban se tomó el chocolate a pequeños sorbos, consumiendo de paso los sabrosos aditamentos bien remojados en el espeso líquido, aunque con menor pausa y deleite que de ordinario, pues le habían puesto de mal talante las novedades que acababa de oír, y apartando el servicio, se levantó parsimoniosamente; hizo y encendió su cigarrillo de hoja; se vistió el saco y se lo abotonó como de costumbre; se acomodó el bombín –única clase de sombreros que había usado siempre–; tomó de su biblioteca un ejemplar de la Constitución de

1857, y se lo puso bajo el brazo; cogió el bastón de puño de cuerno, y en compañía del mesonero se dirigió al lugar de la catástrofe. Como tenía que atravesar la mitad de Saltillo, y caminaba de cuestarriba y de prisa, sintiendo, además, la desazón del ultraje y el peso de la merienda, llegó al Mesón del Huisache sudoroso y sofocado.

Los centinelas le marcaron el alto; pero el oficial del cuerpo de guardia enterado de que deseaba hablar con el coronel, lo introdujo hasta la pieza que éste ocupaba, pobre habitación con sólo un catre de tijera, una silla y una mesa. En aquellos momentos el coronel Palacios, todavía cubierto de polvo, puesto el kepí y con el paño del sol sobre los hombros, devoraba un gran plato de huevos rancheros y frijoles.

Don Esteban se paró en el umbral, y descubriéndose, dio las buenas tardes; pero el coronel, sin dar señales de haberlo visto, ni contestarle, continuó comiendo. Al cabo de un rato, y tras de beberse una vaso de agua, levantó los ojos duros de suyo y entonces de expresión más hostil por el polvo que le cubría las cejas, las pestañas y los crespos bigotes.

–¿Qué se le ofrece? –preguntó con voz áspera.

–Nada más que servirle, señor coronel

–contestó melosamente don Esteban, dando un paso hacia dentro–. Soy Esteban Múzquiz, humilde criado de usted y propietario de esta finca que el señor coronel ha tenido a bien tomarla para alojamiento de su tropa. Y como la Constitución que nos rige –y aquí don Esteban abrió el librito por la señal que de antemano había puesto–, expresa en su Artículo 27, que la propiedad de las personas no puede ser ocupada sin su consentimiento, sino por causa de utilidad pública y previa indemnización…

–¡Capitán Olaguíbel! –gritó Palacios, interrumpiendo a don Esteban.

–¡A sus órdenes, mi coronel! –contesto el oficial, cuadrándose en la puerta.

–¡Ponga usted a este señor de patitas en la calle!

–Pero, señor coronel… –profirió, suplicante, don Esteban.

–¿Sabe usted para qué están los centinelas en la puerta? –le preguntó Palacios, acercándose a él como si fuera a pegarle.

–La Ordenanza…

–¡No, señor mío! ¡Están para que no entre aquí la Constitución!

"¡Sígueme y te haré feliz!"

EL DOCTOR DON PACUAL Urías, para dar majestad a su persona, usaba sombrero alto y capa española que le bajaba hasta los pies; pero su cuerpo pequeño y gordo y su paso menudo y vacilante, sugería a las chicas traviesas la graciosa tonada que a veces osaban cantarle:

¡Ja, ja, ja,
qué risa me da
de ver la bola
que rodando va!

Le gustaba parecer imponente y enérgico, y arrugaba las cejas, ponía fosco el mirar y apretaba los labios; pero algo indefinible en su cara redonda y rasurada, decía que aquella actitud era engañosa, y que detrás de la máscara no había sino una ingenuidad cercana a la simpleza.

Don Pascual había estudiado medicina por un mero accidente, y la practicaba por inercia mezclada con su poco de avaricia, pues siendo rico y soltero,

no tenía otros motivos para afanarse por aumentar sus rentas.

Vivía con sus hermanos mayores, personas de gran ascendencia social por su posición económica y sus cualidades morales, y él participaba de las consideraciones y ventajas consiguientes, aunque carecía de autoridad profesional, porque era bien sabido que curaba todas las enfermedades, desde un resfriado hasta una tifoidea, con infusión de canela; manía o desengaño respecto a la eficacia de su saber, que le había valido el apodo de *Doctor Canela*. Pero si otros le superaban en habilidad terapéutica, él les aventajaba en tranquilidad de conciencia, pues de seguro que su tratamiento favorito no había ocasionado la muerte de nadie.

Se levantaba don Pascual a las ocho de la mañana; se lavaba con agua fría; rezaba sus oraciones al Santo Cristo de la Capilla, de quien era muy devoto, y cuya imagen tenía colgada sobre el respaldo de la cama; se desayunaba con una taza de chocolate, un vaso de leche cruda, dos huevos tibios y competente ración de esponjados molletes; se fumaba un cigarrito, y se ponía a leer el *Hippocratis Coi Opera Omnia*, donde nunca aprendió una fórmula distinta de su acostumbrada

infusión de canela. Se iba después a hacer sus visitas, entreveradas de largas estaciones en plena calle, conversando con los amigos, y remataba en la botica de don Antonio Goríbar, donde era parte integrante de la tertulia habitual, y solía recetar a sus enfermos que no podían pagar las visitas a domicilio.

Una de las particularidades de don Pascual era la sujeción de su vida cotidiana a una rutina inalterable, cuya interrupción le ponía de mal talante, como quiera que contrariaba el recio impulso de su naturaleza a la ejecución instintiva de los mismos actos. Esto le ocurría cuando una enfermedad –rara, por cierto, pues era don Pascual de buen palo–, le obligaba a recluirse; cuando visitas inoportunas le hacían detenerse en los momentos en que iba a salir, y sobre todo, cuando recibía una carta. Este último accidente le contrariaba sobremanera, pues caballeroso y cumplido en sus relaciones sociales, le gustaba contestar su correspondencia a vuelta de correo, y semejante faena le hacía sudar la gota gorda, porque no era fértil de magín ni largo de pluma, y perdía toda una mañana para pergeñar diez renglones.

Una vez recibió la esquela mortuoria de una prima suya, doña María de Jesús, fallecida en un

pueblo cercano. Apenas hacía un mes que aquella prima había pasado una semana en la casa de don Pascual, y el hecho común de morirse la gente cuando le toca, llenó de asombro al ingenuo doctor que se dijo a sí mismo, se lo repitió a sus hermanos cuando acudió a darles la funesta noticia, y a todos los amigos con quienes la fue comentando:

–¡Pero, señor, si hace apenas un mes que pasó una semana con nosotros!

Aquella mañana no abrió *el Hippocratis Coi Opera Omnia*, ni salió a visitar a sus enfermos, y malhumorado por la interrupción de sus hábitos, pero decidido a cumplir con sus deberes familiares, se puso a escribir a las hermanas de la prima fallecida, para darles el pésame. Y después de pasearse por la alcoba, fumar varios cigarrillos y romper media docena de pliegos echados a perder, formuló la siguiente carta, escrita en papel celeste con filos dorados, firmada con una rúbrica de múltiples enlaces, cerrada con dos rojas obleas y remitida al correo que salía aquella misma tarde:

> Mis queridísimas e inolvidables primas: Con el mayor dolor y sentimiento de mi corazón he recibido yo y toda la familia la tarjeta mortuoria que se sirvieron dirigirnos, participándonos el

terrible acontecimiento de la defunción de nuestra queridísima e inolvidable prima doña María de Jesús (que de Dios goce). Las acompañamos a ustedes en su justo y grandísimo dolor, esperando muy confiados en que mi queridísima e inolvidable prima doña María de Jesús (que de Dios goce), ha de haber recibido el premio debido a sus virtudes. [Hasta aquí lo referente al contenido de la tarjeta de defunción ya enunciado].

Pasemos a otro ligero negocio. Cuando estuvo aquí nuestra queridísima e inolvidable prima (que de Dios goce), ahora ya difunta, la acompañaba un joven estudiante, el cual pidió en nuestra casa unos pesos (veinte y tantos), y como ya ha corrido tanto tiempo, y no los ha remitido, desearíamos que ustedes le hicieran un recuerdo sobre este particular y nos avisaran su contenido.

Y sin más por ahora y repitiéndoles nuestro pésame por el sensible fallecimiento de mi queridísima e inolvidable prima doña María de Jesús (que de Dios goce), y deseándoles mil felicidades, nos repetimos a sus órdenes como sus afectísimos primos que atentos S. M. B. –*Pascual Urías y familia*.

Y se quedó satisfecho de la gentil manera como había redactado la carta de condolencia y cobrado una cuenta. Sobre todo, la fórmula de transición

del uno al otro tema, le pareció ingeniosa y delicada.

Las mañanas eran para el buen doctor la parte enojosa de la vida: la de los esfuerzos, las obligaciones y las molestias; la que hace del hombre un esclavo, destinado a rendir una tarea ineludible; pero las tardes constituían para él las horas agradables de libertad y abandono, en las que vivía propiamente para sí, dejándose conducir suavemente, sin resistencias de enojosos imperativos, por las inclinaciones naturales de su temperamento y sus costumbres. Comía a las doce en punto; conversaba un cuarto de hora de sobremesa con sus hermanos, saboreando el café; pasaba a su alcoba, encendía la vela, cerraba las maderas, se desnudaba, se calaba el gorro que le defendía la calva de moscas y corrientes de aire, y se metía en la cama a dormir la siesta hasta corridas las cuatro. Al levantarse, tomaba la merienda –chocolate con pan fino–, y se marchaba a la casa de don Pepe Arizpe, a la cotidiana sesión de malilla, a la que asistía casi siempre en calidad de mirón, pues los jugadores, procuraban excluirlo del tercio, porque llevándolo de compañero, no era posible, por su torpeza, dar un codillo común y corriente, y menos si trataba de cortar una contrabola.

Pero tomara o no parte en el juego, a las seis en invierno y a las siete en verano, se marchaba a su diversión favorita, a la que tarde a tarde acudía con regularidad matemática, y nunca dejaba por ninguna consideración humana ni divina. Entraba en el Parián por el lado correspondiente a la calle de Landín, donde las tortilleras, sentadas en el suelo, junto a sus canastas, pregonaban su mercancía, y avanzando por el corredor de la izquierda, entre los puestos de frutas, legumbres y flores, saludando a las vendedoras –todas conocidas o amigas suyas–, y trabando con ellas pasajeros diálogos, iba a pasar por las fondas que exhalaban sabroso olor a fritada y barbacoa, y daba la vuelta por el corredor de las carnicerías… Viaje de exploración concienzuda en busca de las criadas bonitas que a aquella hora llenaban el Parián, haciendo sus compras; al cabo del cual, salía a estacionarse en alguna de las esquinas próximas. Y en cuanto aparecía una fámula de paso menudo y sonoro taconeo –señales de gracia y juventud–, la cesta al brazo y cubierta la cabeza y parte de la cara con el rebozo tentador, don Pascual se lanzaba tras ella y apresurando el andar, le decía disimuladamente y con voz amorosa:

–¡Sígueme y te haré feliz!

Algunas volvían la cara a otro lado; otras le sacaban la lengua, y no pocas le contestaban con alguna frase cruda y grosera. Pero él sin decepcionarse por tales fracasos, repetía su juego, hasta que cerrada la noche, quedaba el Parián desierto y oscuro. Y cuentan las crónicas –acaso malévolas–, que cuando alguna chica de aquellas se aventuraba a seguirlo –lo que era muy raro–, la felicidad prometida por don Pascual consistía en la espléndida dádiva de… una peseta.

Tío Baticolas

MANUFACTURABA RETRANCAS de ixtle, de cuero, de cerda, de lona, según el gusto del comprador, y como a alguno se le ocurriera una vez dar a tales objetos el nombre poco común de baticolas, con él bautizó al fabricante, que tío Baticolas fue desde entonces, aun cuando dado a los vicios, no volviera a poner en práctica su habilidad de otros tiempos.

Tío Baticolas tenía cincuenta años, pero aparentaba más a causa de su vivir desordenado. Sus ojos sin pestañas ardían como brasas bajo la urdimbre de las cejas; la punta de su nariz roja partía en dos gajos el bigote cano que Orlando, como paréntesis, la boca desdentada, tenía un juego de abrirse y cerrarse, según se distendía o se aflojaba el pellejo de las mejillas enjutas; su mentón puntiagudo formaba una escuadra perfecta con el largo pescuezo de nuez prominente y abultados tendones; andaba siempre en camisa, cuya falda se le escapaba en cómica libertad del cinto de los pantalones, y éstos en vías de caerse, pero detenidos por los huesos de las caderas, se le arrugaban,

como cañones de notas, sobre las viejas chanclas. Con una mano ayudaba a los cuadriles a impedir el total descenso de las bragas, y con la otra accionaba parsimoniosamente o se quitaba y se ponía la gorra encajada de través sobre las greñas apelmazadas y erguidas como cresta de gallo.

Pasaba los días y gran parte de las noches en "La Tina Verde", famosa taberna establecida en el ángulo de la calle de la Cruz y el callejón del Tlacuache. La enorme tina simbólica, erguida sobre el mostrador, difundía a distancia sus hálitos incitantes, inspiraba la música de arpa, guitarra y flauta, que acompañaba el baile, los cantos y el sosegado sueño de los parroquianos, y brindaba a la miseria y a las penas, olvidos y placeres tanto más sabrosos cuanto más pasajeros. De allí tío Baticolas se marchaba a su casa, caminando por el medio de la calle, dando dos pasos para adelante y uno para atrás, hablando consigo mismo, dirigiéndole la palabra al gato cuyos ojos brillaban en la oscuridad de un pretil, al perro prisionero en una ventana, que le contestaba, ladrándole con furia, al transeúnte a quien seguía hasta verle entrar en una casa o doblar una esquina, a un guardacantón, a un árbol, a una tienda, que tal vez le despertaban recuerdos confusos y lejanos. Su perorata dicha

con voz ronca, pero tranquila y mesurada, no parecía el desahogo de un ebrio, sino el discurso razonado de un académico. Los vecinos y los serenos que oían las voces, acostumbrados a aquel hecho trivial, murmuraban despectivamente:

–¡Es tío Baticolas!

Se encaminaba a su casa un Viernes Santo, y viendo la gran copia de gente que entraba en una iglesia abierta de par en par, allá se fue también él; se metió entre la multitud apretada en las naves; se arrodilló santiguándose devotamente; se sentó sobre los talones y siguió hablando en voz baja consigo mismo, y dando cabezadas. Se iba a celebrar la ceremonia de las Tinieblas, en que los fieles, apagadas las luces, se disciplinaban con más o menos rigor, según la gravedad de las culpas y la devoción del penitente. El sacristán con un brazado de disciplinas, unas sencillas, otras con herretes en los canelones, pasaba dificultosamente entre los fieles, preguntando a cada quien de cuáles quería, y tío Baticolas, al oír entre sueños la pregunta:

–Yo… –contestó solemnemente–, una chiquita de mezcal.

A veces dejaba de emborracharse por algún tiempo, haciendo propósitos de enmienda definitiva y proyectos de trabajo. Entonces no salía de casa,

y tornándose malhumorado, exigente y gruñón, era más molesto para sus familiares que deseaban verle volver a sus borracheras acostumbradas. Uno de aquellos recesos coincidió con la Función del Ojo de Agua, que se celebraba entonces como ahora, tres semanas después de la Función Patronal del Santo Cristo de la Capilla, y tío Baticolas concibió la idea de instalar un puesto, suponiendo que a causa del gentío que siempre concurre a la fiesta, podría él obtener regulares ganancias, base de un futuro y más amplio negocio. Un puesto, pero ¿de qué? Pues de vino, por ser el "artículo" que él conocía mejor, y el que más se acomodaba al entusiasmo y alegría de las verbenas populares. ¿Y el capital? Con cinco pesos sería bastante… Cantidad que le facilitó su mujer; lavando, planchando y cosiendo ajeno, ella sostenía la casa y hacia pequeños ahorros, importunada por las necedades de su marido y quizás por el sentimiento justificadamente egoísta de quitarse un estorbo.

Compró tío Baticolas seis botellas castellanas de buen mezcal de maguey, que le costaron cuatro pesos y seis reales, dejándole una reserva disponible de dos reales; y con cuatro soleras, dos sábanas viejas, y unos cuantos petates y cajones, armó su tendejón en el sitio que le pareció más adecuado, lo

más cerca posible de las "Danzas", y encargando del despacho a un sobrino, chico listo y capaz de tales menesteres, se sentó a la parte de afuera del establecimiento, a esperar a los consumidores.

La función se animaba a medida que atardecía. Desde la colina donde brota el manantial bajo su caseta pintada de azul, hasta la explanada donde desembocan jadeantes y fatigosas las calles de la ciudad, bullía la gente agrupada en incómodos sitios o subiendo y bajando lentamente por las resbaladizas veredas –visión de múltiples colores y formas, en heterogéneas y cambiantes amalgamas–; y albeaban los toldos y humeaban las cocinas de los puestos instalados en desorden. –"¡A seis por cuartilla, duraznos, a seis!"… "¡El más loco de los toros!"… "¡Fresco el tepache; dulce el aguamiel!"… "¡Al ruido de uñas, legítimo Salvatierra!"… "¡Al pan de pulque!"–. Olores de meriendas domingueras; charangas pegajosas, tronar de cohetes, bordoneo metálico de los matachines… Abajo, las techumbres grises de la ciudad, esfumándose en las sombras ascendentes; a lo lejos las montañas azules con toques de sol y pinceladas de rosa; enfrente las serranías de un violeta pálido, recortándose sobre el cielo donde se combinaban en gradaciones sutiles el verde, el azul,

el perla y el carmín, entre orlas de plata, estrías de cobre y ráfagas de oro. En la fiesta, las velas escamadas del altar, visibles en la cumbre, junto al Ojo de Agua, y en el declive de la colina, los mecheros de aceite, las cazolejas de sebo, los faroles de vidrio y de papel, las teas humosas, las enormes fogatas, las luces de los cohetes, daban a la función el aspecto fantástico de un mundo poblado de siluetas y de sombras.

Unos amigos de tío Baticolas, holgándose de verle, se acercaron a saludarle, y él, deseando obsequiarlos, los invitó a tomar una copa, y ordenó al dependiente que sirviera cuatro mezcales. Se los tomaron de un sorbo, pues los cuatro eran del arma, y tío Baticolas pagó los dos reales que importaban las copas. Se fueron a dar una vuelta. Al cabo de un rato regresaron.

–Déque la venta –ordenó tío Baticolas al chico. Éste le entregó los dos reales, que aquél se embolsó después de contarlos.

–Ahora –ordenó–, sirva cuatro mezcales.

Se los tomaron con la misma destreza, y el obsequiante tornó a hacer el pago. Nueva excursión por los diversos lugares de la fiesta, y después, nuevo regreso.

–Déque la venta… Sirva cuatro mezcales.

Tal juego repetido cada quince minutos, acabó con la existencia de vino del tendejón, dejando solamente a tío Baticolas los dos reales en el bolsillo y una gran borrachera en el cuerpo. Los dos reales sirvieron para tomar "la del estribo", ya bien entrada la noche, en otro puesto de vino, en cuya puerta campeaba este rótulo: "Hoy no se fía, mañana sí"… Y los amigos viéndole sin dinero, abandonaron a tío Baticolas que, instintivamente, tomó el camino de su casa.

Vivía en la calle de Santa Anna y tenía que pasar por la fuente pública del barrio, que empotrada en los muros, bajo un arco festonado de yedras, sonaba en la quietud de la noche con rumor soñoliento. Por un reflejo fisiológico, la noción confusa del agua determinó en tío Baticolas la premura de una de aquellas necesidades llamadas menores, y como sólo andando podía conservar el equilibrio, pues pararse equivalía a caerse, se asió de las rejas de una ventana, mientras cedía al imperativo de la natural exigencia. Bamboleándose y dialogando consigo mismo, según su costumbre, pasó largo rato, durante el cual, sus propias percepciones y el rumor de la fuente se confundieron en una sola sensación.

–¡Dios mío –exclamó entonces–, si de mí ha de salir el diluvio, cúmplase tu santísima voluntad!

Las mujeres del barrio que fueron de madrugada a la fuente, le encontraron tirado en la acera y profundamente dormido.

Pastorela de Navidad

ALLÁ POR EL ÚLTIMO tercio del siglo pasado, no había temporada más alegre en la vida saltillera, que la de Navidad, Año Nuevo y fiesta de Reyes. Ni el verano con los días de campo, las excursiones a las huertas, los baños en los Pilares o en San Lorenzo –que necesariamente debían ser tres, para que fueran provechosos–; ni la feria de octubre con el ir y venir de gente forastera, los puestos y tendejones en plazas y calles, las corridas de toros, las peleas de gallos, las "maromas" y la ocasión de hacer negocios y realizar buenas ganancias, tenían tan poderoso atractivo como las Posadas, las pastorelas que se representaban con más o menos propiedad y lucimiento, en los distintos barrios de la ciudad, la Noche Buena con la cena tradicional y la Misa de Gallo, las visitas nocturnas a los Nacimientos que en la mayor parte de las casas, tanto ricas como pobres, solían ponerse, y entre los cuales descollaba el de doña Petra Treviño por su hermoso Misterio y multitud de figuras de movimiento, que eran la admiración y el encanto

de chicos y grandes, y como feliz remate, las "bajadas" del Niño Dios, con el rosario y el baile, los tamales y los buñuelos, el turrón y los huevitos de faltriquera.

Haciéndolas más íntimas, por lo que tenían de profanas, y más de acuerdo con la tradición, por lo que tenían de religiosas –causa, tal vez, de su atracción singular–, aquellas fiestas se verificaban comúnmente bajo temperaturas glaciales, en que la "candelilla" colgaba de los pretiles y los árboles, y la gente quebraba el hielo al transitar por las aceras, o entre el silencio y la blancura de la nieve, que amalgamando ambas sensaciones en una sola, se tendía de las montañas abajo por todo el valle, hasta la más remota lontananza.

Entre las pastorelas, era la más famosa la que hacían en un corral del Callejón del Humo, los vecinos de este barrio, tanto por lo céntrico del lugar, a dos pasos del Parián y de la Plaza de Armas, como por tomar parte en ella Jerónimo *el Pastelero*.

Era éste originario y vecino de la barriada de Guanajuato, que comprendía la parte oriental de Saltillo, a partir de la calle de Santiago. Alto, flaco, de nariz grande, mentón fuerte, negros y duros los ojos y lacio el cabello también negro, poseía una voz estentórea, en fuerza de la cual pregonaba su

mercancía en el centro de la ciudad, y se le oía en los arrabales. A este extraordinario don natural debía Jerónimo su renombre de actor.

En el fondo del corralón dividido de los corrales contiguos por tapias de adobe, bajas y desportilladas, se levantaba a cielo raso el tablado, hecho de morillos, tablones bastos, sábanas y sobrecamas, y adornado con listones de papel de china y farolillos de hojalata. Los espectadores que llevaban sillas, se instalaban en las primeras filas, cerca del tablado, y los demás permanecían de pie o se sentaban en las tapias. Grandes fogatas, distribuidas en el corralón y atizadas constantemente, daban luz al espectáculo, aliviaban del frío a los asistentes y prestaban a la representación un aspecto fantástico muy en consonancia con el argumento.

Arrebujados los hombres en "plés", en capas de paño o en pintados sarapes de factura local, y bien calados los sombreros; cubiertas las mujeres hasta la cabeza con finos mantos de terciopelo o burdos tápalos de estambre, pues la intemperie, la frialdad de aquellas noches de invierno y el carácter popular de la fiesta dispensaban de observar las reglas de urbanidad, ineludibles en otros sitios y ocasiones, aquellas buenas gentes, a pesar de las incomodidades, concurrían a la pastorela del

Callejón del Humo, por el natural deseo de divertirse, no satisfecho sino poquísimas veces durante el año, y principalmente, porque aquel espectáculo encarnaba sus sentimientos más hondos y sus convicciones más arraigadas.

La noche del 25 de diciembre de 1868, la fiesta tenía, además, el extraordinario incentivo de ser la primera que iba a celebrarse, después de las zozobras y trastornos de la guerra extranjera. Se hallaban presentes el gobernador del estado y el ayuntamiento de la ciudad. Las principales familias y una gran muchedumbre de la clase media y gente del pueblo, en apretados grupos, llenaban el corralón, desde el pie del tablado hasta los ámbitos más lejanos y oscuros. Multitud de cabezas se perfilaban sobre las tapias, al fulgor intermitente de las hogueras; los cohetes estallaban en el aire y caían en lluvia de luces policromas; la gente conversaba en voz alta, y se oían, a veces, diálogos acalorados de quienes se disputaban un lugar o pugnaban por abrirse paso.

La pastorela comenzó a desarrollarse con la monotonía propia del tema y de la manera característica de las representaciones populares. Sonó una salva de aplausos cuando Jerónimo hizo su entrada en el papel de Asmodeo, con el traje

negro galoneado de plata, los cuernos erguidos sobre la frente y la espada desnuda en la mano derecha. Entró impetuosamente, midiendo el tablado con enormes zancadas, blandiendo el acero, lanzando sobre los espectadores su voz de trueno, y animando con su briosa declamación la languidez de la escena.

–¡Venid, infernales furias,
venid siguiendo mis pasos;
bajad, oscuras tinieblas
del caliginoso espacio!...

¡Sabrán de las confusiones,
de los incendios que hago,
las ponzoñas que respiro
y los venenos que esparzo!...

Del fondo del corralón, del sitio tenebroso donde se apiñaba la multitud, surgió un trémulo balido, perfectamente imitado, que hizo reír a los espectadores. Jerónimo interrumpió la tirada; paseó sus ojos coléricos por todo el corral, y reanudó el parlamento. Un segundo balido, más trémulo y largo que el primero, causó de nuevo la risa de la concurrencia. Volvió el actor a interrumpirse y a

escudriñar con mirada, ya no colérica, sino feroz, los fondos oscuros del lugar, y al fin, siguió declamando, aunque un tanto resfriado por la interrupción y la burla. Pero un nuevo balido, perfeccionado por la repetición, tornó a motivar la alegría del público. Multitud de cabezas se volvieron hacia el sitio de donde había salido. Algunos ceceaban, imponiendo silencio. Y Jerónimo, en el colmo de la indignación, aventó lejos la espada y se quitó los cuernos, arrojándolos al suelo.

–¡Ya no soy Asmodeo ni soy nada! Ai están los cuernos y ai está la espada, talísimos! –gritó, perdidos los bártulos–. ¡Y ese que me hizo el borrego, que vaya…!

Y pronunciando sin eufemismos lo que el caló popular apellida "la grande", saltó la tapia cercana al tablado, y se perdió entre las sombras.

La gente reía, y comentando lo acontecido, censuraba no menos que la inconveniencia de la burla, el insolente arrebato de Jerónimo.

La aparición de un nuevo Asmodeo restableció el silencio. Vestido también de negro y plata, entró llanamente en el escenario; levantó los cuernos y se los colocó en la cabeza; cogió la espada, cuya hoja se había doblado por el golpe, la enderezó parsimoniosamente, sobándola sobre la rodilla, la

empuñó sin brío, y continuó la declamación interrumpida, en el pasaje donde Jerónimo la había dejado. Volvió el público a interesarse en la representación, y prosiguió ésta sin incidentes extraños hasta la bajada del Ángel.

> –¡Venid, Miguel dichoso,
> del arca celestial;
> apresurando el paso,
> venid, corred, volad!

Había un corpulento nogal en uno de los corrales contiguos, y por gruesa cuerda tendida desde las ramas más altas hasta los morillos del tablado, bajaba el Mensajero Celeste, de pie en un trapecio que se deslizaba por ella, y cuyo descenso regía, mediante otra cuerda, un sujeto encaramado en el árbol. Llegó el momento oportuno, y el Ángel –un chico de doce años–, se desprendió de la altura vertiginosamente.

–¡No le aflojes tan recio –gritó con espanto–, porque me lleva el …!

Y dio suelta a un macho cabrío de la especie verbal, que causó a los espectadores, primero, estupor, y después general carcajada, unísona e interminable, pues cuando parecía extinguirse,

comenzaba de nuevo con mayor intensidad y resonancia.

Aumentaba las risas lo que pasaba en la escena. Apenas el Ángel había pisado la tierra, cuando Asmodeo, que seguramente era su padre, lo cogió a coscorrones; el chico se puso a berrear con todas sus ganas, corriendo por el foro para evitar el castigo, y la madre, hecha una furia y seguida del clan entero –mujeres, chicos y viejos–, subió al escenario para defender al Ángel, con gritos y manotadas, de las iras del padre.

La botica es buen negocio

La botica de don Antonio Goríbar era por aquel entonces el único establecimiento de su especie que había en Saltillo… Anaqueles pintados de verde, tarros de porcelana en cuyo negro marbete se destacaban con letras doradas, nombres estrambóticos, algunos de los cuales, a medias entendidos, sugerían a los profanos ideas de espanto y de muerte... "Arsenicum Lodatum", "Causticum", "Chamomilla Matricaria", "Cinchona Officinalis", "Strychnos Nux Vomica", "Ipecacuanha", "Opium", "Secale Cornutum"… Frascos de cristal con palo de orozús, azúcar cande y pastillas de goma; en el sotabanco, el bote de la manteca, el balde con sanguijuelas y el garrafón de agua destilada; en el centro del mostrador, el fanal de vidrios opacos, camarín misterioso de las balanzas de precisión, de las espátulas, de los morteros, donde se forjaba la salud o la muerte, en forma de píldoras, papeles y cucharadas; y en uno y otro lado como ventrudos heraldos, los globos de cristal con agua de color y sendas lámparas

detrás, que lanzaban en la noche, sobre la oscuridad de la Plaza de Armas, su emblemática luz, roja y verde. Entre el mostrador y una de las puertas, algunas sillas de tule, no para los clientes que hubiesen de esperar, sino para los habituales a la tertulia que a todas horas del día, hasta las diez de la noche, iban a la botica a leer y comentar el periódico de México, las cartas particulares que hablaban de política, y a saborear la chismografía local, picante y entretenida, pues aquellos señores, a semejanza del Diablo Cojuelo, podían levantar los techos de las casas, como se levanta la cobertura de una olla, para saber lo que dentro se cuece. Detrás del mostrador, don Antonio Goríbar, al mismo tiempo dueño y farmacéutico responsable, el pelo entrecano mal peinado hacia atrás, despejada la frente, saltones y móviles los ojos, grande la nariz, gruesos los labios, empabilados los bigotes, torcida la corbata, descuidada la ropa, nervioso el ademán, hablando y moviéndose siempre, sin respiro ni cansancio. Hombre ingenioso y dinámico, cuando había sido regidor, abrumó al ayuntamiento con proyectos que deslumbrando la escasa visión de sus colegas, encontraron una resistencia pasiva –la más tenaz de las resistencias–, y se quedaron durmiendo en el archivo municipal, entre otros, el

proyecto grandioso, ciertamente, para hosmanizar la ciudad, sacando sus calles a cordel, y terraplenando los altibajos, para que fuera su pendiente más regular y menos pronunciada. Hablaba y se movía, preparando medicinas y despachando a los clientes, sin que se diera el caso de que una receta resultara en daño del enfermo, porque tuviera los componentes trocados o puestos en mayor cantidad –lo que se debía a su habilidad y experiencia–, y sin que su parlería, principal atractivo de su constante tertulia, alejara la clientela, a causa, tal vez, de que no tenía competidor en la plaza.

Las recetas no eran muchas, pues los médicos sólo gozaban de crédito entre las clases acomodadas; pero la demanda de ceratos, ungüento simple y ungüento doble, elíxir paregórico, alcanfor, sal de higuera, aceite de ricino, bálsamo tranquilo, purgas de limonada, cuernecillo de centeno y sanguijuelas, era activa y constante, y despachando, don Antonio no le daba paz a la mano ni reposo a la lengua.

Unas gentes decían que estaba haciendo fortuna; otras que apenas ganaba para vivir; y así como él y sus amigos comentaban cuanto ocurría en la ciudad, ésta, a su vez –en el juego donde hay

desquite, no hay quien se pique–, iba con mil ojos y otros tantos oídos, detrás de todos y cada uno de ellos para contarles los pasos.

Una tarde se paró frente a la botica un sujeto montado en poderosa mula. El enorme jarano, la chaqueta de cuero, las chaparreras, el sarape amarrado de los tientos, el morral colgado de la cabeza de la silla y el pelo de la cabalgadura empabilado por el polvo y el sudor, demostraban que el hombre venía de afuera y que la jornada había sido larga y presurosa. Se apeó, sofrenó la bestia, soltó el cabestro y fue desenrollándolo a medida que él entraba en la botica tieso y esparrancado, y haciendo sonar las espuelas en los ladrillos del piso.

–Favor de despacharla pronto –dijo alargando una receta a don Antonio–, porque el enfermo está grave.

–¡Ah!... Es para Bartolo… –observó don Antonio, comenzando a bajar las sustancias que necesitaba–. Ya sabía yo que habían llamado al doctor urgentemente.

–Yo vine anoche por él… Y no quería ir.

–¿Por qué?

–Porque le habían dicho que asaltaban en el Caracol.

–¿Y es cierto?

–Sí; pero yo le aseguré que aunque nos salieran esas gentes, no nos harían nada.

–¿El capitán es su amigo?

–Sí señor… Y también del amo don Bartolo. Se le avisó la urgencia del caso para que dejara pasar al doctor.

–¿Y él consintió?

–¡Cómo no!... Ha recibido muchos favores del amo. Además no tratan de robar, sino que traen un asunto de política.

–¡Hombre!

–No están conformes con el gobierno y van a sostener el plan de quién sabe qué…

–El plan de la Noria.

–¡Ándele, el mismo!

–Pues están frescos… Bueno, ¿y Bartolo de qué está enfermo?

–De un ataque que le dio de repente, después de comer… Estaba bueno y sano.

–Ya le había yo dicho que a su edad es peligroso cargar el estómago con fritada, barbacoa y chicharrones, que le gustan tanto… Y sobre todo, que ya no es tiempo de andar en malos pasos… ¿Es tan enamorado como siempre?

–La verdad, no sé –contestó el ranchero riéndose maliciosamente.

–Usted no querrá decirlo, pero a Bartolo siempre le ha gustado la fruta verde.

El ranchero soltó una carcajada.

–Según por la receta –siguió don Antonio–, se trata, en efecto, de un derrame cerebral… Seguramente al doctor no le pareció conveniente traerlo.

–Dijo que era muy peligroso.

Don Antonio acabó de preparar la medicina; envolvió la botella en un trozo de papel de estraza y la puso en el mostrador, al alcance del ranchero.

–¿Cuánto? –preguntó éste.

–Doce reales.

El hombre sacó un pañuelo colorado, y desatando con ayuda de los dientes el recio nudo donde traía el dinero, sacó una moneda de plata de a dos reales, la dejó en el mostrador, y recogiendo el cabestro, metió la botella en el morral; montó, picó espuelas, y a todo galope salió por la Calle Real abajo.

Don Antonio que andaba volviendo a su sitio las substancias, no se había dado cuenta de que aquél le había dejado dos reales en vez de doce; pero al percatarse, saltó el mostrador con agilidad

de un muchacho, y corrió hacia la esquina para llamar al ranchero y advertirle su error, pero éste no oyó las palmadas y las voces, y siguió corriendo hasta perderse en la primera curva de la calle. Entonces don Antonio hizo un ademán de desprecio.

–¡Váyase al tal! –exclamó–. ¡Al cabo que todavía me gano real y medio!

De lo que dedujo quien lo oyó, y después todo el pueblo, que don Antonio Goríbar sí ganaba dinero y que la botica era un buen negocio.

Un juicio de Salomón

ERA ALGO SINGULAR lo que pasaba con tío Camacho. El concepto que de él tenía la gente participaba de la burla y del respeto, en tan rara mezcla, que jamás la burla disminuía la austeridad del respeto, ni el respeto llegaba nunca a desvanecer el encanto de la burla. Esto era así porque en lo físico y en lo moral, unía tío Camacho cualidades contrarias, sin que se menoscabaran mutuamente, sino antes bien, equilibrándose de manera tal que según por el lado que se examinara al sujeto, parecía que la cualidad correspondiente se perfilaba con más nitidez. Y sus hechos y dichos participaban de ese doble carácter, ofreciendo un sentido chusco y un sentido serio que la gente percibía muy bien, usándolos al revés y al derecho, según la ocasión y el motivo.

Era tío Camacho de esas personas que no aparentan edad definida. Había quien dijera que era relativamente joven, y quien asegurara que hacía cuarenta años no había cambiado de aspecto. Tenía negros el pelo, los ojos y los bigotes, combados éstos como una tapa sobre la boca y el mentón.

Cuadradas la cabeza y la cara, donde cejas y ojeras se combinaban en forma de cuadros; cuadrada la nariz; cuadrados los hombros, las manos y los pies, era la realización anticipada del cubismo pictórico de estos últimos tiempos. Hablaba lentamente, en tono doctrinal, marcando las palabras con el índice de la mano derecha, y andaba con pasos largos y acompasados, mirando al suelo, como profundamente abstraído.

Tío Camacho era comerciante. Tenía una tienda de abarrotes en céntrico lugar, atendida a ratos por él, y la mayor parte del tiempo, por un dependiente que barría el establecimiento y la calle, despachaba, cobraba las cuentas y llevaba la contabilidad y la correspondencia del negocio. Aquel muchacho con cara de viejo, taciturno y macilento, bajo un dosel de escobas de popote y de cortadillo, de reatas y mecates de diversos grosores, colgados de las vigas; entre el mostrador sobre el cual oscilaban las balanzas también suspendidas del techo, y los frascos de especias, el pan cubierto de moscas, los jabones de trementina y de puerco, los paquetes de maizena, las botellas de vino, la hilera de botecillos para llevar con granos de frijol la cuenta de los "pilones", el arroz y la harina, el café en greña y la sal, que llenaban los sotabancos y olían

a ratón, iba y venía pesando manteca, midiendo maíz, partiendo con enorme machete los recios conos de azúcar, y en los ratos de menos trajín, haciendo alcatraces y llenándolos con "tlacos" y "cuartillas" de los artículos de mayor consumo. Mientras tanto, tío Camacho se paseaba en la banqueta o en el interior de la tienda, según el tiempo y la hora, con las manos a la espalda y en actitud meditabunda. Así oía, sin detenerse, las solicitudes de los clientes para que les habilitara mercancías a crédito. Si el solicitante no era de su agrado, se negaba en redondo; pero si merecía su confianza, se paraba, encarándose con el dependiente:

–¡Muchacho!

–Mande usted.

–Dale a don Fulano tanto de mercancías.

Y continuaba paseándose. El cliente recogía su "mandado", daba las gracias, se despedía y se marchaba. Un rato después, tío Camacho, parándose de nuevo ante el dependiente, preguntaba:

–¡Muchacho!

–Mande usted.

–¿Ya le apuntaste las mercancías a don Fulano?

–Sí señor.

–Pues apúntaselas otra vez para que no se te olvide.

En cierta ocasión el Juzgado de Hacienda le demandó el pago de unos impuestos, y como tío Camacho se negara a cubrirlos, por no estar conforme con el monto de ellos, la facultad económico-coactiva que ya entonces existía, aunque se estaba quieta detrás de su mesa cargada de polvorientos expedientes, esperando que las víctimas se pusieran a su alcance, y no andaba, como ahora, en automóvil, persiguiéndolas con una eficacia ineludible; la facultad económico-coactiva, decía, le obligó a pagar la suma que se le cobraba. Tío Camacho se metió el dinero en los bolsillos del chaleco y se dirigió al Juzgado.

–Vengo a pagar –dijo lacónicamente, parándose ante la mesa del Juez.

–Muy bien –contestó el funcionario con una risita irónica que denunciaba su satisfacción ante la palinodia de un rebelde–. A ver –añadió, dirigiéndose a su secretario–, arregle usted los recibos del señor Camacho.

–Pero señor Juez –observó éste–, mande usted que me saquen el dinero de los bolsillos, porque, francamente, por mi propia mano, no tengo valor para dar lo mío.

Las vicisitudes de la vida lo obligaron a liquidar su negocio mercantil y a trabajar como empleado.

Desempeñaba el cargo de juez menor cuando su esposa tuvo la ocurrencia de darle una cachetiza a una sirvienta. Ésta fue a quejarse, ignorando que el juez era su amo. Tío Camacho oyó el relato de la ofensa, mandó comparecer a su esposa para tomarle declaración, y hallándola culpable, la sentenció a pagar diez pesos de multa. Se levantó de su sitial de funcionario, pasó solemnemente al lado opuesto y declarándose representante legal de su cónyuge puso sobre la mesa el importe de la multa; volvió con la misma solemnidad a su asiento, recogió el dinero para darle el destino legal correspondiente, y despidió a la quejosa, haciéndole ver que la culpable había quedado ya castigada.

Pero ningún juicio tan sabio como el que pronunció tío Camacho cuando una muchacha de la clase humilde se le presentó, quejándose de que la habían forzado. Después de contemplarla de hito en hito, en silencio y por largo rato, le ordenó que rindiera su declaración detallada del hecho, que el secretario fue poniendo por escrito. Allí dijo ella cómo un individuo que desde hacía tiempo la pretendía, molestándola frecuentemente con proposiciones amorosas que ella siempre había rechazado, un día que la había encontrado en casa de una amiga, quien seguramente ya estaba de

acuerdo, pues se había salido a poco, pretextando un "mandado", cerró las puertas y valiéndose de su fuerza física, había abusado de ella cobardemente.

–Muy bien –dijo tío Camacho cuando la moza terminó su relación–. ¿Sabes firmar?

–Sí señor… Aunque mal.

–Pues firma tu declaración…

Y el ladino juez le dio la pluma y le acercó el tintero que mantuvo cogido entre el índice y el pulgar; y cuando la declarante quiso mojar la pluma, se lo desvió como distraídamente; lo intentó aquélla de nuevo, y tío Camacho tornó a mover el tintero, y así se repitió el lance varias veces, hasta que la muchacha, corrida, se quedó sin saber qué hacer ni qué decir.

–Mira, hija –observó al fin, tío Camacho–, si tú hubieras hecho lo mismo nada te habría pasado… No vengas aquí con cuentos, y anda bendita de Dios.

Tío Careaga

Don José María Careaga, generalmente llamado "tío Careaga", fue el Shylock saltillero, la representación viviente de la avaricia, pasión de todas las épocas y de todos los sitios, que ha pasado, por humana, a la vida del arte, desde el personaje simbólico de Shakespeare, hasta el *Torquemada* de Galdós y el *Ahorcapobres* de Narciso Oller.

Otras pasiones, altas o bajas, necesitan para ejercerse, horizontes dilatados, sol que les preste brillo, rumor de multitud que las aplauda o las vitupere. La avaricia medra en las ciudades y en los campos, siempre a la sombra, silenciosamente, labrando su tela, como la araña, en la puerta de su guarida. Semejante a la venganza, huye de la ostentación, se oculta, calla, tiene paciencia; pero nunca perdona y no se satisface hasta que no saca la última gota de sangre. Escasa o abundante –ello depende de la robustez de la víctima–, la fruición del vampiro es igual siempre, porque consiste tanto en el acto mismo de chuparla, como en la cantidad que de ella deglute.

Saltillo era pequeño y pobre; ignoraba el lujo y los vicios costosos, desconocía las empresas aventuradas; se dedicaba a hacer casas de adobe, a ordeñar vacas, a sembrar cereales, a cultivar manzanos; se contentaba con el traje lugareño, los manjares burdos, el vivir tedioso, y en el camposanto, con un montículo de tierra y una cruz de palo. Y sin embargo, había necesidades que engrosaban los réditos, y por tanto, el caudal de "tío Careaga", convirtiéndole en una deidad, mezcla de ángel y demonio, importunada con súplicas y acribillada con denuestos. Y el buen señor vivía formulando cálculos, redactando recibos y misivas de apremio, en pequeños trozos de papel hechos del revés de un anuncio, de un sobre o de una carta, con su escritura pastosa, de letras apretadas y renglones juntos, sin márgenes ni espacios; y como un genio del agio, formando escuela que ha multiplicado los "tío-careagas" saltilleros, ya reproduciendo simplemente el tipo original, ya disfrazándolo por el natural progreso de los tiempos, con la toga del abogado, la bata del médico, el anuncio del mercader y hasta el escapulario del creyente.

Tío Careaga no tenía amistades. Vivía aislado sin dar ni recibir demostraciones de afecto, en parte,

a causa de su carácter huraño, y en parte, para evitar los compromisos sociales que siempre originan gastos. Su cabeza inclinada hacia adelante, hundida entre los hombros; el andar acompasado; el traje de color indefinible, siempre grande de saco y corto de pantalones, como si fuera "gallo" de dos personas distintas; el sombrero grasiento; el rostro escondido tras de unas enormes gafas negras y sombreado por la barba que parecía no crecer ni afeitarse nunca, salía todas las mañanas metódicamente, para enterarse de lo que pudiera importarle y activar las demandas que por cobro de pesos y ejecución de hipotecas tenía pendientes en los tribunales. Visitaba las trastiendas donde se reunían a conversar personas de diferente categoría social, y en todas partes era recibido con demostraciones de simpatía, y puesto como no digan dueñas cuando se marchaba. Regresaba a casa a las doce, y a veces solía llevar sobre la palma de la mano una rebanada de melón, tres manzanas y tres higos; prodigalidad que seguramente pesaba sobre su conciencia, porque sentía la necesidad de disculparse con los conocidos que acaso encontraba:

–Para mis muchachitos… Siquiera que prueben…

Sólo en procrear hijos no había sido parco "tío Careaga". Tenía seis, y todos desastrados, como chicos vagabundos, iban a la escuela gratuita del padre Calixti. Su mujer y su hija mayor bastante bonita, pero deslucida por el desaseo y la mala ropa, nunca salían a la calle, ni se asomaban siquiera a la ventana. La casa cerrada de día, sin luz en la noche para ahorrar el gasto de velas, ofrecía un aspecto de abandono y miseria. Las habitaciones no tenían otros muebles –y esos de los más corrientes–, que las sillas indispensables para sentarse y los catres para dormir. Ni una maceta, ni una jaula, ni un objeto que alegrara la vista o hiciera pensar en que aquello era la habitación de una familia, pues tío Careaga odiaba todo lo que significara una inversión superflua que no sirviera estrictamente para un uso forzoso o no rindiera un producto. Comían y cenaban en la cocina, en una mesa mugrosa, sin mantel, junto al fogón, y después de servirse el caldo de chivo maloliente, el trozo de carne, los frijoles sin freír y seis tortillas contadas por barba, tío Careaga procedía en persona, pues la madre era condescendiente en extremo, a repartir el postre. Consistía éste en un piloncillo sujeto a un cordón corredizo colgado del techo, exactamente encima de la mesa. Tío Careaga lo hacía bajar de

modo que los chicos, por riguroso turno, pudieran darle una lamida.

–¡Una nomás! –ordenaba severamente.

Y si alguno intentaba repetirla, jalaba el cordón, y el piloncillo campaneándose en la altura, dejaba burlando al transgresor.

El único medio de conseguir la benevolencia de tío Careaga era mostrarse económico, guardar papeles, hilachas, clavos, chapas mohosas, candados descompuestos, y sobre todo, escatimar la comida y remendar la ropa. "Quien guarda, halla"; "comer para vivir; no vivir para comer"; "remienda tu sayo y te durará un año; remiéndalo otra vez y te durará otro mes; vuélvelo a remendar y te volverá a durar", eran sus aforismos favoritos que constantemente repetía. Y poniéndolos en práctica, por convicción o necesidad, la señora y los chicos le tenían contento y lograban alguna laxación –siempre pequeña–, del tiránico régimen.

En la tertulia de don Pepe Arizpe se discutía una vez sobre el probable destino que daba tío Careaga a su dinero –cuantioso según la voz pública–, que no era posible pudiera colocar en Saltillo. Unos afirmaban que lo tenía enterrado y otros que lo prestaba en Monterrey y en diversos lugares del país.

–Yo creo que lo entierra –opinó el doctor Salas–, y me propongo comprobarlo cuando venga por aquí tío Careaga.

Como nombrando al ruin de Roma luego asoma, el aludido llegó a la tertulia, dio las buenas tardes y se sentó, con su habitual actitud de inhibición y silencio.

–Como decía –continuó el doctor Salas, a cuyas palabras daba autoridad su reciente regreso nada menos que de París–; se ha descubierto en Europa que los cuerpos pesados, especialmente metálicos, que se entierran a cierta profundidad, cambian de sitio debido al movimiento de rotación de la tierra… Y por eso sucede que el dinero enterrado no vuelve a encontrarse, y en las minas se pierden las vetas más ricas.

Tío Careaga se fue saliendo bonitamente y sin despedirse ganó la puerta. Todos lo notaron, atribuyéndolo algunos a que había ido a cerciorarse de la verdad del hecho relatado –lo cual confirmaba la hipótesis del doctor Salas–, en tanto que otros juzgaban la evasión del avaro como un acto en consonancia con su carácter y costumbres. Una hora después, cuando aún no se había disuelto la reunión, vino de nuevo tío Careaga, y ocupó el mismo asiento.

–Oiga, doctor –dijo repentinamente, dirigiéndose a Salas–, eso que usted nos contaba hace rato no es cierto.

–¿Y usted cómo lo sabe?

–Hombre –contestó con evidente desconcierto y tal vez arrepentido de su franqueza–, porque hay cosas que no pueden ser.

–Quizás tiene razón don José María –dijo Salas, guiñando el ojo a sus amigos.

Y varió de tema, pues no era el caso de discutir, desde el momento en que aquél, con sus maniobras, les había hecho saber que sí enterraba el dinero.

La hija mayor de tío Careaga, a la sazón de veinte años, se enamoró del primer mozalbete con quien pudo cruzar una mirada, y a pesar de la vigilancia paterna, llegó a las cartitas y a las entrevistas por la ventana a media noche, sorteando con habilidad no aprendida la ligereza de sueño de tío Careaga y su mujer. Pero como estos manejos no pueden estar ocultos por largo tiempo, se descubrieron las relaciones; tío Careaga tomó informes del novio, y resultó que éste era huérfano de padre y madre, que no tenía en qué caerse muerto y que trabajaba como galopín en la botica de don Antonio Goríbar. Así llegó a explicarse el taimado viejo el sorprendente encuentro en el patio

de su casa de una pastilla de goma, cuya procedencia le intrigó sobremanera, atribuyéndola, al fin, a que algún muchacho la hubiese aventado desde una casa vecina. Tío Careaga se puso furioso; increpó a la novia para que dejara semejante devaneo, advirtiéndole que si llegaba a ver al galán paseando la calle, saldría a darle una mano de palos.

Tales amenazas interrumpieron por algunos días la correspondencia escrita y las entrevistas; pero a poco se reanudaron unas y otras, con más ardor, por el incentivo de la prohibición y el peligro, y resueltos a jugar el todo por el todo, decidieron que el mozo tuviera una conferencia con tío Careaga, le informara de sus rectas y limpias intenciones y le pidiera su anuencia para formalizar el noviazgo.

Como lo pensaron lo hicieron. Una noche el amartelado mozo llamó a la puerta, preguntando por don José María; se le hizo pasar a tientas a la pieza desmantelada y oscura que tenía los honores de sala; vino tío Careaga, sin sospechar quién fuera el visitante; inquirió el motivo de la visita, y cuando el otro lo expuso con palabras entrecortadas y frases incoherentes, tío Careaga se levantó enfurecido.

–Es usted un majadero –le dijo–. Trae una mano atrás y otra delante; no tiene oficio ni

beneficio, y se atreve a soliviantar a una joven seria y decente que de seguro no piensa en cometer el disparate de perder el tiempo con un pelagatos como usted, que no sirve para nada… ¡Hágame el favor de largarse, y si lo vuelvo a ver por aquí, esté usted seguro de que le romperé la cabeza!

Y tío Careaga, encendiendo una cerilla para enseñar al mozo la puerta, vio un espectáculo extraño. Estaba éste en calzoncillos, maniobrando para subir a su lugar los pantalones caídos hasta las corvas.

–¿Qué significa esta desvergüenza? –gritó airado tío Careaga.

–Dispense usted –contestó humildemente el muchacho–. Para que no se me acaben los pantalones, tengo la costumbre de bajármelos cuando me siento, y lo hice aquí sin darme cuenta…

La actitud de tío Careaga cambió de improviso.

–Amiguito –dijo poniendo familiarmente la mano en el hombro del muchacho–, retiro cuanto le dije… Usted me conviene, y se casará con mi hija.

Bonitas y decentes, pero…

Don Fabián Ponce tenía la cáscara amarga y la pulpa dulce. Avinagrado, regañón, sin pizca de diplomacia, pues decía las cosas claras, aunque ofendieran, su genio se armonizaba con su rostro anguloso, de pelo entrecano cortado en cepillo, ojos chicos bajo cejas pobladas, unidas por perenne ceño, y boca en forma de O, ajena a la risa. Hablaba parco y siempre con pocas y bruscas palabras, como exclamaciones de enojo. Pero una observación detenida descubría en don Fabián un corazón sensible, una honradez ingénita y una sinceridad a prueba de desengaños.

Don Fabián era propietario de algunas casas y tenía cortas sumas prestadas a rédito, cuyos productos, aunque exiguos, le bastaban para vivir sin inquietudes, pues baratos los mantenimientos y parvas las necesidades, no daban ocasión para ahogos y apuros. Su mujer, conforme a la sana costumbre de entonces, hacía en persona los menesteres domésticos. El mobiliario de su casa era pobre. Un canapé con forro de indiana, algunas

sillas de tule y un cuadro religioso, en la sala; en la alcoba, la cama matrimonial de madera, sillas también de tule, dos "castañas" forradas de piel cruda y un perchero clavado a la pared; en el comedor, una mesa sin pintar y nada de asientos que a las horas de comer se traían de las otras piezas, botellón y vasos de barro, platos y tazas de loza burda, cucharas de estaño, y falta absoluta de tenedores y cuchillos, subsanada cuando llegaba el caso, con la navaja que para diversos usos llevaba don Fabián en el bolsillo. Y como remate de tan prudente sistema, café con leche, semitas de agua y algún resto de las comidas anteriores en el desayuno y en la cena; caldo, carne asada, frijoles y tortillas, al mediodía; un pocillo de chocolate después de la siesta, como única golosina; ropa limpia cada mes y un traje cada cinco años…

Tal vez durante su juventud viajara don Fabián; pero a la sazón hacía cuarenta años que no salía a parte alguna. Se levantaba a las cinco de la mañana; iba a misa primera; volvía a casa a desayunar; se marchaba en seguida a husmear lo que de curioso o nuevo acontecía –que no solía acontecer casi nunca–, y a conversar en las trastiendas con los amigos; a las doce en punto tornaba para comer; dormía hasta las cuatro; tomaba la merienda al

levantarse; se iba de paseo al Pueblo o a San Lorenzo; cenaba a las ocho, y a las nueve y media, antes de sonar la queda, ya estaba en el primer sueño… Programa invariable que no había alterado sino dos veces en su vida: una, cuando contrajo matrimonio que se verificó a la madrugada, después del baile, según la usanza del tiempo, y otra, cuando una famosa farándula que llegó al Saltillo durante la feria, representó en el corral del Callejón del Humo, a dos reales la entrada, el gran drama histórico "María Antonieta". Asistió don Fabián, y cuando aquellos bandidos, tocados con el gorro frigio y empuñando enormes mosquetes, obligaron a la Reina a separarse de sus hijos, el buen don Fabián, en medio del silencio y la emoción que señoreaba el espíritu del público, se puso en pie, y abiertos los brazos y apretados los puños, gritó con voz robusta que dominó la de los actores: –"¡Pero qué no hay aquí un hombre que auxilie a esa pobre señora!" Su propio desahogo y la risa general que sucedió a la sorpresa, le volvieron a la realidad, y se hundió en el asiento, avergonzado de su ex abrupto que había echado a perder el mejor pasaje del drama.

Y sucedió que una vez, por motivos que debieron de ser poderosos, puesto que lo

determinaron a romper sus hábitos de tantos años, tuvo que hacer un viaje a San Luis Potosí. Con su sarape al hombro, y en mediano lío, una muda de ropa, tomó don Fabián la diligencia que arrancando del Hotel de San Agustín, en la Calle Real abajo, salía por la Calle Real arriba… Era una tibia mañana de junio; aún había estrellas, y la luna desvelada y rojiza, hinchado un carrillo, como si hubiera recibido un sopapo durante una juerga, trasponía las cumbres escuetas del Cerro del Pueblo.

Se hallaban entonces en San Luis dos tarambanes saltilleros: Tiburcio García y Manuel Campa, amigos de intrigas políticas y de revoluciones, y sobre todo, del vivir alegre y descuidado. Acaso volvían de alguna fiesta a las seis de la mañana, cuando vieron venir a un sujeto que caminaba despacio, mirando a todos lados como suelen hacerlo los que son nuevos en un lugar. En el acto reconocieron a don Fabián, y se pusieron de acuerdo para divertirse a costa de su paisano. Se fueron derechos y presurosos a él, lo abrazaron efusivamente, le hicieron mil preguntas sobre las personas y cosas del Saltillo, y se ofrecieron a acompañarle a donde tuviera que ir para el arreglo de sus negocios. Don Fabián, no obstante la aspereza de su genio, se dejó vencer por las

amabilidades de aquellos locos, cuyas aventuras conocía, pues en realidad, la ayuda de personas avezadas al medio, no le pareció del todo mal, aun cuando fuera la de dos perillanes, que a pesar de sus calaveradas –cosas de muchachos–, eran caballeros y serviciales.

Acompañado por ellos, no experimentó dificultad alguna para ver a los señores de quienes dependía el buen suceso de sus asuntos, y estaba encantado de la maña que se daban Campa y García para sortear obstáculos y vencer resistencias, pues los arreglos que él no hubiera hecho en un mes, quedaron felizmente terminados en una mañana, dejándole expedito para regresar a su casa, y lo que era más de estimarse, ahorrándole casi la totalidad de los gastos calculados.

Sonaron las doce, y los dos amigos le invitaron a comer. Don Fabián se resistía, más que por otra causa, por no estar acostumbrado a convites semejantes; pero al fin accedió, pensando en los buenos servicios que aquéllos le habían prestado y temeroso de que tomaran a desaire su negativa. Le propusieron tomar un aperitivo, y a esto sí no lograron persuadirlo; fue en vano que le ofrecieran oporto, jerez o cualquiera otro vino suave, pues don Fabián se encastilló en su resistencia, y no hubiera

habido poder humano que de ella le sacara.

–Comeremos en la casa de la familia donde nos asistimos –explicó Campa.

–Va usted a ver cómo le colman de atenciones –agregó García–. Pero no le dé cuidado, pues la señora y las muchachas son francas y sencillas como la gente de nuestra tierra.

Y adelantándose uno de ellos para prevenir a la dueña, condujeron a don Fabián a una casa de las que se dicen llanas, porque cualquiera puede entrar en ellas a su talante, si satisface el precio; y como en los atrasados lugares del norte no se conocían ciertos refinamientos comunes y corrientes en el sur, sobre todo en ciudades opulentas como San Luis Potosí, don Fabián no entró en malicia, y antes se quedó tan admirado como cohibido, al sentir bajo sus pies la blanda alfombra, al ver las pesadas cortinas, los muebles tapizados de seda y el gran piano de cola que ocupaba un ángulo de la sala. Vino la señora de bastante buen ver todavía, con mucho colorete en las mejillas y en los labios, y en pos de ella, aparecieron las muchachas, realmente guapas, bien vestidas y esparciendo un gratísimo aroma.

Hubo las presentaciones de rigor, y cuando todos se sentaron, don Fabián en la actitud de

encogimiento que correspondía a su estado moral; la señora y las señoritas, con modestia y compostura, y los dos amigos fingidamente respetuosos, pidieron éstos permiso, mientras estaba a punto la comida, para ir al arreglo de cierto negocio; la dueña se excusó también para dar una vuelta por la cocina, y se quedó solo don Fabián con las tres mozas que se cruzaron entre sí miradas de inteligencia. Y una de ellas levantándose súbitamente se puso a besar al asombrado viejo en ambos carrillos; otra se le sentó en las piernas y la tercera le abrazó por el cuello, mientras aquél, despavorido, procuraba rechazarlas, agitando las manos como si se espantara un enjambre de avispas.

–¿Pero niñas, qué contiene esto? –exclamaba con angustia–. ¡Esténse quietas, por Dios!

Pero como ellas no obedecían, y antes extremaban sus caricias, don Fabián redoblando sus esfuerzos, logró desasirse, y con la rapidez que aún le permitía su buena salud, no obstante sus muchos años, echó a correr y ganó la calle. Las desvergonzadas mozas quedaron desternillándose de risa, en unión de la dueña y de los dos amigos que a través de la vidriera de una alcoba contigua, estuvieron presenciando la graciosa escena.

Aquella misma tarde Campa y García se hicieron los encontradizos con don Fabián. Éste al verlos, juntando más las pobladas cejas y redondeando el óvalo de la boca, contestó de mala gana el amable saludo de los bohemios.

–¡Pero amigo don Fabián! –preguntó Campa–, ¿por qué se nos fue antes de comer y sin esperarnos? ¡Caramba, que estamos sentidos con usted!

–¡Muy sentidos! –corroboró García.

–¡Muy sentidos! –repitió irónicamente don Fabián.

–¿Qué no le simpatizó la familia?

–¡La familia! –subrayó el viejo.

–Usted se dio cuenta… una señora y unas muchachas bonitas y decentes…

–¡Sí! –exclamó don Fabián con un grito bronco, alejándose de sus paisanos como de un peligro…– ¡Bonitas y decentes, pero perdidas como ellas solas!

Doña Jesusita

LA CALLE ANGOSTA y torcida era de las más antiguas de la ciudad; las aceras cortadas por hoyos y saledizos obligaban a los transeúntes a caminar por en medio del arroyo, lleno también de baches y piedras sueltas, aunque de más amplitud para sortear los obstáculos. La pequeña casa mostraba, por grandes desconchados, los adobes de su fábrica, y tenía una puerta desvencijada y una ventana de rejas de palo.

El visitante llamaba con el puño cerrado, por no haber aldabón ni cosa por el estilo, y si tardaban en abrir, con una de las muchas piedras que tenía a su alcance. Después de un rato de inquietar con los golpes la curiosidad de los vecinos, que salían a enterarse, rechinaba la ventana, y sin que se viera la persona, a causa de los gruesos y cerrados barrotes de la reja, una cascada voz de mujer, con dejos masculinos, preguntaba:

–¿Quién es?

–Yo –respondía el interpelado, acercándose a la ventana.

Si era desconocido, allí tenía que dar sus referencias y tratar su negocio. Si era conocido, la misma voz exclamaba:

–¡Ah, eres tú, Fulanito! Un momento, por favor… Voy a abrirte.

Chirriaba la llave, dando repetidas vueltas en la cerradura; la aldaba desencajada pegaba en las maderas; la tranca chocaba pesadamente contra la jamba; rodaba, probablemente empujada con el pie, la piedra que aseguraba la extremidad inferior de las hojas de la puerta, y ésta se abría rechinando, como quejándose por la fuerza que se le hacía. Doña Jesusita invitaba al visitante a pasar a la sala.

Andaba la señora en las cercanías de los setenta años, a juzgar por sus ojos apagados y sus mejillas hundidas, que permitían a su nariz sobresalir y encorvarse sobre la boca plegada hacia dentro por la falta de dientes. Su pelo todavía negro, partido por el medio, se pegaba a las sienes en ondas perfectas y brillantes, y un bozo que era casi un mostacho, negreaba sobre su labio superior y se derramaba por el agudo mentón en pelos más ralos, pero más largos. Vestía de negro con una manteleta cruzada al pecho, y anudado a la cintura, un delantal de color oscuro, que ella, al recibir una visita, enrollaba hacia arriba, sujetándolo con una mano,

como una atención semejante al acto de quitarse el sombrero.

La señora y su visitante tomaban asiento en el estrado, compuesto de unos viejos muebles de bejuco, que gemían al peso de las personas, sobre un trozo de alfombra que sólo cubría una pequeña parte de la estancia, entre las cuatro paredes tapizadas de imágenes de santos, y junto a una rinconera con más santos, pero éstos de bulto, que compartían la jurisdicción territorial con una palmatoria, unas despabiladeras y una caja de cerillas.

–¡Qué milagro, Fulanito!

–No me agradezca la visita, doña María de Jesús, vengo a pedirle un favor.

–Si puedo con mucho gusto… Tú dirás.

–Necesito cien pesos… a seis meses.

–Tú sabes, hijo, que la pica que tengo es poca cosa. En este momento no puedo servirte; pero dentro de unos días que me paguen un dinerito, sino se te hace malobra, de buena voluntad y con el favor de Dios, te los facilito.

–Puedo esperarme… ¿con qué rédito?

–Pues mira, hijo, consulté el otro día con el señor Obispo, y me dijo que el rédito que pasara del medio por ciento mensual era pecado. De modo

que si tú, por tu propia voluntad, como cosa tuya, sin que yo intervenga para nada… ¿me entiendes?... Pues no quiero gravar mi conciencia… me das otro cuatro y medio, con el favor de Dios, te presto el dinero… Pero si no puedes, entonces no te lo presto, porque, francamente, el medio por ciento es muy poco y no me costea…

El negocio se efectuaba casi siempre, bajo las condiciones indicadas por doña Jesusita, salvando ella sus escrúpulos y remediando el solicitante sus necesidades.

Más vale maña que fuerza

La derrota de Icamole fue un rudo golpe para la Revolución de Tuxtepec. "En estos momentos –escribía a un su amigo el dueño de "Paredón", hacienda cercana al lugar del combate–, está comiendo en mi casa el general Porfirio Díaz. Llegó solo y se muestra desmoralizado, pues las fuerzas y jefes que lo acompañaban se dispersaron o cayeron prisioneros". Y sin embargo, aquella rebelión injustificada contra un régimen legal, lejos de extinguirse, cobró mayor fuerza. Diariamente llegaban noticias de nuevos pronunciamientos de tropas federales; las partidas rebeldes aparecían por todas partes, imponiendo préstamos, requisando caballos, armas y víveres, y las autoridades y vecinos, sobre todo en los pueblos pequeños, vivían en constante zozobra.

Saltillo carecía prácticamente de defensa, pues las fuerzas de su guarnición abandonaban la ciudad con harta frecuencia, por necesidades de la campaña. Y así, las partidas volantes de los revolucionarios solían entrar en los suburbios,

pasearse en la Alameda, y hasta una vez presenciaron una fiesta, sin apearse de sus cabalgaduras, agrupados en la puerta del teatro.

El licenciado don Antonio García Carrillo, a la sazón gobernador del estado, que gozaba de la general simpatía de los coahuilenses, jugaba una noche en el Casino Militar, con dos de sus amigos, su habitual partida de malilla. Acababan de sonar las doce campanadas de la medianoche, y en pos de ellas, los silbatos de los serenos, cuando se oyeron distintamente balazos y gritos, como saliendo de un sitio próximo.

–Soldados borrachos –observó alguien.

Pasados algunos momentos, los tiros y los gritos se repitieron, y como quiera que la situación política reinante ofrecía más causas de temor que de confianza, García Carrillo y sus amigos creyeron conveniente suspender la partida y retirarse.

Al salir encontraron a un sereno que llegaba jadeante por el susto y la carrera. Venía a avisar al gobernador que el coronel Manuel Ortega, jefe del Regimiento que guarnecía la plaza, acababa de pronunciarse, tenía formada la tropa frente al Palacio y andaba en busca de las autoridades civiles para capturarlas.

–Me lo esperaba –comentó el gobernador–. Ayer recibió Ortega un duro reproche del general Fuero, por haberse negado a obedecer una cita librada por el Juzgado Penal.

–Pero ese no es motivo para sublevarse.

–Para quien tiene el concepto del honor militar, seguramente que no; para un soldadón inculto, sin noción del deber, cualquier pretexto es bueno para probar fortuna y ganar ascensos.

Sus amigos se empeñaban en acompañar a García Carrillo, pero él los convenció de que convenía a sus planes marcharse solo. Y por calles extraviadas, protegido por la oscuridad –para aquellas horas todas las casas estaban cerradas y el aceite de los faroles públicos se había ya consumido–, se dirigió a la Oficina de los Telégrafos Federales, situada en la esquina de la Calle Real y Callejón de Vega.

–Soy el gobernador del estado –dijo García Carrillo al telegrafista–, y por graves motivos de orden público, necesito que extienda usted el mensaje que voy a dictarle… "Monterrey, N.L… Fecha de Hoy.–Sr. mayor Florencio Santacilia. –Comandancia Militar.–Saltillo, Coah.–Sírvase asumir el mando de ese Regimiento, y proceda a la aprehensión del coronel Manuel Ortega, remitiéndolo a este Cuartel

General, bajo segura custodia.–El General Jefe de la Zona, Carlos Fuero".

El telegrafista, al conocer la redacción del mensaje, expresó tímidamente una excusa.

–Ya he dicho a usted –le atajó García Carrillo–, que se trata de una medida urgente de orden público. Si usted expide el mensaje, la responsabilidad será mía; pero si no lo expide, sobre usted recaerán las consecuencias.

El telegrafista tuvo todavía un momento de vacilación; pero al fin convencido de que su resistencia podría ser peligrosa, escribió el telegrama y lo puso en manos del gobernador. Éste, evitando, como antes, las calles del centro, llegó a la Comandancia Militar que ocupaba la casa número 3 de la Calle Nueva, hoy de Juárez.

El ancho portón, abierto de par en par, dejaba salir la luz macilenta de un farol colgado del techo del zaguán. Oficiales y soldados entraban y salían, emergiendo bruscamente de la oscuridad o sumergiéndose en ella, y perfilaban por un instante en el cuadro luminoso su confusa silueta. Quiso la suerte que al llegar García Carrillo saliera el mayor Santacilia.

–¿Usted por aquí, señor gobernador? –preguntó aquél sorprendido–. ¿Qué no sabe lo que pasa?

–Ya estoy informado… pero urgía que usted recibiera en propia mano este mensaje.

Santacilia, acercándose al farol, abrió el telegrama y leyó rápidamente.

–¿Acata usted esas órdenes? –pregunto García Carrillo.

–Seguramente… estaba ya preparándome para ir a presentarme al Cuartel General.

–¿Entonces?

–Pierda usted cuidado… todo este alboroto terminará dentro de un cuarto de hora.

Santacilia de acuerdo con algunos oficiales de su confianza, se encaminó a la Plaza de Armas, donde el coronel Ortega en los primeros chispazos de una gran papalina, andaba organizando su pronunciamiento. Le llamó aparte, le cogió por el brazo, y elogiando su actitud y aconsejándole los medios de evitar un fracaso, lo fue conduciendo bonitamente hasta la Comandancia; lo hizo entrar en su cuarto, y mientras las pistolas de los oficiales que estaban de acuerdo, le apuntaban a la cabeza, mandó desarmarlo, y entre un pelotón de soldados fieles, lo remitió a Monterrey.

Fue en seguida a la plaza y ordenó a la tropa volver al cuartel, y como oficiales y soldados ignoraban los movimientos políticos y no hacían otra cosa que obedecer y seguir a sus jefes inmediatos, aceptaron la orden, sin discutir los motivos.

Don Timoteo

Los ojos pequeños, los labios carnosos, la nariz agrandada por un lobanillo, las mejillas colgantes y emblanquecidas por los cañones de la barba canosa, la doble papada derramándose sobre el pecho, se armonizaban por modo admirable, con la obesidad del cuerpo, el contoneo del andar, el vaivén de una hernia de imponente volumen, y los molinetes del bastón, alternados con recios golpes en el suelo. Y la apariencia física de don Timoteo, estrafalaria como era, se armonizaba también con el carácter expansivo y jovial del personaje, con su parlar incansable, revestido de forma altisonante y enfática, y su manía pueril de manifestarse librepensador y espíritu fuerte ante toda clase de personas, pero en particular, ante aquellas que él sabía religiosas y timoratas.

Habían ya pasado la Guerra de Reforma y la Intervención Francesa, cuyas vicisitudes, desparramando las nuevas ideas, acabaron con no pocas costumbres tradicionales; pero hasta las gentes que más blasonaban de liberalismo, seguían

respetando a los sacerdotes, oyendo misa, sintiendo secretos disgustos ante las irreverencias y desahogos de los jacobinos, descubriéndose al pasar frente a los templos, viendo con hostilidad a los protestantes, casándose por la Iglesia, bautizando a sus hijos, y sobre todo, en el hogar, permaneciendo las mujeres fielmente apegadas a las doctrinas y prácticas católicas. Pero no tener religión o hablar mal de ella, ya no eran delitos, y aun cuando la mayoría de la gente condenara en su fuero interno tales costumbres, los librepensadores, por recalcitrantes que fueran, no sufrían por ello vejación alguna ni en sus intereses ni en su persona.

Tal pasaba con don Timoteo cuyo gozo mayor era recorrer diariamente los platicaderos de la ciudad, para contar chascarrillos picantes a costa de los curas, y expresar ideas heréticas que dejaban espantados a sus interlocutores. Y eso hasta en presencia de sacerdotes a quienes mortificaba con alusiones y preguntas irreverentes, que procuraba suavizar en seguida con frases amables, palmaditas cariñosas en la espalda de la víctima, una vuelta sobre los talones y un paseíto jacarandoso que movían a risa a los presentes y les hacían olvidar la inconveniencia de las palabras.

El liberalismo de don Timoteo llegaba hasta el fanático extremo que él ridiculizaba en los demás. Tenía en la sala de su casa un retrato de don Benito Juárez, y siempre que entraba o salía, se cuadraba ante él, terciándose el bastón a manera de espada, y haciéndole un saludo militar.

Acostumbraba pasar diariamente por la liberaría de Zamora –única por aquel entonces en Saltillo–, precisamente a la hora en que los clientes, en su mayor parte señoras, compraban estampas, novenas y libros de devoción; se paraba sonriente y satisfecho en la puerta de la tienda, y preguntaba con tono declamatorio y zumbón:

–¿Por ventura, Zamora, tiene usted el Catecismo del bruto de Ripalda?

Zamora, conociendo ya la comedia, representada mil veces, se reía sin contestarle, y las señoras se volvían a verle con rostro espantado o colérico.

Y sucedió que una vez don Timoteo enfermó gravemente, y la naturaleza del mal y sus sesenta años corridos hicieron creer que moriría. El médico comunicó su temor al enfermo, con eufemismos y reticencias, y a la familia con toda claridad. Y el bueno de don Timoteo que no necesitaba del aviso del médico para sentir y comprender su gravedad,

ordenó que llamaran al cura, y abjurando de sus errores, se confesó y comulgó devotamente.

En los pueblos cortos nada se queda oculto, y aunque parezca paradójico, muchas veces se saben las cosas antes de que sucedan. Lo que pudiera llamarse la conversión de don Timoteo, notable por los antecedentes del buen señor, corrió por todo el lugar, extrañando a muchos, realizando la previsión de algunos, y dando a las beatas la satisfacción, pecaminosa en el fondo, de echarle en cara sus pasadas burlas.

–Ya se confesó don Timoteo.

–Él mismo pidió al padre.

–¡Quién había de decirlo! ¡Tan hereje como era!

–Nuestro Señor le tocó el corazón.

Con estas apreciaciones, acompañadas de hondos suspiros, se comentaba el caso entre las personas distinguidas, pertenecientes a los círculos sociales de más alcurnia o solvencia.

En cambio, en los tendajos y otros lugares democráticos que don Timoteo frecuentaba con más asiduidad, los comentarios tenían diferente sentido.

–Se rajó don Timoteo –decían.

–De medio a medio.

–Como palo verde.

–Es que la mira muy cerca.

–Para eso, mejor se hubiera callado.

Dios no quiso llevárselo por entonces; le restituyó la salud, y al cabo de dos meses, ya repuesto, coloradito, saleroso y risueño como antes, salió una mañana a dar un paseo y llegó a descansar a uno de sus platicaderos de costumbre, donde fue recibido con las mayores muestras de estimación y contento. Pero hecha la obligada narración de la enfermedad, de la curación y demás incidentes, uno de sus amigos le espetó a quemarropa esta pregunta:

–¿Por qué siendo usted librepensador, se decidió a confesarse?

–¡Qué quieres, hijo! –contestó jovialmente–. ¡Me confesé para no irme en pelo al otro mundo!

El colmo del empeño

El montepío tenía una sola puerta para la calle, y como ésta era angosta y altas las paredes de la iglesia frontera, estaba tan escaso de luz, que los que venían de afuera necesitaban algunos minutos para acostumbrar sus ojos a la penumbra. Entonces veían multitud de objetos disímbolos, en extravagante mezcla, colgados de la pared o acomodados en los anaqueles. Catalejos, planchas, pistolas, relojes, floreros, lámparas, serruchos, imágenes; paquetes rojos, blancos, polícromos –acaso frazadas y sarapes–; otros negros –tal vez tápalos, rebozos o trajes masculinos–; sombreros, rifles, bandas de cuero, sillas de montar... Y sacando apenas la cabeza sobre la línea del mostrador, el dueño del montepío, don Gamaliel, con su rostro pálido, afilado, ascético, coronado de cabellos blancos, donde se abrían, mirando inexpresivamente, los ojos oscuros y hundidos. Su torso, a causa de un defecto anatómico, formaba un ángulo recto con las piernas, y tenía el pobre señor que sentarse sobre la espalda para leer o ver de frente a las personas con quienes hablaba.

Apoyado en su bastón y con la lentitud a que le obligaban su deformidad y sus años, llegó don Gamaliel una mañana al montepío, como era su costumbre; encargó algunas comisiones al dependiente que salió a cumplirlas; se descubrió, poniendo el sombrero junto a sí, sobre el mostrador, y pendiente del despacho, se sentó a leer *El Año Cristiano*.

Entró un sujeto en el montepío. Don Gamaliel, interrumpiendo su lectura, se dispuso a atenderlo.

–¿Cuánto puede prestarme por él? –pregutó el recién llegado, alargándole un sombrero.

Don Gamaliel se acercó la prenda a los ojos y la revisó parsimoniosamente, volviéndola por todos lados.

–Está muy viejo, y además, muy mugroso –dijo con su vocecita lenta y apagada.

–Siquiera cuatro reales.

–No… Ya no sirve.

–¿Cuánto es lo más que puede prestarme?

–Real y medio.

–Está bien.

Hizo don Gamaliel en el registro la anotación correspondiente; extendió el recibo con su letra trémula y ondulante, y juntamente con el real y medio, lo entregó al interesado; prendió con un

alfiler a la prenda la etiqueta numerada; valiéndose del tacto, localizó en los anaqueles un clavo, la colgó, y tornó apaciblemente a la lectura de *El Año Cristiano*.

Cuando al mediodía regresó el dependiente, y don Gamaliel se dispuso a marcharse para comer, no recordaba dónde había dejado su sombrero. Se emprendió inútilmente una minuciosa búsqueda por todos los recovecos del montepío, y ya se desesperaba de encontrarlo, cuando el dependiente, con el alborozo del hallazgo:

–¡Mírelo! –exclamó–. ¡Allí está colgado de un clavo, y con papeleta de empeño!

Don Gamaliel se quedó perplejo, fluctuando entre la pena y el asombro… Sorprendido por aquel pícaro, había prestado real y medio sobre su propio sombrero.

Don Tirso *el Cargador*

DESDE QUE SE INVENTÓ el comercio, en el principio de las sociedades humanas, han sido infinitas las cosas destinadas a la compraventa. Los mantenimientos indispensables, los objetos de lujo, el amor, el ingenio, la conciencia, la patria, todo, en el orden material y moral, ha obedecido a la ley de la oferta y la demanda. Pero ni la industria de los griegos, ni la actividad de los fenicios, ni la avaricia de los judíos, llegaron nunca a mercancear el género que fue la especialidad comercial de don Tirso *el Cargador*.

Era don Tirso mozo de cordel como lo indica el aditamento, aunque apenas ejercía el oficio, como quiera que su comercio –en el cual campaba por sus respetos, sin trabas, impuestos ni competidores–, le rendía más seguras y cómodas ganancias.

En la época de su florecimiento debía de tener don Tirso, a juzgar por su apariencia, alrededor de cincuenta años. Su rostro cobrizo, y escaso de barba, ancho y de líneas cuadrangulares, carac-

terístico de su raza tlaxcalteca, tenía una expresión habitual de seriedad y reserva, nunca iluminada por la pasión o la risa, y los miembros de su cuerpo, ni gruesos ni delgados, carecían de proporción respecto a la enorme barriga, que rebasando las apretadas vueltas de una faja verde, se ostentaba, prominente y oronda, bajo el mandil de gamuza. Metido hasta los ojos el fieltro negro y grotescamente deformado por el uso; colgado el mecapal del brazo izquierdo, y apoyada la mano derecha en un grueso garrote, don Tirso se estacionaba en las esquinas o paseaba lentamente por las calles más céntricas.

Componían su parroquia los chicos de las escuelas y los holgazanes que acostumbraban tomar la copa y perder el tiempo, charlando, en los tendajos cercanos al Parián, y unos y otros buscaban diariamente, con devota perseverancia, el singular y acreditado producto de don Tirso.

Ellos le compraban y él les vendía, indirectamente, el buen humor y el contento, y directamente, el aire de su estómago, del que siempre guardaba provisión disponible, estilizado para fines trascendentales, como la voz de los cantantes, las piruetas de los bailarines y las maniobras de los prestidigitadores. Ignoro si tal

facultad sería dádiva de los dioses, semejante a la de escribir buenos versos, pintar bellos cuadros y componer bien concertada música, o si don Tirso, para adquirirla, comería ciertas legumbres –entre nosotros, repollos, frijoles y calabazas–, como lo practicaba Diógenes el filósofo, para disuadir de sus malos propósitos a su colega Crates, que víctima del flato, intentaba suicidarse, pues haciéndole segunda, le ofrecía, por modo sutil y delicado, un auxilio moral de probada eficacia, puesto que el mal de muchos no sólo es consuelo de tontos, sino también de sabios. Lo cierto es que don Tirso estaba siempre en aptitud de servir los pedidos de sus clientes, sin dilaciones, reparos ni figurerías. Su tarifa, bien conocida del público, no embarazaba los tratos con explicaciones ni regateos. Un tlaco –equivalente a un centavo–, por un aire suave; dos tlacos por uno ruidoso; tres por uno gorgoriteado, y medio real o sean seis tlacos, por un "asusta chuchos" y un "enoja gatas".

–¡Don Tirso, uno de a tlaco!

–¡Don Tirso, uno de a dos!

–¡Don Tirso, uno de a tres!

Y don Tirso, solemne y hierático, extendía la mano, recibía el precio y entregaba prontamente la mercancía, como quien tiene sus géneros

ordenados y listos para un fácil manejo. Y los clientes celebraban la compra con risa y chacota.

–¡Don Tirso, un asusta chuchos!

–¡Don Tirso, un enoja gatas!

El asusta chuchos era un tanto complicado, había que esperar la pasada de un can, entonces frecuente, pues tolerados por la policía, que sólo de cuando en cuando les echaba yerba, los perros ambulaban por todas partes, oliscando las basuras, metiéndose en las casas, ensuciando las esquinas y dando el espectáculo de sus amoríos indisolubles y sus ruidosos pleitos. El can aparecía en el extremo de la calle, y viendo al grupo de muchachos que rodeaba a don Tirso, torcía el viaje hacia el lado opuesto; pero aquéllos, con estudiada indiferencia, para no alarmarlo, cambiaban también de acera, y el perro, desviándose de nuevo, venía a pasar junto a don Tirso. Éste tronaba de súbito; el animal corría espantado, y parándose lejos, ladraba obstinadamente en son de protesta por la desatención y el insulto.

El enoja gatas era más hacedero. Las mujeres iban y venían con la canasta de la compra al brazo. Los parroquianos indicaban la que por su aspecto les parecía más a propósito; al pasar ella, don Tirso, impasible, disparaba, y mientras la clientela reía a

carcajadas y bailaba de gusto, la mujer los motejaba de sinvergüenzas, indecentes y cochinos.

Algunos creían que don Tirso llevaba una vejiga debajo de la ropa para satisfacer las demandas de su original comercio; pero la opinión general rechazaba la especie, creyéndole comerciante honrado y conceptuando su mercancía auténtica y de primera clase. La naturaleza le había favorecido con aquel don singular, al que podía aplicarse lo que dijo Quevedo de otro género de tráfico harto menos inocente:

> Dicen que es la mejor mercadería,
> porque la venden y se queda en casa,
> y lo demás vendido se desvía.

La denuncia de un soneto

El Senado declaró nulas las elecciones para gobernador y diputados locales, que entre sangrientos desórdenes y seguidas de levantamientos armados e instalaciones de dos gobiernos, se verificaron en Coahuila el 26 de octubre de 1884; decretó el estado de sitio y nombró gobernador provisional al general don Julio M. Cervantes.

Los contendientes no tuvieron más remedio que deponer las armas; pero reanudaron su propaganda electoral con más encono que antes, ya que a la diversidad de intereses y principios, de preferencia y simpatías personales, habían venido a añadirse los agravios hechos y recibidos durante la contienda armada. En el fondo, la pugna era entre el partido genuinamente coahuilense y los intereses políticos del caudillo neoleonés, general don Francisco Naranjo, a la sazón ministro de la Guerra; encarnados, los primeros, en el Gran Círculo Fusionista de Coahuila, y los segundos, en la personalidad, eminente por mil títulos, del general don Victoriano Cepeda.

Y como siempre sucede en nuestras luchas políticas, mientras llegaba el momento de esgrimir nuevamente los argumentos decisivos, materializados en la acción del garrote y la pistola, se peleaba por medio de la prensa, compitiendo ambos partidos en virulencia y desenfreno.

Era órgano del partido cepedista *El Látigo*, redactado por el doctor Jesús María Gil y un grupo de sus correligionarios, y el Círculo Fusionista editaba *Don Petate*, del que era director y responsable don José Juan Segundo Sánchez, y principales colabores, Jacobo M. Aguirre, Bernardo Laredo y el licenciado Severiano González León, alias *el Chato* Severiano, autor de picantes estribillos para las sátiras que el periódico publicaba.

Si *El Látigo* era procaz, *Don Petate* no lo era menos, pero llevaba sobre aquél la ventaja de estar escrito con más gracia y talento. *El Látigo* apenas circulaba, y en cambio, la gente hacía cola a la puerta de la imprenta, para comprar *Don Petate*, agotando la edición tan pronto como salía.

Don José Juan Segundo Sánchez tendría, a la sazón, cincuenta años. De estatura mediana, un tanto gordo y cargado de espaldas, abundantes y largos el bigote y la piocha, saltones y claros los ojos, agrandados por gruesos lentes de miope, y el

hablar áspero y lento, era hombre de ingenio y cultura, y sobre todo, escritor satírico de vena inagotable.

El doctor Jesús María Gil, a quien la gente llamaba "Gilito", pequeño, flaco, cetrino y nervioso, era hombre bueno y honrado, pero carecía de las aptitudes literarias de su rival. A pesar de sus actividades políticas, no abandonaba su profesión, y sobre un viejo caballo, tiesas las piernas en los estribos, encorvado sobre el cuello del animal, empuñando la rienda con la mano izquierda y asido a la crin con la derecha, trotaba velozmente de aquí para allá, visitando a sus enfermos.

Tan pintoresca silueta dio pie a don José Juan Sánchez para una injusta diatriba que sólo se explica, aunque no se disculpa, por la violencia y ceguedad de las pasiones políticas. Retrató al doctor Gil, sin nombrarlo, en un ingenioso soneto, aderezado con las más atroces injurias. El público reconoció al retratado, celebró la ocurrencia, se pasó de mano en mano el periódico y aprendió de memoria el soneto.

El doctor Gil se puso furioso; pero como no era hombre de armas tomar, entre el duelo y la acusación judicial, se decidió por esta última; otorgó poder a su correligionario y amigo el licenciado

Bruno García, y éste acudió al Juzgado de Letras del Ramo Penal a presentar la querella.

Estaba el Juzgado en la planta baja del Palacio del Gobierno, y tenía tres puertas, una para la Plaza de Armas y dos para la calle de las Zapaterías, que hoy lleva el nombre de Ocampo. A ellas se agolpó gran cantidad de curiosos, la mañana en que don José Juan Segundo Sánchez, citado como director y responsable de *Don Petate*, se presentó a notificarse de la demanda y a contestarla en los términos de la ley.

Don José Juan se impuso parsimoniosamente del escrito de acusación.

–Señor Juez, ¿y el cuerpo del delito? –preguntó al terminar la lectura.

–Ahí lo tiene usted, agregado a los autos.

Volvió el acusado la hoja, y encontró el ejemplar de *Don Petate*, donde se había publicado el soneto.

–Con permiso de usted, señor Juez…

Y asegurándose las gafas en su sitio, se puso a leer en voz alta la tremenda invectiva, subrayando las palabras de valor y dándoles la entonación apropiada para realzar su sentido.

La gente apiñada en las puertas se reía a todo trapo, y el Juez, el secretario y hasta el abogado acusador pugnaban inútilmente por contener la risa.

–Señor Juez –dijo don José Juan–, en este soneto, como les consta a las personas presentes, no se nombra para nada al señor doctor Gil.

–No se le nombra –arguyó el licenciado García–, pero se ve claramente que es a él a quien se refiere.

–Pues yo declaro que el autor del soneto no ha tenido la intención de aludir al señor doctor Gil. Y para que usted, señor Juez, y el señor licenciado García comprueben mi buena fe, en el número próximo de *Don Petate*, haré reproducir el soneto en la primera plana, encuadrando en un marco, con tipo más grande que el ordinario y con una nota que diga: "Este soneto no se refiere de modo alguno al señor doctor don Jesús María Gil".

La parte acusadora rechazó el ofrecimiento, por parecerle peor el remedio que la enfermedad; pero la acusación no prosperó por falta de pruebas.

Política porfirista

LAS REVOLUCIONES y la guerra contra los franceses originaron en todo el país la formación espontánea de grupos armados, bajo el mando de individuos enérgicos y audaces que se convertían frecuentemente de oscuros guerrilleros en generales famosos. Pasada la guerra, volvían tales sujetos a las ciudades con el renombre conquistado y la aureola del triunfo, para resarcirse de los peligros corridos y hacerse pagar sus servicios, ocupando los puestos públicos de primera importancia y disfrutando de las ventajas que proporciona el poder. Es de advertir, sin embargo, que los revolucionarios de entonces no se hacían ricos, en parte, por carecer de destreza, y en parte, por la escasez de elementos en qué ejercitarla, cuando acaso la tenían. Se contentaban con los sueldos, exiguos por cierto, asignados a gobernadores, senadores, diputados, etc., con la posesión de algún pequeño rancho cuyos productos apenas les bastaban para comer. Pero erigidos, según su categoría, en caudillos o caciques, merced a los partidos que en torno de

ellos se habían formado, y apoyándose en sus hombres de armas, siempre dispuestos para entrar en campaña, conservaban su influjo político, se enfrentaban con el gobierno federal, constituían un amago constante de nuevas revoluciones, y cuando eran dos o más en el mismo estado, se disputaban la primacía, primero con el voto, y si éste fallaba, con las armas, que entonces, como ahora, solían ser las más eficaces.

Los generales Hipólito Charles y Victoriano Cepeda, dominaban en Coahuila, como caudillos mayores, sobre una multitud de caciques que extendían por villas y ranchos la reata política de cuyo extremo tiraban los jefes. Ambos eran veteranos de la Guerra de Reforma y de la Intervención Francesa –honra suprema de entonces, como ahora la de ser revolucionario–, y gozaban de renombre y ascendiente, bien ganados y merecidos. Charles llevaba sobre Cepeda la enorme ventaja de haberse afiliado a la Revolución de Tuxtepec, y compartido sus reveses y sus triunfos.

Charles representaba a las clases media y pudiente, y Cepeda al pueblo trabajador, que aún no se llamaba proletario, aunque entonces, como ahora, no poseía otros bienes que sus muchos hijos; y en cada elección, así se tratara de la más humilde

presidencia municipal o de la gubernatura del estado, ambos caudillos ponían en juego a sus partidarios y armaban grandes zapatiestas que siempre acababan en golpes y balazos.

Cuando el general Díaz, en 1884, llegó por segunda vez a la Presidencia de la República, seguramente con el firme propósito de permanecer en ella hasta la muerte, suprimió de hecho la soberanía de los estados y las libertades políticas, dejando solamente la vana satisfacción de los conceptos escritos. Los fusilamientos de Veracruz y la Ley Fuga aplicada a García de la Cadena y a otros de menos renombre, espantaron a los caudillos y caciques locales, que llamados a la capital del país, sujetos a la ordenanza y estrechamente vigilados por la Secretaría de Guerra, reconocieron su impotencia, y entre el pan y el palo, optaron por el primero.

Charles y Cepeda, después de la algarada electoral de 1884, de la declaración del estado de sitio y el nombramiento por el Senado del general Julio M. Cervantes como gobernador provisional de Coahuila, sufrieron la misma suerte, y perdidos y ociosos en la vieja Metrópoli, pendientes de una comisión militar que nunca llegaba, y teniendo siempre ante sí la macabra visión de los ajusticiados,

fueron dominando, hasta extinguirlos, sus ímpetus de rebeldía.

El general Charles tenía bienes en Coahuila, y después de dos años de ausencia, comprendiendo por las cartas de su administrador, el atraso de sus negocios, se dirigió al Presidente de la República, pidiéndole audiencia, para exponerle la urgente necesidad en que estaba de hacer un viaje a Coahuila. El general Díaz lo recibió sin demora, y después de escucharlo con marcado interés:

–Debía habérmelo comunicado hace tiempo –le dijo–. ¿Cuándo quiere usted hacer el viaje?

–Mañana mismo, si fuera posible.

–Está bien. Hoy daré a la Secretaría de Guerra las instrucciones del caso.

La entrevista duró más de una hora y fue en extremo afectuosa, pues recordando los tiempos de lucha, se contaron anécdotas y se hicieron comentarios sobre personas y sucesos. Charles se retiró muy complacido.

A la mañana siguiente, cuando llegó a la estación para tomar el tren del Norte, vio en el andén a una escolta de veinticinco soldados. El oficial se le cuadró, preguntándole:

–¿Es usted mi general Charles?

–Servidor, mi capitán.

–Estoy a sus órdenes, mi general.

–Yo no he pedido escolta.

–Tengo orden de la Secretaría de Guerra de acompañarlo a usted a Coahuila, y volver con usted.

Charles tuvo un momento de indecisión. ¿Se juzgaba culpable y se creyó descubierto? ¿Era inocente y le irritó la desconfianza?

–No es necesario –dijo al fin–, pues renuncio a mi viaje.

Regresó a su alojamiento, y no volvió nunca a Coahuila.

Rutina y progreso

LAS DOS PUERTAS del tendajo se abrían a la calle, frente a la pila cercada de fresnos, donde siempre había chillidos de urracas, algazara de muchachos, parloteo de comadres y rebrillos de sol en el agua de la fuente y en las charcas formadas alrededor por el descuido de las aguadoras… Cuadro de vida, de ruido y alegría, entre la soledad y el silencio de las calles cercanas, y en señalado contraste con el interior del tendajo destartalado y oscuro, como vivienda abandonada.

Los anaqueles ladeados, sosteniéndose apenas los unos sobre los otros, y el mostrador con rendijas y costras de mugre, ambos desnudos y vacíos, no contenían señal alguna de que fuese aquél un comercio. Un agujero apenas cubierto con una cortinilla de tela encarnada, daba paso a la trastienda, donde había una cama, una mesa, algunas sillas y otros muebles y trebejos de aplicación enigmática. Allí don Sabás, en chaleco durante el verano, y arrebujando en un sarape saltillero de vivos colores cuando hacía frío, se paseaba del uno al otro

extremo de la estancia, ante los amigos que nunca faltaban en su animada tertulia.

Don Sabás recibía diariamente las visitas de altos funcionarios, de ricos rentistas, de clérigos, literatos, bohemios y estudiantes, que iban a fumar un cigarro en su compañía y a pasar un rato de charla. ¿Por qué motivos aquel viejo pobre, de escasa cultura, sin influencia política, desprovisto de iniciativa y de acción, ejercía un atractivo tan poderoso y constante para toda clase de personas? Nadie, lógicamente, podía esperar nada de él. Ni el arrancado, dinero; ni el intelectual, enseñanza; ni el negociante, oportunidades para buenas empresas; ni el político, consejos; ni el sacerdote, comunidad de sentimientos e ideas, pues era don Sabás librepensador y clerófobo, y repetía a menudo que en las casas bien ordenadas no deben hallarse mujeres con pantalones, ni hombres con enaguas. La atracción de aquel vejete cargado de espaldas, de cabello crespo, de ojos vivaces, mejillas enjutas, bigote recortado y voz acatarrada, que nada daba de sí, ni una copa de vino barato, ni siquiera un cigarrillo, sencillamente porque nada tenía que dar, volviendo así desinteresadas la simpatía y asiduidad de sus amigos, se originaba, quizás, en que él, por un fenómeno difícil de analizar, era símbolo de la

época que pasaba y la época que venía, del carácter de una raza cuyas aspiraciones no estaban de acuerdo con las facultades de acción de su organismo. Una fantasía de trotamundos en un cuerpo paralizado. Un afán de novedades exóticas en un ambiente de preocupaciones inveteradas y de hábitos ancestrales. Desacuerdos que aún no encontraban el puente que los uniera, como dos caminos cortados por honda barranca. Divergencias que pugnaban por acomodarse, mediante rebeldías y trastornos en el orden colectivo, y apasionamientos, murmuraciones y malestares en el orden privado. Don Sabás representaba instintivamente, dándole cuerpo y expresión, aquellas tendencias comunes, y sus contertulios, también por instinto, acudían a ver como en un espejo, con el interés que despierta la propia apariencia, aunque carezca de cualidades estéticas, la imagen completa del medio social de que formaban parte. Allí lo contemplaban en síntesis vivientes, y significaba para ellos la satisfacción, no definida y clara, sino inconsciente y oscura, de saberse, de saborearse a sí mismos, aun cuando fuera amargo el sabor y desagradable el espectáculo.

Las conversaciones favoritas de don Sabás versaban sobre los infortunios políticos y el visible

atraso de México en todos los órdenes de la vida social.

–¡Qué vergüenza! –exclamaba, deambulando a lo largo de la estancia y haciendo breves altos ante sus interlocutores–. En la guerra con los Estados Unidos, el ejército yanqui nos invadía sin encontrar resistencia, entre escaramuzas que parecían juegos de muchachos. Venía bien pertrechado, con sus caballos gordos y lucidos, con tiendas de campaña, servicio de cocina y de hospital, pagando las provisiones que consumía y poniendo en práctica un plan de campaña perfectamente definido… Mientras los soldados mexicanos, desnudos y hambrientos, con armas de diversos sistemas, todos anticuados, sin parque suficiente, sin médicos, con la caballada muriéndose de flaca, teniendo que saquear, para aliementarse, los miserables poblados por donde pasaban, eran víctimas del desconcierto de sus generales que parecían estar confabulados con el enemigo…

Un muchacho, golpeando el mostrador con las monedas, procuraba llamar la atención de don Sabás, sin conseguir otra cosa que una mirada indiferente, cuando éste, paseándose, llegaba hasta la puerta que daba al tendajo.

–Llegó Taylor a Monterrey –continuaba don Sabás–; y el general Ampudia, después de tres días de una resistencia inútil y torpe, por falta de un plan bien meditado, propuso a los invasores la rendición de la plaza, a cambio de algunas concesiones, de las cuales era la principal que le dejaran salir con tambor batiente y bandera desplegada. Taylor soltó la risa al enterarse de la propuesta. –"Digan a ese guajolote –ordenó en seguida–, que entregue la plaza, y se vaya enhorabuena con tambor batiente y bandera desplegada".

–Bueno, don Sabás –preguntó una vez alguno de los oyentes–, ¿y el general Taylor usó la palabra "guajolote"?

–No precisamente… pero debió de emplear en su idioma alguna otra del mismo significado… Entró Taylor en el Saltillo y se dio la batalla de la Angostura, donde el saltimbanqui de Santa Anna sacrificó inútilmente a una muchedumbre de infelices, después de hacerlos caminar cientos de leguas a pie, descalzos, hambrientos y sin abrigo en pleno invierno; acto digno de un loco, que parecería increíble sino lo hubiésemos presenciado… Y lo más triste del caso es que mientras los americanos nos pegaban, nosotros estábamos

contentísimos porque era la primera vez que veíamos circular el oro por todas partes. Un ranchero amigo mío vino un día a traerme la feliz noticia: –"Los americanos habían llegado a su rancho… no molestaban a nadie… compraban leche, pollos, huevos, cabritos, forrajes, y los pagaban con oro… Llevaban botiquín, cocina y carros abarrotados de comestibles…" –"¿Y la patria?" –le interrumpí indignado. –"Pues oiga –me contestó–, croque no venía, porque, la verdá, yo no la vide".

Los oyentes reían y comentaban la anécdota. Don Sabás se detenía en la puerta del tendajo, donde el muchacho esperaba pacientemente.

–¿Qué quieres? –le preguntaba.

–Cuartilla de café y cuartilla de piloncillo.

Entraba una mujer en la tienda.

–Don Sabás, un cuarterón de frijol, un jabón y una vela, por vida suyita.

Don Sabás les volvía la espalda, sin contestarles, y se encaraba con sus amigos.

–¿Y los franceses? Se pasearon por todo el país… ¡El 5 de mayo!... Veinte mil hombres encerrados en Puebla contra seis mil que atacaron a campo raso… en cualquiera otra parte aquéllos hubieran cogido vivos a éstos, como a codornices

con trampa… Y en cuanto se largaron los franceses, espantados por el coco del Norte y por otros cocos próximos a su casa, y nuestra lucha se convirtió de nuevo en guerra civil, nos volvimos unos tigres, con los atropellos, las matanzas y las atrocidades de siempre. Pero eso sí, ganando grados y conquistando el título de caudillos, a fuerza de derramar sangre de hermanos, en albazos y emboscadas, a las que se daba el retumbante nombre de batallas… Y de todo tiene la culpa nuestro atraso, nuestra inverosímil incuria, que llevamos en la masa de la sangre… Aquí, en nuestro pobre pueblo, no hay empedrados, ni banquetas, ni higiene, ni policía… las viejas del barrio lavan en la pila los trastos tiznados y las bacinicas… no hay escuelas suficientes, y las tres cuartas partes de los muchachos se quedan burros… Comemos el pan y la carne mosqueados, la leche con agua y el agua con inmundicias… Los que tienen dinero se dedican al agio, a plantar magueyes o a construir casas de adobe, como hace trescientos años, arrimadas unas a otras para favorecer el intercambio de ratones, cucarachas, talcascuanes y enfermedades… Cada casa es un rancho, con vacas, gallinas, caballos y marranos… Todavía se hacen las frazadas en los telares de palo, se muele

el nixtamal en el metate y se hace la salsa con el tejolote… Hemos dejado que se degeneren, por falta de cultivo, las manzanas que nos trajeron los tlaxcaltecas… las siembras siguen siendo un juego de suerte, pues se pierden por las heladas, las sequías y el chahuistle, porque no tenemos semillas apropiadas para el clima de la región, ni sabemos cómo se previenen o se curan las plagas… Todavía hay gentes que rezan novenas para que aparezcan las cosas que se les extravían, y que ponen de cabeza o bañan a los santos de su devoción, si no les conceden el milagro que les piden… pero los americanos, con el ferrocarril, la luz eléctrica, el teléfono y las máquinas de todas clases, tendrán que desasnarnos, y queramos o no, con caramelos o a patadas y empujones, nos impondrán el progreso.

Aquí don Sabás metía la mano en un florero desportillado puesto sobre una rinconera, y sacaba una hoja de maíz, polvosa y ratonada; la recortaba con los dientes y la raspaba por ambos lados con el filo de una hoja de tijeras que guardaba allí mismo; de un botecito de hojalata colocado junto al florero, tomaba una pulgarada de tabaco; enrollaba el cigarro; extraía de los bolsillos del pantalón el pedernal, el eslabón y la yesca, y tras de algunos

golpes rápidos y diestros, lo encendía, envolviéndose en una nube de humo picoso y fuerte…

Los marchantes desde el tendajo, le suplicaban que los despachara. Y al fin, parándose frente a la puerta, les gritaba con impaciencia y enojo:

–¡No estén molestando! ¡Estoy ocupado!

Comercio y ajedrez

MAÑANA DE ABRIL luminosa y fresca. Algarabía de urracas y gorriones en el jardín cercano. Presuroso ir y venir de mujeres y chicos con la canasta al brazo. Bandadas de palomas y golondrinas que se posan en los pretiles, vuelan de pronto, giran ruidosamente en el aire, y regresan al punto de partida para repetir muchas veces el mismo juego. El domo y las torres de la Catedral, destacándose con detalles de colores y precisión de líneas sobre el cobalto cenital y el azul desvaído de la lejanía.

El sol mañanero, en anchas fajas doradas, pasa por las dos puertas abiertas, hasta el fondo del tendajo, reflejándose en frascos y botellas y atrayendo un enjambre de moscas sobre el pan mal cubierto por exiguo mantel. El propietario, don Chuy, envuelto en roja frazada y puesto el sombrero que originariamente era negro, y ahora es gris por el polvo acumulado de muchos años; apenas visible entre el cobertor y el sombrero, la cara de ojos mansos, piel juvenil y barba entrecana; parado en medio de la faja luminosa que hace resaltar

el color de su abrigo y la pringue de su fieltro, goza de aquel sol amoroso. Cuando llegan los marchantes –pocos y espaciados–, pasa tras el mostrador, los despacha y vuelve a situarse bajo el sol, siguiéndolo hacia la puerta, a medida que mengua y se sale, para recibir hasta lo último aquel cálido baño de vida y alegría.

El reloj público da las ocho. Don Chuy da muestras de inquietud y se asoma repetidas veces a la puerta. Está, indudablemente, en espera de alguien que se retarda. De improviso, dobla la esquina próxima y entra en la tienda un sujeto mal vestido, de andar perezoso, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, y tan pequeño y delgado, que podría tomársele por un rapaz de diez años, si no fuera por los poblados bigotes que le cubren la boca. Sin saludar, pero disculpándose por la tardanza, coge la silla que por encima del mostrador le pasa don Chuy; éste saca el ajedrez; colocan las piezas; echan la rifa inicial para ver quién lleva las blancas, y comienzan su diaria sesión, sólo interrumpida para comer, y que ordinariamente prolongan hasta las diez de la noche.

Entra una marchante.

–Media libra de azúcar, don Chuy, por favor…

Don Chuy no da señales de haber escuchado.

La mujer repite el pedido, y como tampoco recibe contestación, se impacienta y se marcha.

Otra cliente se asoma a la puerta, ve a don Chuy enfrascado en el juego, y probablemente ya experimentada, menea la cabeza, gira sobre los talones y se va a hacer la compra a otra parte.

Llega un muchacho, avanza hasta el mostrador, y atraído por las figurillas erguidas sobre el tablero, se olvida del mandado. Pero repentinamente reacciona.

–¡Una pieza de pan!

Ante el mutismo de don Chuy, el rapaz vuelve a quedarse embobado, mirando el juego, y al fin repite más fuerte:

–¡Una pieza de pan!

En esos momentos termina una partida, y los jugadores, haciendo comentarios, comienzan nuevamente a colocar las piezas en su sitio. Don Chuy mira distraídamente al muchacho.

–¡Una pieza de pan!

–¡No hay!

–¡Mírelas! –observó el chico, apuntando con el dedo las que aparecen mal cubiertas por el mantel.

–No sirven… Están mosqueadas.

¡Qué brutos hemos sido!

CLARA PERTENECÍA a una familia acomodada. Su padre era dueño de algunas tierras de labor en las cercanías del pueblo; pero siguiendo las costumbres de sus antepasados, él y sus hijos hacían personalmente las faenas agrícolas, y sólo alquilaban peones cuando era indispensable para aprovechar las besanas y recoger a tiempo las cosechas. Económicos por hábito y por las circunstancias del medio en que vivían, no eran, sin embargo, miserables; tenían bien puesta su casa; hombres y mujeres vestían decentemente y en sus comidas se compensaba la sencillez con la abundancia.

Clara era bastante bonita; pero como en la pequeña cabecera del municipio donde había nacido, escaseaban los muchachos casaderos de su categoría social, y eran pocas las veces que iba a Saltillo –y esas, por uno o dos días a lo más–, no había tenido oportunidades de encontrar novio; vivía un tanto melancólica y aburrida, ocupando su tiempo en ayudar a su madre y a su hermana

mayor en los quehaceres de la casa, y pasaba las horas restantes en la iglesia, oyendo misa por la mañana, arreglando los altares y asistiendo al rosario, por la tarde, y los sábados todo el día, enseñando a los chicos la doctrina.

Una mañana supo en la iglesia que el señor cura había despedido al sacristán, por haber descubierto que al recoger las limosnas, se embolsaba una buena parte, amén de otras prevaricaciones análogas, y que lo había sustituido con un sujeto más bien maduro que joven, serio y de pocas palabras, llamado Froylán, que ya se hallaba en funciones. El nuevo sacristán, tal vez por ser forastero, carecía de amistades en el lugar y resultaba poco simpático; pero había algo en sus maneras que le daba personalidad, y pronto se captó la estimación y el respeto de los feligreses, grandes y chicos, y las cosas de la iglesia andaban en sus manos mejor de lo que antes habían andado.

Clara, con motivo del aseo y arreglo de los altares, la preparación de las fiestas religiosas y el catecismo, hablaba diariamente con Froylán. Del trato nació la simpatía, y de la simpatía el amor. Froylán se enamoró perdidamente de Clara, y ésta de él. Tuvieron ocultas por algún tiempo sus relaciones; pero al fin, fueron conocidas por propios

y extraños, y los parientes de Clara se pusieron furiosos, pues no podían consentir en que ésta se casara con un sacristán que era, además, un advenedizo. Prohibieron a Clara ir a la iglesia, si no era acompañada por su madre o su hermana mayor, salir sola a la puerta o sentarse en la noche a la ventana. Los hermanos amenazaron al novio, y como nada aprovechaba para obtener la ruptura entre Froylán y Clara, mandaron a la obstinada moza a Saltillo, a la casa de unos parientes, juzgando que la ausencia acabaría lo que no habían podido los regaños, las amenazas y las prohibiciones. Pero el amor se exacerba siempre con los obstáculos, y la ausencia ofreció a los novios un incentivo romancesco. Froylán compró un caballejo, y todas las noches andaba los veinticuatro kilómetros que hay de ida y vuelta del pueblo a Saltillo, para platicar con Clara y estar de regreso a las cinco de la madrugada en que debía llamar la primera misa. Se convencieron, al fin, los parientes de Clara de que el caso estaba perdido por ellos, y oyendo el consejo del señor cura, se allanaron a permitir el matrimonio. El día de la boda los padres y los hermanos de la novia se salieron de la casa para no presenciar la ceremonia, y sólo quedaron, para respeto y compañía de Clara, la hermana mayor y una tía

solterona, que por serlo, tenía gusto especial en proteger amores y zurcir casamientos, sobre todo si eran, como aquél, de la mano izquierda. Los recién casados se fueron a vivir a otra casa, y quedaron rotas las relaciones de Clara con su familia.

Y sucedió que una mañana, dos meses después del matrimonio, los dos hermanos mayores de Clara, Juan y Francisco, cortaban el maíz de una labor próxima al pueblo. Después de trabajar flojamente dos horas escasas, hicieron lumbre, calentaron el almuerzo, comieron y bebieron con la parsimonia habitual de los rancheros, liaron y encendieron los cigarrillos, se recostaron a reposar un poco, cubriéndose la cara con el sombrero para defenderla de la luz, las moscas y los "zancudos", cuando vieron llegar a su cuñado Froylán. Montaba éste su flaco jamelgo, sobre viejo fuste descabezado y sin estribos. Se apeó, persogó su cabalgadura a la sombra de un árbol, y sacando un machete, sin darse por entendido de la presencia de los hermanos, se puso a cortar maíz con actividad y destreza.

–Quiere granjearnos –comentó Juan, ya cerrando los ojos para echar un sueño.

–Pero ni siquiera saluda.

–Tiene miedo de que no le contestemos.

Y se durmieron hasta bien entrada la tarde.

Cuando despertaron, ya Froylán había cortado todo el maíz, acomodándolo en montones uniformes y bien hechos, concluyendo en un rato lo que ellos no hubieran acabado en dos días.

–¡Mira que animal tan trabajador! –observó Francisco incorporándose.

–De veras… ¡Quién lo hubiera imaginado!

Permanecieron silenciosos por algunos minutos.

–¡Qué brutos hemos sido! –exclamó Juan de repente.

–¿Por qué? –preguntó Francisco alarmado.

–¡Por no haber aprovechado a este tonto desde hace dos años!

La propia cosa

I

El rancho de don Fermín, con estación del entonces Ferrocarril Internacional, y cercano a las grandes serranías donde abundaban el venado y el oso, era muy frecuentado por los aficionados a la caza mayor. Principalmente los jefes de Estación –en aquella época, yanquis en su totalidad–, gustaban sobremanera de las aventuras cinegéticas. Apenas llegaban, se hacían amigos de don Fermín, frecuentaban su trato y se familiarizaban con nuestras costumbres rurales, yendo de cacería montados en caballejos del país y observando el ritual de rigor en nuestros campos. Quizás sus impresiones, evocadas en otras partes y embellecidas por el tiempo y la distancia, contribuirían a revestir de singular atractivo aquellas correrías llenas de peripecias y no exentas de riesgos, a que habían asistido.

II

Mr. Morgan acababa de llegar como jefe de Estación, y se presentó a don Fermín, con una carta de su antecesor, quien lo recomendaba como un buen amigo y hacía la súplica de que se le llevase a la sierra a matar venados. Don Fermín que era "muy gente" en su casa, como decimos los fronterizos, y que se desvivía por prestar a cualquiera un servicio, acogió a Mr. Morgan con la franqueza ranchera, exenta de ceremonias y cumplidos, tan propia para suscitar la confianza de quien la recibe, e hizo la formal promesa de que en tiempo oportuno, prepararía una excursión para que su nuevo amigo pudiera gozar de todos los atractivos del lance. El yanqui se mostró encantado, y desde aquel día fue asiduo concurrente a las tertulias nocturnas de "la casa grande" del rancho, que por estarse, a la sazón, en pleno verano, se tenían afuera, bajo la inmensidad del cielo tachonado de estrellas, bañado a veces por la luz de lejanos relámpagos, y ante el misterio vago y profundo de los campos desiertos. Allí tuvo ocasión de lucir sus albos trajes de "palm-beach", planchados diariamente por los chinos que le servían, y de prodigar, en lengua trabajosa y pausada, su amabilidad un tanto dulzona.

Mr. Morgan había encargado a su país un buen rifle, y cuando lo recibió con los accesorios correspondientes, se fue derecho a casa de don Fermín, para mostrárselo.

–¡Oh, don Fermín!... Mire mi carabina… ahora sí podremos ir cuando usted quiere.

–De veras es buena –dijo don Fermín, examinando el arma–. Con ésta va usted a hacerme quedar mal.

–¡Oh, don Fermín!... Yo he tirado poco… pero este carabaina es muy seguro.

Aquella noche se trató formalmente de la cacería; se discutió el lugar; se fijó el itinerario; se resolvieron entre don Fermín y el mayordomo, algunas dificultades del orden material, y por fin, se señaló para de ahí a dos días la fecha de salida; decisión que aumentó las amabilidades de Mr. Morgan, reveladoras del placer y el agradecimiento que lo poseían.

III

Se prepararon los caballos para los expedicionarios; un carro para llevar las provisiones y traer de regreso los animales muertos, y como instrumentos esenciales, una cornamenta de venado y un cuerno

de caza, cuyo sonido imitaba el balar de las reses.

Los caballos esperaban ensillados a la puerta de la casa grande. Apenas habían cantado los primeros gallos. Aún brillaban las estrellas. Una faja débilmente luminosa se extendía al oriente, por encima de las montañas. Era el campo una masa de formas imprecisas, y soplaba un aire frío, saturado de aromas silvestres.

Mr. Morgan llegó hecho un cazador de figurín, con pantalones y botas de montar, canana, bolsa de cartuchos, gemelos a la bandolera, casco inglés y el flamante rifle pendiente del hombro izquierdo.

Como a invitado y poco práctico en tal género de aventuras, se le guardaron toda clase de consideraciones, dándole el más filosófico de los caballejos, y a falta de silla inglesa, acomodando sobre el duro fuste vaquero una bien curtida zalea, que unida al paso de cuna del jamelgo, bastaría para que Mr. Morgan hiciera la caminata con la posible comodidad.

Montaron, y precedidos de un guía conocedor del terreno y seguidos por el carro que iba dando tumbos en los baches del camino, emprendieron el de la sierra, con la ruidosa despedida de todos los perros del rancho, que parecían ladrar en competencia.

Pronto dejaron el camino llano, comenzado a subir la serie de pequeños montículos separados por barrancas profundas, que forman las estribaciones de la montaña. Un sendero sinuoso, bordeado de cedros y pinos, los hundía a veces en oscuras gargantas, y a veces los sacaba a sitios altos y despejados, desde los cuales podían ver a sus pies el valle dilatado, todavía cubierto de sombras, y arriba, con la vaguedad de un ensueño, la masa enorme de la sierra. A medida que subían al paso lento de las cabalgaduras, acostumbradas a caminar por desfiladeros empinados y pedregosos, el aire se hacía más fresco y las emanaciones de la selva ensanchaban el pecho y alegraban el espíritu.

Mr. Morgan no gozaba todo lo que se había imaginado al espaciar su mente de yanqui aventurero por el espejismo de las sierras mexicanas, llenas para las gentes de su raza, de un misterioso encanto de leyenda. Su locuacidad había cesado a las dos horas de camino. Don Fermín que caminaba tras él, advertía que cada cinco minutos cambiaba de postura en la silla, que "tejoloteaba", como dicen gráficamente los rancheros, indicando con ello que se sentía dolorido e incómodo.

Estaban próximos a trasponer la primera cumbre de la montaña, para entrar en una sucesión de pequeños valles cubiertos de arboleda, tapizados de zacate y humedecidos por manantiales que corrían libremente, buscando paso por las junturas de las rocas, para precipitarse en abismos desconocidos. Tras unos valles seguían otros, hacia cualquiera dirección que se caminara, solamente divididos por suaves recuestos, y como todos tenían aspecto semejante, formaban un verdadero laberinto, del que era imposible salir al que osaba penetrar en ellos, sin una guía experimentado o sin cabal conocimiento del terreno. A lo largo del sendero aparecían de improviso peñas enormes, en cuyas resquebrajaduras ondeaba alguna yerba o se extendían las ramas de algún arbolillo contrahecho, como cíclopes monstruosos que con los brazos en alto y suelta la melena, amenazaban caer sobre los viajeros. De pronto, un cedro cuyo cónico ramaje brotaba desde abajo, a flor de tierra, parecía, negro e inmóvil, un guarda misterioso que velaba, imponiendo silencio. Un pino alto y esbelto, agitando sus ramas cimeras con movimiento cadencioso, hacía señas a alguien que acechaba desde lejos, y una multitud de arbolillos recientes o matojos enanos, desparramados por el declive del

terreno, a la orilla de las barrancas o al pie de las peñas, semejaban una muchedumbre astuta y apresurada, que corría en pos de los viandantes para vigilarlos. Un gran cacto erizado de espinas, compacto y majestuoso, se alzaba en mitad del sendero, como para cerrar el paso.

Al llegar a la cima, aquel cortejo de personajes hostiles comenzó a desvanecerse, cuando la claridad que salía del oriente entre nubes rosadas, iba poco a poco ganando cielo y volviendo a las cosas sus formas y colores verdaderos. Unos cuantos pasos más, y el sol bañó las cúspides distantes, disipó la neblina en las hondonadas y descubrió el grandioso espectáculo de la vasta región que desde allí se alcanzaba, salpicada de caseríos, de arboleda, de estanques luminosos y serranías minúsculas que la cruzaban por todos rumbos, encerrándola en un laberinto de complicadas verrugas.

Atravesaron los cazadores el primer valle, subieron la cuesta con dirección al segundo, y al llegar a la cima, divisaron un grupo de venados, bajo la sombra de un mogote de palmas, a cuyo pie se formaba un aguaje. Hicieron alto, se apearon, y para no espantarlos, avanzaron entre los matorrales, rodeando por la falda de las lomas que formaban el

valle. Don Fermín marchaba delante, apartando ágilmente las ramas que le cerraban el paso, y subiendo y bajando las quiebras del terreno, con la rapidez de un mozo de veinte años, y Mr. Morgan lo seguía, sin quedarse a la zaga, pues aunque al bajarse del caballo, había permanecido un instante esparrancado, dormidas las piernas y doloridas las caderas, la vista de los venados, emocionándole vivamente, le prestaba vigor y ligereza, y se deslizaba tras de don Fermín, sin más contratiempo que los araños de los arbustos espinosos entre los cuales iba abriéndose camino.

Cuando don Fermín consideró que había llegado el momento oportuno, advirtió a Mr. Morgan que se preparara; se puso en la cabeza la cornamenta, y tocando el cuerno, avanzó lentamente entre los matorrales. Un corpulento venado se apartó del grupo, y con la vista fija en las astas que asomaban sobre el monte, se dirigió a encontrarlas, engallado y lento.

–Prepárese y apunte con calma –recomendó don Fermín.

Mr. Morgan no estaba sereno. Su corazón palpitaba aceleradamente, y la carabina temblaba en sus manos, aun cuando él hacía inútiles esfuerzos por dominarse. Materialmente se ahogaba,

y sus músculos no obedecían al mandato de su voluntad. Con el rifle echado a la cara, y en actitud de disparar, esperaba el instante propicio, cuando ya el venado se hallaba a corta distancia. Don Fermín se había detenido un poco más lejos, mostrando solamente sus postizos apéndices, le indicó por señas que debía tirar, y Mr. Morgan, en un supremo esfuerzo para calmar la agitación de sus nervios, jaló del llamador, y sonó el tiro. Entonces, sin que nadie pudiera explicarse la forma y el instante en que aquello se verificó, el animal dio un salto, lanzándose rectamente hacia el sitio donde se había producido el fogonazo, y sin dar tiempo a Mr. Morgan de hacer un segundo disparo o de ponerse en salvo, lo derribó, y enganchándolo, lo zarandeó en el aire repetidas veces. Todo ello duró unos cuantos segundos, pero fueron bastantes para que don Fermín, cazador experto, disparara a su vez, matando el venado y salvando la vida de Mr. Morgan. Éste su puso en pie, pálido y cubierto de polvo, sin abandonar su amable risita, entonces visiblemente forzada. Don Fermín recogió el zarakof, los gemelos, la bolsa de cartuchos, la canana y el arma, que andaban desparramados por el suelo, algunos a considerable distancia, y los fue colocando sobre su dueño, como sobre un maniquí,

que le dejaba hacer, inmóvil y entontecido.

–¡Oh, don Fermín! –exclamó de improviso Mr. Morgan, poniéndose todavía más pálido.

–¿Qué le pasa? –preguntó don Fermín alarmado.

–Siento algo que me corre.

–¿Dónde?

–Aquí –contestó, palpándose la parte posterior del muslo derecho.

–¡Demonio! ¡Como no vaya a estar herido! Métase detrás de esos chaparros y desabróchese la ropa, a ver qué tiene.

Mr. Morgan obedeció automáticamente y más muerto que vivo. Permaneció unos momentos oculto, y apareció después muy risueño, en notable contraste con su aspecto anterior.

–¿Qué hay? –le preguntó ansiosamente don Fermín.

–¡Oh, don Fermín! –exclamó Mr. Morgan–. No es sangre… es la propia cosa.

Villa y los "curas"

Después de las sucesivas derrotas de los federales en San Pedro y Paredón, las fuerzas del general Villa entraron en Saltillo el 19 de mayo de 1914, sin encontrar resistencia, pues el enemigo había evacuado la plaza durante el día y la noche anteriores, cometiendo vituperables desafueros, como el incendio del Casino, el saqueo de algunas tiendas y el intento de volar el Puente de las Huertas.

Repiques, gritos, disparos, pelotones de caballería a toda brida por las calles, eran claros indicios de que las tropas revolucionarias ocupaban la ciudad, y los vecinos, abriendo sus puertas cautelosamente, se pusieron al habla, y al fin, se aventuraron a salir de casa, para contar los muertos, fisgonear por las tiendas robadas, en una de las cuales yacía aún el cadáver del dueño asesinado, junto a la rota caja de fierro, contemplar las ruinas del edificio destruido por las llamas, y comunicarse mutuamente sus experiencias personales, pues ningún barrio había carecido de episodios, trágicos o chuscos, dignos de ser referidos y comentados.

Los simpatizadores del movimiento legalista no disimulaban su satisfacción, no sólo por el triunfo de su partido –sentimiento muy natural–, sino por la esperanza –también muy humana–, de alcanzar algo más positivo y de mayor sustancia. Los partidarios de los federales, si no estaban alegres, pues era imposible que lo estuvieran, tampoco se hallaban desesperados, como quiera que las cosas ya no tenían remedio, y al cabo, la situación política se definía, después de largo tiempo de incertidumbres y sobresaltos, trayendo consigo la tranquilidad indispensable para que cada quien pudiera dedicarse a ganar la vida. Quizás un secreto instinto les advertía que no todo estaba definitivamente perdido, que el triunfo de los contrarios era pasajero, pues así como se dice de los pobres y de los tontos, que aquéllos descubren las minas y éstos las trabajan para que los ricos las aprovechen, los idealistas, que siempre tienen algo de tontos y de pobres, hacen las revoluciones para que, al fin, vengan a gozar de sus ventajas los mismos contra los cuales se levantaron. Ello sin contar con los inmediatos cambios de chaqueta, y hasta de prendas más íntimas, realizados por muchos, que introduciéndose bonitamente, por arte de birlibirloque, en las filas vencedoras, se hacían pasar por revolucionarios de viejo cuño.

La guerrilla del coronel Severiano Rodríguez y las brigadas pertenecientes a la División del Norte, al mando de los generales Herrera, Ortega, Trinidad Rodríguez y algunos otros, entraron en Saltillo las primeras. Pocos días después, en medio de enorme expectación, hecha de curiosidad y de miedo en dosis iguales, llegó el general Villa y se alojó en la residencia de don Francisco Arizpe y Ramos, una de las más céntricas y mejores de la ciudad.

El pueblo se aglomeraba frente a la casa, ansioso de conocer al célebre guerrillero, ya convertido en divisionario, que solía cruzar por las piezas que daban a la calle, o salir montando magnífico caballo enjaezado, no a la usanza ranchera, sino como podría serlo el de cualquier alto jefe del régimen caído. Vistiendo uniforme de campaña y tocado con casco inglés, Villa pasaba ante las multitudes, como el símbolo viviente de la revolución, sin que la poco interesante figura del caudillo fuera parte a desilusionarlas. El cuerpo un tanto obeso, desprovisto de actitudes gallardas, el color amarillento, el mentón deprimido, los labios abultados bajo el ralo y rojizo bigote, los pequeños ojos de escurridizo mirar, cuya habitual contracción ahondaba las patas de gallo de las sienes, mal podrían corresponder a las prendas físicas que la imaginación popular atribuye a los héroes.

Las personas pudientes habían emigrado, y sólo permanecían en Saltillo las gentes de pocos recursos, en su mayoría simpatizadores de la revolución. Acudieron éstos a saludar al general Villa, bajo la égida protectora del coronel ingeniero Vito Alessio Robles. El caudillo los recibió cortésmente, con rústica llaneza, pero al expresarles el deseo de que su estancia en la ciudad de Saltillo, fuera grata para sus moradores, terminó con la frase de ritual:

–Pero a ver con cuánto me ayudan…

Los visitantes no se excusaron, ni acaso hubiera sido prudente que lo hicieran, pero le advirtieron que no eran ricos y vivían de su trabajo personal.

–Si me traen tres cuartillas –replicó– con eso me conformo… Pero si no me ayudan, ¿con qué "manijo" yo los dieciséis mil hombres que traigo?

Se creía que iba a empezar una vida nueva, libre de aquella atmósfera de opresión moral que pesaba sobre el país, como un gran dolor contenido, y todo el mundo se hacía las más generosas ilusiones. Los nuevos funcionarios, como hechos en el molde de la revolución, no podían ser sino modelos de virtudes ciudadanas, y verdaderos quijotes los soldados que habían vertido su sangre por las

libertades públicas. Los ideales políticos tienen la característica de tender un manto florido sobre las atrocidades que se ejecutan al realizarlos.

Inopinadamente, comenzaron las aprehensiones, increíbles de pronto, no ya de los partidarios de los federales, sino hasta de los amigos del movimiento legalista. En la casa, en la calle, en el despacho, en las mismas oficinas públicas donde algunos prestaban sus servicios, eran capturados durante el día, a la media noche, a la madrugada, con alardes de fuerza, llevándolos por en medio del arroyo, entre un pelotón de soldados. Se llenó la cárcel de personas que en su mayor parte, no acertaban a saber cuál era su delito. Pero las nuevas autoridades sí lo sabían, paladeando el desquite de agravios baladíes que databan de muchos años atrás.

Encarcelamientos, exilios, consignaciones a las brigadas villistas, cuyos ejecutivos procederes permitían sacar la castaña con la mano del gato y no tener responsabilidades ni verse en el caso de ceder a súplicas y recomendaciones… Tal fue el torpe cuadro que enfrió los entusiasmos de los parciales de buena fe, que eran los más, y no sirvió de escarmiento a los enemigos, que eran los menos, ya que oportunamente se habían puesto en salvo.

El general Villa ordenó la aprehensión de los "curas", quienes fueron recluidos en un departamento de la misma casa que aquél ocupaba. Eudistas franceses del templo de San Francisco de Asís; dominicos españoles del Santuario de Guadalupe; jesuitas del Colegio de San Juan Nepomuceno, y sacerdotes del clero secular, que oficiaban en las parroquias de la ciudad, encerrados sin consideración alguna, sin alimentos, ni camas ni aun sillas para sentarse, estuvieron más de una semana ignorando cuál sería su suerte, hasta que un día recibieron orden de pasar a la sala donde los esperaba el general Villa.

Recostado en un sofá, abierto el cuello de la camisa, dejando ver el pelambre del pecho; enrolladas las mangas hasta más arriba de los codos; el zarakof echado hacia atrás; al descubierto la pistola y la canana repleta de cartuchos; cascando y comiendo nueces, así recibió el jefe de la División del Norte a los "curas" prisioneros. Cuando entraron en la estancia, indecisos y azorados, Villa les contestó el saludo con aire desdeñoso y les indicó que tomaran asiento.

–A ver –les dijo en seguida –; córtense para este lado los mexicanos, y para este otro, los "istranjeros".

Se hizo el cambio de lugares en silencio que se prolongó algunos momentos, mientras el general saboreaba unos corazones de nuez que le habían salido enteros.

–Ahora –ordenó–, párense los "jisuitas".

Los aludidos se pusieron de pie en ambos grupos.

–¿Pero qué hay jisuitas mexicanos? –preguntó Villa, con fingida sorpresa.

–Sí, señor general –contestó uno de los padres amablemente–; yo soy jesuita y soy tan mexicano como usted.

–¡Cállese, tal! –gritó Villa, llevando la mano a la pistola–. ¡Si vuelve a decir eso, le rompo la boca! ¡Los jisuitas no son mexicanos!

Hubo un silencio embarazoso. Villa, al fin, se aquietó; tornó a cascar nueces, y volviéndose afablemente al grupo de "curas" mexicanos.

–¿Y ustedes, mexicanitos –preguntó–, por qué dejan que vengan otros a beberse su chocolatito?... De ora en adelante no le convidan a nadie, y se lo van a beber ustedes solitos… Vayan, vayan a decir sus misitas y a rezar sus rosarios, y a ver con cuánto me ayudan para sostener a mis muchachos… Y ustedes –continuó severamente, dirigiéndose a los

jesuitas–, si para mañana no me entregan un millón de pesos, los mando fusilar.

Los sacerdotes del clero secular salieron en libertad y los demás siguieron presos. Y como no entregaron la suma exigida, fueron llevados, al cerrar la noche, a una casa vecina y deshabitada, y metidos en una pieza oscura y sin muebles. Los prisioneros callaban, sobrecogidos por aquel cambio de cárcel que nada bueno prometía.

–¡Salga uno! –gritó repentinamente el oficial que los custodiaba.

Y se les fue sacando para sujetarlos a ejecuciones simuladas, mediante la certera pistola de un buen tirador que les quemaba el pelo sin herirlos, y la cuerda de un experto en semejante género de suertes, que los hacía balancearse un rato en el aire, y sabía bajarlos oportunamente, antes de que perecieran… Todo ello para que "cantaran", descubriendo el sitio del "entierro" o el lugar del depósito.

A la mañana siguiente, salía con rumbo a Torreón, uno de aquellos pintorescos trenes militares que con tanta frecuencia transitaban entonces, atestados de tropa, de caballos, de forrajes, de muebles heterogéneos –consolas doradas y catres de tijera, sillas de tule y armarios de nogal tallado, finas alfombras y rústicos petates–. Las soldaderas

instaladas en el techo de los furgones, no sólo hacían allí sus faenas domésticas, sino que llevaban consigo, sujetándolos sabía Dios cómo, cerdos, perros, loros, gallinas, cabras y macetas. Y cuando el tren se paraba, descendían, como pájaros dañinos, sobre huertas y labores, dejando mondos los árboles y devastados los campos.

En una "jaula" de ganado enganchada a aquel tren, metieron a los "curas", por orden de Villa, para llevarlos al destierro, y se dio la consigna de que si alguien acudía, hombre o mujer, a proveerlos de abrigos, víveres o cualquiera otra cosa, fuera irremisiblemente embarcado con ellos.

Entre tanto, sentado en el balcón de su alojamiento, desde el cual se dominaba parte de la ciudad, y sobre el fondo azul de las serranías, el panorama del valle, con su grato contraste de lomas estériles y verdes hondonadas, el general don Felipe Ángeles, el lugarteniente de Villa, el caballeroso soldado, cuya personalidad adunaba al ascendiente de la tradición y de la ciencia, la popular aureola de las luchas libertadoras, entregado a la lectura de Shakespeare, se deleitaba, tal vez, con la ambición y los crímenes de Macbeth, con la avaricia de Shylock y con las incertidumbres de Hamlet.

Un gobernador villista

ALTO, DELGADO, COBRIZA la piel, la nariz ancha y corta, negros los ojos y también negro el alborotado pelambre, con un poco de español y un mucho de indio norteño, el general Santiago Ramírez, gobernador villista de Coahuila, durante los meses de enero a septiembre de 1915, era originario de una hacienda cercana a Saltillo, donde cortó leña, cuidó cabras y labró tierras; rudos oficios que fortaleciendo los músculos y curando de miedos el espíritu, han sido el origen de todos los "empecinados" grandes y chicos de nuestra historia.

No bien se instaló en el Palacio del Gobierno, mandó llamar a un conocido profesor saltillense. Acudió éste a la cita, un tanto temeroso, sabedor de que Ramírez mandaba matar a no importa quién con sencillez franciscana, y apenas se había sentado en la sala de espera, cuando una puerta se abrió con estruendo, y salieron disparados, primero, un bombín que fue a parar debajo de una silla, y luego, entre una andanada de atroces insultos, el jefe de Patio de los Ferrocarriles, que llegó tambaleándose,

con la ropa en desorden, hasta el extremo opuesto de la estancia.

Ordenó el gobernador al jefe de Patio que le formara un tren en el acto; éste arguyó que no había locomotora en estado de servicio; Ramírez insistió, sin atender las excusas; el otro repitió los motivos, y concluyó la entrevista bajo perentoria amenaza de fusilamiento, si la orden no se cumplía, y con aquella pintoresca expulsión, ciertamente a propósito para confirmar versiones y acrecer sobresaltos.

Cuando entró el profesor en el despacho de Ramírez, el temible mandatario, todavía agitado y colérico, iba y tornaba de un lado para otro, con actitudes de fiera hostigada.

–¿Don Fulano? –preguntó deteniéndose ante el profesor, cambiando su enojo en amable cortesía.

–Servidor de usted.

–Mis amigos me dicen que usted es el bueno para esa escuela grandota que está en la Alameda.

El general aludía a la Escuela Normal del Estado.

–Yo no sé leer ni escribir –continuó–, y sin embargo, ya ve cómo soy gobernador… pero me gusta que los chamacos aprendan… Vaya usted a abrir la Escuela, y cuente con el dinero necesario.

El profesor no quiso aceptar por causas poderosas, y logró hacer valer sus excusas, sin despertar la suspicacia pasional de Ramírez; pero se designó a otra persona, y la Escuela Normal dio principio a sus cátedras, aunque con pocos alumnos, a causa de la intranquilidad de la época.

Se labraba, a la sazón, en Saltillo, el pedestal para la estatua de Manuel Acuña, obra notable del escultor Jesús Contreras, adquirida por el gobierno del licenciado don Miguel Cárdenas, y no obstante la oposición del gobierno federal, llevada en 1912 a la capital coahuilense, mediante las tenaces gestiones de don Venustiano Carranza, entonces gobernador del estado. Y Ramírez, movido por la intuición misteriosa, que sugiriendo actos de trascendencia benéfica, aun a los más siniestros personajes de nuestras tragedias políticas, constituye un motivo de optimismo sobre el porvenir de México, como nación y como raza, cualesquiera que hayan sido y puedan ser después sus errores y caídas; Ramírez, el ignorante campesino, el sanguinario guerrillero, no tuvo reparo en costear la conclusión de la obra, y con su carácter oficial, mediante la solemnidad y lucimiento que el caso reclamaba, inauguró el monumento levantado a un poeta.

Los saltilleros, carrancistas en su gran mayoría, odiaban a Ramírez, y como el mercado y las tiendas apenas tenían qué vender, y los vecinos carecían de dinero para comprar, se encerraban en su casa, y la ciudad, quieta de suyo, se mantenía en un ambiente de tristeza y desolación. Pero aún había gente bastante, entre los simpatizadores de Villa, para llenar la sala de espera del gobernador, solicitando empleos, donativos, pensiones, y muy particularmente, pases de los ferrocarriles, cuya pródiga expedición se convirtió en un enorme abuso.

Un sujeto humildemente vestido, se presentó ante el gobernador que sentado a su mesa y echado hacia atrás en cómodo sillón giratorio, fumaba un grueso cigarrillo de hoja y apuraba a pequeños sorbos, un vaso de coñac, repetidas veces vaciado y vuelto a llenar del contenido de una botella –Martel, cinco letras–, que se erguía, gallarda y triunfal, sobre un rimero de expedientes.

–Señor –dijo aquél, contestando a la muda interrogación de Ramírez–, soy empleado de Correos; me han trasladado a Chihuahua, y como sólo me dan gastos de viaje para mí, y no puedo por eso, mover a la familia, he venido a suplicarle me haga el favor de facilitarme un pase.

–¿Para quién?

–Para mi esposa, mi hija y mi suegra.

–¡Hombre! –exclamó Rodríguez, incorporándose–. ¡Las suegras ni de azúcar son buenas! ¿Para qué quieres llevarte esa vieja talísima?

–No tiene más familia ni amparo que nosotros…

–¡Déjala aquí que se la lleve el dominio! Si no quieres que sufra, mátala… y si tú no puedes, dímelo con toda franqueza, y yo te la mando matar inmediatamente.

El hombre, azorado y cohibido, sin saber si eran burlas o veras, no hallaba que contestar, y le daba vueltas al sombrero entre sus manos temblorosas. Y aquellas chuscadas, bajo las cuales revivía, tal vez, un viejo rencor o dominaba una idea incrustada por acaso en la psique sencilla del antiguo labriego, terminaron con una orden violenta, dada al secretario, en tono que no dejaba lugar a observaciones ni réplicas.

–Dale un pase a Chihuahua, únicamente para su mujer y su hija.

Y con brusco ademán indicó al secretario y al solicitante que debía marcharse.

El general Santiago Ramírez gustaba de la buena vida. Montaba magníficos caballos, vistiendo

ricos trajes de charro; ocupaba una elegante residencia, cuyo dueño había emigrado, huyendo de la revolución; tomaba el baño cada vez que le placía, en el muy cómodo de la mansión señorial de don Francisco Arizpe y Ramos, también ausente por idénticos motivos; traía consigo una gran banda de música, que antaño fue la de Policía de la ciudad de México; daba suntuosos banquetes a sus amigos, en los que se bebía de lo bueno y se servían, so pena de incurrir en su enojo, no menos de cincuenta platillos, y hasta promovió y llevó a efecto la fundación de un casino, a cuyo baile inaugural asistió vestido de etiqueta. Y entre sus incontables aventuras amorosas, perfiladas algunas sobre el tablado de la tragedia, estremecidas por el estallido de los fusiles y coloreadas por la sangre, hubo una que excitó más que las otras, el erotismo de fiera de aquel hombre primitivo. Una gallarda moza residente en Monterrey, lo enamoró de tal guisa, que hubiera él satisfecho sus deseos por la fuerza, de haber ella vivido dentro de la jurisdicción gubernamental del apasionado mandatario. Ensayó en vano todos los medios de mayor eficacia suasoria, pero tropezando con la obstinación de la suegra que no se avenía a entregarle a la novia, sino mediante los requisitos legales, fingió darse a

partido, mandó alistar un tren especial, embarcó la banda de música y los regalos y objetos indispensables para la boda, y en compañía de sus más íntimos amigos y de uno de los jueces del Registro Civil de Saltillo, se encaminó a Monterrey para celebrar el casorio. Pero las autoridades reineras, advertidas del caso, le notificaron que si deseaba casarse, debía verificarlo ante el juez competente, pues no podían consentir en un matrimonio de burlas. Y Ramírez que no iba dispuesto a las veras, se volvió a su sede oficial, madurando, quizás, algún otro proyecto de realización menos comprometida.

Debió de llevarlo a la práctica con buen éxito, ya que algún tiempo después, se hallaba en compañía de la gallarda muchacha, cuando en súbito albazo, lo arrojaron de Saltillo las fuerzas carrancistas al mando de los generales Dávila Sánchez, Gutiérrez, Huerta Vargas y algunos otros. Montó Ramírez a caballo, y bajo la granizada de balas que le silbaban en torno, corrió a toda brida por las calles de Ramos Arizpe, donde las mujeres abrían las puertas, y arrojándole el nejayote y el contenido de los vasos de noche, le gritaban con dejo de burla:

–¡Viejo tal! ¿Por qué se va tan temprano? ¡No se vaya sin desayunar!

Ocho días más tarde el general Ramírez recuperaba a Saltillo, y el vecindario callaba y se escondía, temiendo las represalias. Un muchacho impresor fue acusado de espionaje.

–¡Que lo maten! –ordenó Ramírez.

Los abuelos del reo, un anciano achacoso y una anciana ciega, ambos octogenarios, se abrazaron llorando a las rodillas del general. Él los rechazó bruscamente, y repitió la orden siniestra:

–¡Que lo maten!

Lizardo Gutiérrez, de oficio mecánico y presidente municipal de Ciudad Múzquiz, reparaba las armas de los carrancistas que operaban en las serranías de la comarca. Llevado a Saltillo, fue conducido de la estación a Palacio, para oír de Ramírez pocas y crueles palabras, y del Palacio al panteón, donde recibió un tiro en la frente, al borde de la fosa ya preparada para enterrarlo.

Sobre tales escenas una tormenta estival vertió la frescura de sus aguas; sacó de la tierra un confortante olor de búcaro nuevo; purificó la atmósfera impregnada de polvo; precipitando por las calles torrentes impetuosos, las limpió de basuras; reavivó los colores marchitos de las

fachadas, y puso cabrilleos de cristal en las hojas de los árboles. Las palomas en bandadas ruidosas, se posaban en los frontis de las iglesias, y las urracas estridentes, poseídas de un vértigo de inquietud, mecían bajo el peso de su muchedumbre, los fresnos de la Plaza de Armas. El sol occiduo concentraba sus rayos de un oro suavemente purpurino, en las torres amarillentas de la Catedral de Santiago y de la Capilla del Santo Cristo, destacando con etérea ingravidez sobre el violeta descolorido de las montañas, en cuyo fondo lejano colgaba un aguacero su grácil cortina del pórtico luminoso de un arcoíris. Aquella tarde se extinguía melancólica, como amante desdeñada, sin que los moradores de la ciudad sumergieran en ella los ojos y el espíritu. Pocos transeúntes cruzaban las calles, visiblemente sin ánimo de paseo, y nadie se alargaba, como otras veces, hasta las huertas del Pueblo o de San Lorenzo, embellecidas por la lluvia reciente, como guapas mozas que salen del baño y añaden a su gracia natural, la que les da la limpieza, manifestándose en el cabello suelto sobre la espalda, que aún chorrea por las puntas gotas cristalinas.

El general Ramírez, desde un balcón del Palacio, cazaba certeramente, con un rifle de salón, las urracas y las palomas posadas en los fresnos

de la plaza y en la fachada de la Catedral. Volaban asustadas a cada disparo, y regresaban minutos después al mismo sitio.

Un centenar de mujeres, canasta al brazo, sentadas en el borde de la acera, exactamente debajo de los balcones del Palacio, esperaban el reparto que diariamente les hacían, de papeles villistas de veinticinco centavos. Ramírez reparó en ellas; dejó la carabina; apoyó ambas manos en el barandal, como orador que empieza su discurso, y les gritó con voz estentórea:

–¡Viejas talísimas! ¡Lárguense todas! ¡Hoy no tengo qué darles, pues no he robado ni para mí!

Y se entró, cerrando de golpe la ventana.

La muerte dignificó al general Santiago Ramírez. Camino del sepulcro, anunció con certero vaticinio, realizado por meses más tarde, el próximo fin del general Huerta Vargas, y ya en el patíbulo, arengó a los curiosos, amonestó a los periodistas, hizo evolucionar al pelotón que había de fusilarlo, dio la voz de fuego, y demostrando que sabía morir, demostró que era hombre.

De qué murió don Crispín

El zapatero don Crispín y doña Petra su mujer se hallaban en situación insoportable. Hacía seis meses que no pagaban la renta del cuarto "redondo" en que vivían, y esperaban por momentos ser lanzados a la calle; debían en todos los tendajos del barrio, y ya nadie les fiaba ni el valor de un cigarrillo; no contaban con la ayuda de vecinos y amigos, por haberlos cansado con préstamos nunca devueltos, y lo que era más grave, habían vendido algunos pares de zapatos que don Crispín tenía en compostura, y cuyos dueños iban diariamente a preguntar si "ya estaban".

Las causas del desastre eran las borracheras de don Crispín, que a la sazón, cuando ya era viejo, habían aumentado en intensidad y frecuencia. Poco a poco fueron vendiendo las sillas, la cama, los trastos de cocina, las frazadas, la ropa, las herramientas del oficio, y al fin, hasta las prendas ajenas.

Aquel día tenían ya veinticinco horas de no comer, y encerrados, para eludir las visitas de

clientes y acreedores que a cada rato llamaban a la puerta, hablaban a media voz, en un rincón de la pieza, sobre la mejor manera de salir de aquel estado angustioso.

–Todo por tu culpa –dijo suspirando doña Petra.

–Ya lo sé… No me lo eches en cara. De lo que ahora se trata es de saber qué haremos.

–Se me ocurre una cosa.

–A ver…

–Que tú te mueras… pero no de veras –añadió doña Petra, ante el refunfuño de protesta de don Crispín.

–¿Entonces cómo?

–De mentiras… Te tiendo en medio del cuarto, y con las limosnas que dé la gente nos vamos a otra parte. ¿Qué te parece?

Había entonces la costumbre de poner a los pies de los difuntos pobres una cazuela, donde los transeúntes piadosos dejaban donativos de más o menos cuantía, según la posibilidad de cada uno.

–Me parece bien –dijo don Crispín, después de reflexionar unos momentos–. ¿Cuándo lo hacemos?

–Luego, luego… Al mal rato darle prisa.

Aquella misma tarde, cuando daban las

campanas el toque de oraciones, doña Petra abrió de par en par la puerta de la vivienda, y apareció don Crispín tendido sobre un petate, en medio del cuarto, amarrada la cabeza por debajo de la barba con un trapo negro, los brazos cruzados sobre el pecho, y a los pies, la cazuela de las limosnas, junto a una vela de sebo encendida en el pico de un frasco roto. La viuda, tapada de medio ojo, y acurrucada en un rincón, repasaba las cuentas de su rosario.

Las gentes se detenían y entraban, los hombres quitándose el sombrero, las mujeres echándose el rebozo en la cabeza; contemplaban al difunto, rezando un padre nuestro, metían mano al bolsillo, y ponían en la cazuela "cuartilla", "medio", "un real", y algunos hasta una peseta.

–Lo siento mucho –decían las mujeres a doña Petra.

–Muchas gracias... Dios se los pague... –contestaba ésta.

A medida que la noche avanzaba, los transeúntes iban siendo más escasos. Después de la queda que sonó lúgubremente, como el clamor de las sombras y del miedo, transcurrió media hora sin que nadie transitara, y ya doña Petra pensaba en cerrar la puerta para contar el dinero y preparar el viaje, cuando se oyeron pasos y voces que

pausadamente se acercaban.

Era tío Baticolas, borrachín profesional de aquel barrio, que volvía a su casa, como de costumbre, bastante bebido y hablando solo. Se detuvo en la puerta, balanceándose y abriendo los brazos para apoyarse en las jambas.

–¡Hombre, un difunto! –exclamó de pronto, quitándose el sombrero–. ¡Dios lo haiga perdonado!

Entró, tropezándose en el umbral que sobresalía un tanto del piso, y estuvo a punto de caerse de bruces sobre el muerto. Hurgó largo tiempo en el bolsillo del pantalón, y extrajo cuartilla, que puso parsimoniosamente en la cazuela.

–¡Pero, hombre –dijo de pronto–, si es mi compadre Crispín! ¡Qué barbaridad! ¡Pobrecito de mi compadre! ¡Dios lo tenga en su santa gloria!... ¡Pero hombre, si aquí está mi comadre, y yo que no la había columbrado!... Comadrita, la acompaño en sus sentimientos.

–Muchas gracias, compadre, y que Dios se lo pague.

–Pero oiga, ¿y cuándo sucedió la desgracia?

–Hoy en la tarde.

–Y dígame, comadrita, ¿de qué murió mi compadre?

Don Crispín y su mujer no habían hablado sobre la causa de la defunción, y como doña Petra estaba nerviosa por la presencia del borrachín, que amenazaba prolongarse, perdió la serenidad, y con ella el discernimiento.

–De un dolor de muelas –contestó irreflexivamente.

–¡Pos, hombre –exclamó tío Baticolas–, se necesita ser muy pendejo para morirse de un dolor de muelas!

Don Crispín se sintió ofendido, y enderezándose, sin acordarse de que estaba muerto.

–¡Compadre –gritó indignado–, cada uno se muere de lo que le da la gana!, y si lo dice por su cuartilla, agárrela, y no se meta en lo que no le importa.

Clínica revolucionaria

UN DESTACAMENTO de las fuerzas revolucionarias ocupaba una ranchería cercana a la margen del río Bravo, aproximadamente a treinta kilómetros al oeste de Matamoros, que aún se hallaba en poder de los federales. La posición era ventajosa, ya que protegida por cerrado y áspero monte, facilitaba los movimientos para hostilizar la plaza, la defensa de los ataques del enemigo, el paso al "otro lado" de reses, pieles, fibras y demás productos vendibles, la conducción a "este lado" de víveres, armas y municiones, y ofrecía muy a la mano, fácil y seguro refugio, en los casos desesperados. En cambio, la tropa, alojada en jacales de ramas, sufría el calor sofocante de la comarca y la acción perniciosa del paludismo, las víboras de cascabel, las garrapatas, las niguas y el pinolillo.

Una mañana, un sujeto cruzó el río Bravo en la pequeña lancha que solía hacer tal servicio entre ambas orillas, y se presentó a los soldados que estaban de guardia en el lado mexicano. Era el hombre chaparro, gordinflón y moreno, con

engomado bigote a lo káiser, ostensiblemente teñido de negro, gruesos anteojos de miope, traje oscuro, raído y lustroso y bombín estrafalario para aquel lugar y aquel clima. Solicitó ser llevado ante el coronel Félix Flores, jefe del destacamento, y no hubo demora ni obstáculo para complacerlo, pues se hallaba aquél en un sitio próximo, a la orilla del río, completando el diario refresco, después del baño acostumbrado, con una docena de cervezas heladas, que su agente financiero acababa de traerle, a cambio de un cuero de vaca.

–Soy el doctor Pinillos –dijo el recién llegado, una vez cambiados los saludos de estilo–; recibido en la Universidad de Columbia y con diez años de práctica entre la mexicanada de Texas.

–Entonces ya tiene usted más experiencia que nosotros –dijo el coronel en tono humorístico.

–¿Por qué? –preguntó intrigado el doctor.

–Porque hace diez años que usted mata gente, y nosotros hace apenas dos años que comenzamos a matarla.

Los soldados y el médico rieron de buena gana el chiste del coronel.

–¿Y en qué podemos servirle? –preguntó éste.

–Quiero darme de alta y prestar mis servicios a la revolución como facultativo y como soldado.

–Magnífico… pero le advierto que la tarea es dura, que salvo ocasiones extraordinarias, se come mal y poco, se arriesga constantemente el pellejo y no hay dinero para nada.

–No importa… Me quedo, si usted me lo permite.

–Con todo gusto… mira, Pilongo –dijo el coronel, dirigiéndose a su asistente–, dale al doctor un caballo, una montura, un 30-30, una pistola y una guaripa, para que tire al río la "cuba", porque con ella le va a hervir la sesera.

Aún no tomaba posesión el doctor Pinillos de los bienes que se le habían adjudicado, cuando se tuvo noticia de que el enemigo se aproximaba. La tropa ocupó los puntos estratégicos; pero las fuerzas contrarias, estacionándose fuera del alcance de los fusiles, emplazaron un cañón de 14 milímetros y comenzaron a bombardear el campo revolucionario. Una bala hirió de refilón a un soldado, abriéndole el vientre y vaciándole los intestinos. El infeliz, instintivamente, se oprimió con ambos brazos la herida, dio algunos pasos tambaleándose y cayó luego en tierra. Los soldados que desempeñaban el servicio de ambulancia, sin otro equipo que una parihuela hecha de una manta amarrada a dos palos, lo pusieron en ella y lo llevaron

a uno de los jacales del rancho.

Avisado el doctor Pinillos, acudió en el acto, satisfecho de que tan pronto se le ofreciera ocasión de acreditar su habilidad profesional y su diligencia.

–Pónganlo sobre una mesa –ordenó después de reconocer al herido.

–No hay mesa.

–Sobre una cama.

–No hay cama.

–Entonces sobre un petate, cerca de la puerta, para que tenga yo buena luz.

El herido se quejaba lastimeramente.

–¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay, Diosito!

–Traigan el cloroformo.

–No hay cloroformo.

–¿Qué podemos darle, entonces, para que se duerma?

–No hay más que mezcal.

–A ver, pues, un medio litro.

Trajeron una barriquita tapada con un olote, llenaron hasta los bordes una vieja cafetera de peltre, y sosteniendo la cabeza del herido, le hicieron beber hasta la última gota del singular anestésico. Momentos después dejó aquél de quejarse y se quedó profundamente dormido.

–Algodón –ordenó el médico.

–No hay.

–Trapos limpios.

–Tampoco hay.

–Entonces, un manojo de zacate verde.

Se lo trajeron, y haciendo con él una pelota, la empapó de mezcal para desinfectarla, y lavó cuidadosamente la herida, que tenía una longitud de veinte centímetros.

–Unas tijeras.

Consiguieron las de una vecina que hacía cigarrillos, y las ocupaba en picar el tabaco y cortar las hojas.

El doctor cercenó las tiras de carne y de piel que colgaban de la herida.

–Una aguja.

–No hay más que ésta –dijo uno de los soldados, sacando la que llevaba ensartada en la toquilla del sombrero–, y es la que sirve para coser las monturas y remendar los zapatos.

–Está buena… El hilo.

–Hilo no hay.

–¿Con qué haces, entonces, los remiendos?

–Con pitas de maguey.

–Tráeme unas.

El soldado no tuvo que caminar mucho para ello, pues cerca del jacal había unas pencas de

maguey recién cortadas. Desprendió pronta y ágilmente las pitas, enhebró la aguja y la puso en manos del doctor. La sumergió éste en el mezcal, y juntando los bordes de la herida, se dispuso a coserla.

El herido se rebulló ligeramente y comenzó a quejarse.

–Otro medio litro de mezcal –ordenó el médico.

Lo bebió el enfermo de la misma manera que antes y volvió a quedarse inmóvil y como muerto.

El doctor acabó de coser la herida, y como había estado largo tiempo de rodillas, se levantó cansadísimo y limpiándose con la manga del saco, pues no tenía pañuelo, el sudor que le corría por la frente y el cuello.

–¿Las tijeras? –inquirió el soldado que las había traído–. Me encargó la señora que se las llevara en seguida.

El doctor se registró uno por uno los bolsillos, sin resultado, y él y sus ayudantes echaron una mirada inquisitiva alrededor del petate donde yacía el herido.

–Aquí estaban.

–Pero no hay nada.

–A ver –dijo súbitamente el doctor,

inclinándose sobre el enfermo y palpándole el vientre–. ¡Hombre! –exclamó–. Se nos quedaron adentro… Dénme un cuchillo.

Le alargaron uno que servía a su dueño para toda clase de menesteres, y Pinillos cortó la costura, extrajo las tijeras y volvió a coser la herida. Pero como echara de menos el estuche de sus anteojos, y tampoco parecieron por ninguna parte, aleccionado por la experiencia, repitió el reconocimiento de antes y se cercioró de que también el estuche, deslizándose, se había alojado en el estómago del herido. Requirió nuevamente el cuchillo, cortó otra vez las puntadas, sacó el estuche, y ya se disponía a ejecutar la nueva sutura, cuando el enfermo entreabriendo los ojos, tornó a quejarse y a rebullirse.

–Doctorcito… –dijo al fin, con lengua estropajosa–. Por vida suyita… póngame mejor dos botones y dos ojales… para que abra y cierre su mercé cuando le dé la gana.

De cerca, la muerte asusta

PEQUEÑA, DELGADA, hundidas las mejillas y la boca, por la falta de muelas y dientes, blanco el pelo, sano el color, y a pesar de sus noventa años cumplidos, vivos los ojos y ágiles los movimientos; limpia la ropa, aunque remendada y raída; una sarta de medallas y un escapulario colgados del cuello, y enredado en la mano izquierda el rosario de gruesas cuentas, era doña Andreíta una viejecilla simpática que caía muy bien y se granjeaba la protección de todo el mundo.

Huérfana desde niña y criada en un rancho, nunca fue a la escuela; no sabía leer ni escribir, y se expresaba en un castellano arcaico, mezclado con dicciones viciosas, que aún perdura entre la gente del pueblo, y particularmente, en el campo. Batalló mucho para sostenerse. Miedosa de los hombres, rechazó siempre a los no pocos, según ella, que la pretendieron con buenos y malos fines. Prefirió servir de pilmama, coser ajeno, lavar y planchar ropa y desempeñar otras labores igualmente duras y mal remuneradas, que al menos,

le proporcionaban los medios de vivir independiente y honrada. En los últimos tiempos se había encariñado con un matrimonio, al que sirvió como ama de llaves, por espacio de veinte o más años; pero inopinadamente, sus amos tuvieron que trasladar su domicilio a otra tierra, y ella no se sintió con ánimo para seguirlos, pues no pudo resignarse a dejar la iglesia donde había rezado y oído misa toda su vida, ni a perder de vista el camposanto donde estaban los huesos de sus padres. Se quedó sola, llena de achaques y debilitada por la edad. Ya inútil para trabajar, tuvo que recurrir a la caridad para mantenerse, aunque no a la callejera que no se avenía con su innata delicadeza, sino a la que espontáneamente le ofrecieran las personas que la conocían y la estimaban.

De esa manera, sacaba escasamente con qué pagar el cuartito que ocupaba en una casa de vecindad, y lo indispensable para su alimentación. No podía reponer su ropa y su calzado, y cuando se enfermaba, careciendo de quién valerse, pasaba privaciones y trabajos.

Normalmente, se levantaba a la madrugada, ponía lumbre, compraba una pieza de pan en un tendajo cercano, hacía café, se desayunaba y se iba a la iglesia a oír todas las misas que se decían

hasta media mañana; regresaba a su cuarto a preparar y tomar su comida –arroz, frijoles y tortillas–; dormía una hora de siesta, se sentaba a remendar sus trapos, y a la primera llamada al rosario, volvía a la iglesia, y allí permanecía hasta que el sacristán cerraba las puertas. Los sábados sólo oía una misa y no asistía al rosario, pues destinaba aquel día para visitar a las personas que acostumbraban socorrerla.

A las primeras horas de la mañana y a las últimas de la tarde, cuando eran escasos los fieles, doña Andreíta se arrodillaba ante el altar de Jesús Nazareno, y poniéndose en cruz, le suplicaba casi en voz alta, que se acordara de ella, que la quitara de padecer y se la llevara consigo.

–Mira, Señor mío –clamaba–, que no tengo padre ni madre ni perrito que me ladre… Antes me vide pobre, pero no sola. Hora estoy sola y pobre y viviendo de caridá… Ya me da vergüenza presentarme cada ocho días en ca de las personas que me socorren… Estoy muy vieja, cualquier día me quedo en la cama o me caigo en la calle, sin que nadie me valga… Ya no quiero vivir, Señor. Acuérdate de mí…

Unos muchachos, parientes del sacristán, que merodeaban por la iglesia, haciendo diversión de

encender y apagar velas, adornar altares y circular entre los fieles la bandeja de las limosnas, oyeron muchas veces la jaculatoria de doña Andreíta, y determinaron hacerle una travesura. Se escondieron debajo de la mesa del altar de Jesús Nazareno, cubiertos por los paños, y cuando ella, puesta de rodillas y en cruz, decía fervorosamente su acostumbrada oración, oyó una voz que parecía venir de muy lejos.

–Andreíta… Andreíta…

–¿Qué?... ¿Quién me habla? –preguntó algún tanto asustada.

–Soy yo –contestó la voz–, el Ángel de tu Guarda, que vengo a decirte de parte de nuestro Señor, que ha oído tu súplica, que te concede lo que deseas, y que te prevengas luego, luego, porque va a mandar por ti.

Doña Andreíta persignándose apresuradamente, se levantó para marcharse.

–¿Qué me respondes? –preguntó la voz.

–Angelito, por vida tuyita, dile que no me jallaste.

¿Quién escribió el Quijote?

El director de la Escuela Oficial Mixta del pueblo, avisado oportunamente del próximo arribo del inspector escolar, encargó a los alumnos que de ahí en adelante, se presentaran limpios de ropa y bien lavados de manos y cara; los puso a barrer y regar el frente de la escuela, el patio y los salones de clase, a borrar las rayas y figuras pintadas en las paredes, a raspar y limpiar los pupitres donde se habían ejercitado con mayor libertad las inclinaciones artísticas de los chicos, y recomendó a los profesores subalternos la más cuidadosa preparación de sus clases, sobre todo, en lo tocante al carácter socialista que debía tener la enseñanza moderna.

A la mañana siguiente, todo marchaba como el director lo había dispuesto, y se comenzaron los trabajos a la hora reglamentaria. El inspector se presentó quince minutos más tarde, y fue recibido por el director con las atenciones debidas a la jerarquía escolar. Era joven, moreno y robusto. Vestía guayabera de piel, pantalón y botas de montar

y sombrero tejano; indumentaria ciertamente apropiada para las andanzas al sol y al aire, por malos caminos y lugares incómodos. Su aspecto risueño y amable correspondía a su trato jovial y bromista. Dio primero una ojeada general al edificio, por fuera y por dentro; visitó en seguida los departamentos de primaria elemental, y como viera en uno de ellos, entre otras estampas, un viejo grabado que representaba unas ruinas coloniales, rematadas por una cruz, mandó retirarlo, por ser contrario a la ley. Entró luego en los salones de V y VI años, para presenciar las clases de civismo, español, matemáticas e historia de México, el director que las daba, se esforzó en retorcerles la punta, para hacerlas caber en el socialismo prescrito, como quien trata de ensartar una aguja con un hilo grueso. Los chicos se lucieron, por lo atinado de sus respuestas y su unánime participación en las clases. El inspector felicitó al director y a los alumnos.

–Voy a hacerles una pregunta –dijo entre grave y risueño, dirigiéndose a éstos–. Vamos a ver si me dicen quién escribió el Quijote.

Silencio general. Nadie alzó la mano para contestar, y todos miraban al director, como pidiéndole auxilio. Él también revelaba mortificación y ansiedad.

–¿Quién escribió el Quijote? –volvió a preguntar el inspector–. A ver usted –añadió, dirigiéndose a un muchacho de mirada inteligente, sentado en la primera fila de bancos.

–Baltasar Rangel –apuntó el director.

–Vamos a ver, Baltasar, ¿quién escribió el Quijote?

–Señor inspector –contestó con voz trémula el aludido–, puedo asegurarle que no fui yo.

–A ver si hay otro que me lo diga.

Igual silencio que antes.

–Señor inspector –dijo el director, acercándose–, aseguro a usted sin temor a equivocarme, que no fue ninguno de mis alumnos, pues todos son buenos y bien educados.

–Me doy por satisfecho –dijo el inspector irónicamente–, y me retiro. Vamos a que el señor director me dé los datos para mi informe… Buenos días, amiguitos… A seguir trabajando y portándose bien.

Mientras los profesores estaban en la Dirección, los chicos comentaron el caso.

–¡A poco fue *el Cispa*! –dijo uno.

–¡Mientes! –gritó el aludido–. ¡No fui yo! ¡Serías tú que me acusas!

–¡Como si a mí me castigaran todos los días, como a ti, por las faltas que cometes!

–Una cosa es que uno haga travesuras, y otra que escriba cosas malas.

–¡Y sé quién fue! –gritó otro.

–¿Quién?

–¡*Cucaracha*!

–Sí… ¡Miren qué fácil! –protestó el que tenía aquel apodo.

–Ayer traías un lápiz de marcar bultos.

–¿Y qué? A ver dime dónde lo escribí…

El regreso del director cortó el altercado. Venía muy serio. Dijo que no quería hacer averiguaciones, para no provocar denuncias y malquerencias entre compañeros; pero les habló largamente sobre el buen comportamiento que los niños deben tener dentro y fuera de la escuela, y calificó como una grave falta de educación y de moral escribir cosas feas.

Entre tanto, el inspector pasó a despedirse del presidente municipal.

–¿Qué tal encontró usted la escuela? –le preguntó el funcionario.

–Bastante bien, aunque faltan libros, pupitres y material escolar. Carece de las obras de consulta recomendadas por la Dirección de Educación,

como el *A B C del Comunista*, *El Capital*, de Marx, *El Origen de la Familia*, de Engels, y algunos otros. No hay retrete, y los niños tienen que ir hasta un arroyo no muy cercano, con pérdida de tiempo y menoscabo de la disciplina.

–Estamos, señor inspector, muy escasos de fondos… casi en bancarrota… pero se hará lo posible… ¿Y el adelanto de los niños?

–Bien en general… pero, fíjese, ni aun el mismo director, pudo decirme quién escribió el Quijote.

–Seguramente, señor inspector, porque ninguno de ellos lo escribió. El director es persona correcta, y los niños no son capaces de un acto semejante.

El inspector llegó a la Oficina de Correos, a depositar su correspondencia.

–¿Qué tal anda la escuela? –inquirió el administrador.

–¡Qué tal andará que ni los niños de sexto año ni el mismo director me pudieron decir quién escribió el Quijote!

–Tengo la mejor opinión del director, y de los chicos me informan que están mucho mejor disciplinados que en otras partes. Estoy cierto de que no fue ninguno de ellos.

Camino de la Estación, el inspector se encontró de manos a boca con el juez. Habían sido compañeros de escuela, y se saludaron con afecto y confianza.

–¿Vas a rendir buen informe? –preguntó el juez.

–En lo general, sí… pero, la verdad, me ha disgustado que ni el director ni los alumnos me pudieran decir quién escribió el Quijote.

–No formes por eso un mal juicio. Es que ninguno de ellos debe de haberlo escrito, pues los muchachos son buenos, y el director es persona seria.

El inspector se despidió de su amigo, llegó a la Estación apenas a tiempo de tomar el tren, y se marchó al pueblo, sin que nadie pudiera decirle quién escribió el Quijote.

Los acuerdos de un alcalde

El Palacio Municipal, con frente a la plaza del pueblo, es una casa espaciosa, en la que están instaladas todas las dependencias oficiales; la sala de sesiones y a la vez, despacho del presidente, la tesorería, la recaudación de rentas, los juzgados, la policía, la cárcel y el amplio corral donde se encierran los animales mostrencos y los cogidos en daño.

La sala de sesiones se comunica con el zaguán, y tiene ventana y puerta exteriores. Hay en ella dos mesas llenas de papeles, cantidad de sillas de tule, y en las paredes, los retratos de Hidalgo, y de Juárez, maltratados por el polvo y las moscas, a causa de su larga permanencia en el sitio, y colgada en la testera principal, la efigie del caudillo en turno, siempre flamante, como acabada de salir de los tórculos, a cada nueva fase de las mutaciones políticas.

Sentado ante su mesa, el secretario del republicano ayuntamiento lee, escribe o papelea. Se llama Tiburcio, le dicen Bucho, y ofrece su

persona singular amalgama de ranchero y citadino, sin que ninguno de los dos caracteres domine ni absorba al otro. Fuma continuamente, y para matar el tiempo y el fastidio, se levanta, se pasea, se asoma a la puerta y platica con Liborio y Valente, sujetos de carrillera y pistola al cinto, únicos integrantes de la policía del pueblo, y de los cuales, el uno debe seis muertes, y el otro diez. Valente y Liborio también se fastidian, y bostezan, se estiran, dan paseítos en corto, cabecean sentados en los poyos del zaguán, comen cacahuates, mascan quiote y fuman, poniendo el suelo de suerte que si necesita la escoba, no ha menester la regadera.

Llega el presidente don Cuco, de notoria procedencia campesina. Cincuentón, moreno, grande y rollizo, viene en camisa que desabrochada, descubre el pecho velludo; trae el sombrero en la mano, y se enjuga con un paliacate el copioso sudor que le escurre por el cogote y le pega a la frente los recios mechones de pelo. Se sienta, resoplando, ante una mesa.

–¿Qué hay de nuevo? –pregunta.

El secretario coge unos cuantos papeles, se sienta junto al presidente, y comienza el acuerdo.

–"Consignas electorales procedentes de *arriba*".

–Que se haga como se manda.

–"Solicitud de los Sindicatos de Obreros y Campesinos para que se suelte a un camarada preso por homicidio".

–Que se le eche tierra a la causa.

–"Chismes por cuestiones domésticas".

–Que no se haga caso.

–"Acusaciones por daños recíprocos en aguas y montes ejidales".

–Que no joroben, y se arreglen como puedan.

–"Petición de la profesora (guapa, por cierto), para que se le suba el sueldo y se le mande pintar la escuela, cuyas paredes están llenas de letreros y monos indecentes".

–Concedido.

–"Solicitud verbal de Liborio y Valente, para que se les permita castigar a los chicos que les gritan cuicos, soplones, tecolotes y lambe… blanquillos (con perdón de ustedes)".

Nota alegre en la monotonía del acuerdo. Don Cuco y Bucho se ríen de buena gana.

–Que los cojan y les den azotes.

–"Solicitud de una viuda pobre, madre de cinco chiquillos, para que se le perdonen las contribuciones que adeuda, por un jacal, y un pequeño solar que tiene en las orillas del pueblo".

–Que no ha lugar.

–"Noticia de que los regidores tratan de acusar a don Cuco, por haberse éste apropiado uno de los ojos de agua de la comunidad".

Abundante gama de improperios para los acusadores.

–¡Me la van a pagar!

–"Queja de los ricachones, porque los demás vecinos dejan sueltos sus marranos, y estos animales trillan los alfalfares, escarban las hortalizas y se bañan en la acequia del agua potable".

–Que no ha lugar, porque ellos también dejan sueltos los suyos.

En esos precisos momentos, una marrana seguida de ocho marranillos, se cuela desenfadadamente en la sala de sesiones, guiándolos con suaves gruñidos, a los que ellos responden al unísono y en tono igualmente tierno. Bucho se levanta para espantarlos, y los gendarmes se apresuran a venir en su ayuda.

–¡Cochi!

–¡Cochi!

Pero la marrana que seguramente tiene a punto de honor, como ciertos conductores de pueblos, no desandar el camino, agudiza los gruñidos en son de alarma, se escabulle por entre las piernas de

sus perseguidores, atraviesa la sala, derriba una silla, desencaja una puerta, y por el zaguán, se sale bonitamente a la calle.

Ante la lección objetiva del clan invasor, el presidente reacciona.

–Conviene cortar el abuso… haz una orden, y que Liborio y Valente la corran casa por casa.

–Que diga…

–Por acuerdo de la Presidencia, se ordena a los vecinos que tengan marranos, que los amarren, y a los que no tengan, que no los amarren.

–¿No le parece que sale sobrando la segunda parte?

–No; porque hay vecinos que no tienen marranos y amarran los ajenos.

Estrategia campesina

LA CEJA DEL CERRO, formada por grandes peñascos que parecían querer desplomarse, como puestos adrede en peligroso equilibrio, bajaba hasta la margen derecha del arroyo –torrentera ancha y profunda–, y separaba las casas del rancho de las tierras de labor; aquellas encaramadas en la vertiente contraria, para evitar el peligro de inundaciones, y al amparo de la barrera de rocas, contra huracanes y nortes helados; y las otras, tendidas a lo largo del cauce, valladeadas de álamos, huisaches y palos blancos, y con frecuencia abonadas por los limos de las crecientes.

En el rancho vivían el dueño y dos trabajadores que le ayudaban a cultivar las tierras, mediante salario de cincuenta centavos por día, corta ración semanaria de maíz y frijol, y aprovechamiento gratuito de dos pegujales donde sólo cabían cuatro litros de siembra.

El dueño, don Gregorio, llamado don Goyo por sirvientes y amigos, sesentón, alto, robusto, curtido por las intemperies y las rudas faenas

agrícolas, a que toda su vida se había dedicado, era activo, optimista y pronto a la risa y a la broma. Él, ayudado de sus peones, hacía todos los trabajos del campo, y cuando las siembras estaban en punto de cosecharse, las vigilaba personalmente de día y de noche, pues no tenía sino dar veinte pasos de su casa a la ceja del cerro, para asomarse por los huecos abiertos entre las peñas, y ver a sus pies, de un cabo al otro la labor de su propiedad. Y desde allí bajaba a espantar los animales, a capturarlos, si era posible, para cobrar el daño a sus propietarios, y cuando de gentes se trataba, para quitarles el robo y amenazarlos con la consignación a las autoridades de la villa cercana.

Aquel año, la labor de maíz estaba excepcionalmente bien dada, pues aparte de los riegos, habían caído lluvias abundantes en las épocas críticas que deciden de la bondad o pérdida de la cosecha. Ofrecía el maíz un hermoso color verdinegro, y no había caña que no tuviera cuatro y hasta cinco mazorcas.

El fruto copioso y bueno tentaba a los pájaros, a los burros, a las reses, a los viandantes y a la gente malévola de los ranchos vecinos. "Había que jugarse muy avispa", según decía don Gregorio, para defender la milpa de tantos aficionados, y el

buen hombre no descansaba ni de día ni de noche, cuidando su labor y espantando a los dañeros, a pedradas, a gritos, y a veces, a balazos disparados al aire.

Una noche que estaba ya don Gregorio en disposición de acostarse, "le dio la del indio", y se encaminó a su divisadero acostumbrado. Llegó y aplicando el oído, que en la oscuridad de la hora, le servía mejor que la vista, oyó un tropel de animales que caminaban al trote. El ruido se aproximaba, y al fin, esforzando sus ojos de lince, percibió en la vereda que cruzaba el arroyo y salía a su labor, un grupo negro y confuso. Era una recua que entró en el cauce, salió al lado opuesto y desapareció bajo la sombra de los árboles. Venían, sin duda, a hacer carga, y como eran, a juzgar por el bulto, no pocas bestias y arrieros, don Gregorio fue en busca de sus peones para pedirles ayuda. Uno de ellos acababa de llegar de la villa; pero había venido borracho y estaba durmiendo la mona. El otro había salido desde la mañana a traer el mandado, y aún no regresaba. Don Gregorio volvió a su casa; sacó de su escondite una pistola vieja con cinco cartuchos, la escopeta de dos tiros que usaba para "ir a las liebres", y el alfanje que servía para desyerbar y picar rastrojo, por si sucedía luchar

cuerpo a cuerpo. Regresó al divisadero, y a favor de la serenidad del ambiente, oyó el ruido peculiar de las mazorcas arrancadas de las cañas.

–¡Ah, bandidos talísimos! –gritó con voz recia que vibró en los ecos del cerro–. ¡Ándale, Pedro; tú por la vereda! ¡Tú, Pancho, por este lado del arroyo!; ¡Tú Matías, por el otro lado! ¡Corran, Juan y Cirilo, a salirse por el camino! ¡Disparen sobre seguro! ¡Que no se escape ninguno!

Y mientras gritaba, soltó tres balazos con breves intervalos. Los ladrones huyeron, y don Gregorio, sin dejar de dar voces: "¡Ándenle! ¡Síganlos! ¡No los dejen ir" Bajó de su atalaya, disparó otros dos tiros en la dirección que suponía llevaban los fugitivos, y con la escopeta preparada, atravesó la labor y llegó a donde estaban apersogados los burros. Eran ocho, con buenos aparejos y "mancuernas" de ixtle, y junto a ellos, al pie de un huisache, yacían en montón los sombreros, y los "jorongos" de los ladrones. Don Gregorio recogió las prendas, soltó los burros, y antecogiéndolos, se los llevó al rancho y los encerró en el corral. Cerró su puerta y se sentó a descansar, a reírse del susto que les había dado él solo a los dañeros, y a regocijarse por el no despreciable botín que les había cogido.

Propaganda electoral

Se estaba en la época de elecciones municipales, para la renovación de ayuntamientos, y aunque nadie ignoraba que no resultaría triunfante sino el candidato designado de antemano por el gobernador, los propagandistas, por un curioso fenómeno que sólo puede achacarse a la pueril inocencia de algunos ambiciosos y a la malicia de los que medran a su costa, andaban muy activos recorriendo los ranchos en busca de prosélitos, mediante dádivas exiguas y promesas abundantes, consistentes las dádivas en baratijas, como peines, espejos y navajas, botellas de mezcal y unos cuantos tostones; y las promesas, en jornales más altos, menor proporción para los amos en los contratos de aparcería, y reparto inmediato de las tierras de labor y agostadero. Llegaban en automóvil, pues importaba la rapidez de los movimientos, para madrugarles a los contrarios, y aprovechaban, preferentemente, los días de fiesta, para coger a los rancheros reunidos y a tiro de lengua.

Aquel domingo, desparramados en grupos bajo los árboles de la plaza o a la sombra de las paredes, los vecinos jugaban a la rayuela, a la baraja, a la pelota, o charlaban, fumando, mascando quiote y comiendo cacahuates, cuando irrumpió, jadeando y pitando ronco, un ford destartalado, donde venían embanastados media docena de sujetos, amén de la carga de chiquillos cogidos de las muelles traseras, que había levantado a su paso por las callejas del rancho. Se paró; los sujetos se apearon, y uno de ellos preguntó a los vecinos que se hallaban más cerca:

–¿Paulino Presas?

Como todos, en la plaza, estaban pendientes de los recién venidos, el interrogado gritó, dirigiéndose al grupo más próximo:

–¡Paulino Presas!

Uno de aquel grupo lo repitió al de más allá, y éste a otro, hasta que apareció Paulino Presas, inquiriendo quién lo llamaba, y encaminándose en seguida hacia los ocupantes del ford, con el sombrero a media cabeza, chispeantes los ojos, pues ya había olfateado el medro, las manos en los bolsillos del pantalón, como demostrando poco interés, y el andar desbaratado, indicador de la inconsistente inquietud de su carácter.

Paulino Presas era un mal labrador, pero un buen líder político. Año tras año perdía sus siembras, por no darles los trabajos requeridos; pero como propagandista electoral, era hábil y activo. Ratero, bebedor, holgazán, deudor insolvente del amo, de los ricachos y comerciantes del lugar, gozaba, sin embargo, por otro fenómeno de complicada explicación, de un ascendiente efectivo sobre sus convecinos, que aun sabiendo sus máculas, lo seguían a ojos cerrados, cuando de asuntos políticos se trataba.

Paulino se acercó a los del automóvil, los saludó amablemente, y ellos a él con la deferencia de quien va a solicitar un servicio.

–Don Fulano –dijo el que hacía de jefe, refiriéndose a un connotado político–, nos informó que ya le había escrito a usted sobre nuestras candidaturas y programas, y nos recomendó que viniésemos a verlo personalmente, para aclarar detalles y ponernos de acuerdo.

–Ya saben que estoy a sus órdenes.

–Muchas gracias… Nuestros candidatos son todos revolucionarios convencidos y calificados, y los puntos principales de su programa son el alza de los jornales, en favor de los trabajadores; la rebaja del por cierto que corresponde al amo, en los

contratos de aparcería, y el reparto de toda clase de tierras, grandes y chicas, de labor y de agostadero, puesto que la tierra debe pertenecer a quien la trabaja.

–¡Ah, qué bueno! Cabalmente, eso es lo que pretendemos nosotros los campesinos.

El jefe se llevó aparte a Paulino, hasta la sombra de un árbol cercano. Hablaron animadamente, con mucho manoteo del jefe y cabezadas afirmativas de Paulino. Aquél hizo seña a uno de sus acompañantes, y éste le llevó un grueso paquete de propaganda impresa y dos grandes botellas de tequila.

Los rancheros habían interrumpido sus juegos y sus charlas, y estaban pendientes de la entrevista entre Paulino y el sujeto forastero. Dio éste el paquete a Paulino, que se lo puso bajo el brazo; le alargó luego las dos botellas de tequila que hallaron amplio albergue en los bolsillos de la chaqueta del líder ranchero, y al fin, sacó un montoncillo de pesos que Paulino cogió con ávido movimiento y deslizó ágilmente en la faltriquera derecha del pantalón. Los mirones no perdieron un solo detalle de tales maniobras.

No hubo más. Los del automóvil se despidieron de Paulino con efusivos apretones de

manos y reiteradas recomendaciones para que "le diera recio al negocio", a las que él contestó con otras tantas promesas de actividad y eficacia.

–Pierdan cuidado… pierdan cuidado… pierdan cuidado… –repetía, a medida que los otros renovaban sus encargos, y mientras el automóvil se ponía en movimiento.

Paulino, con aire de triunfador, se encaminó a su casa, entre la expectante curiosidad de sus convecinos, que lo veían con secreta envidia, pues dos botellas de vino y un puñado de pesos no eran tan mal bocado.

–¡Pero, hombre, Paulino –le dijo uno de ellos–, no seas carbón!

–¿Por qué?

–¿Pos no eres tú de los otros?

–Pos sí… ¡pero a la buena si iba a no recibir lo que me dieron!

Las varas de taray

Don Mateo, vecino de una congregación de la sierra, tenía fama de rico. Experto y trabajador, levantaba buenas cosechas y era dueño de un ganado de cabras y de no pocas reses, pues en el monte, por cada cabeza ajena, aparecían cinco de su fierro. Pero sus hábitos de vida en nada le distinguían de los campesinos más pobres. Trabajaba personalmente su labor, y en los casos de apuro, ocupaba a sus amigos y compadres, a quienes devolvía en trabajo la ayuda recibida, cuando ellos, a su turno, la habían menester. Vivía en una choza hecha de troncos y puyas de palma, compuesta de dos piezas y amplio corral de ramas. Vestía camisa de manta, sombrero de petate, guaraches y pantalones de mezclilla, con múltiples remiendos de otro color, y sujetos a la cintura por ancha "víbora" de cuero.

Un domingo en la mañana, sentado don Mateo en la puerta de su vivienda, tomaba el fresco y se divertía con el animado espectáculo de la plaza. Los mercaderes ambulantes llegaban en "guayines",

en burros y a pie, estos últimos, pendientes los cestos de las extremidades de un palo apoyado sobre la espalda, y se estacionaban a la sombra de los árboles, entre apretado grupo de compradores y curiosos. Las mujeres iban por agua al estanque, y regresaban con la tinaja erguida sobre los hombros. Los chicos gritaban, jugando a la pelota, y las gallinas, los cerdos y los perros merodeaban por todas partes.

Caballero en un burro aparejado, con un palo en la diestra, para arrearlo y arrendarlo, llegó Policarpo, "abonero" que frecuentaba la comarca, vendiendo peines, agujas, carretes de hilo, manta y otros géneros baratos. Con suave golpe en el pescuezo y un "óchiquis", que el sufrido animal obedeció al instante, paró su jumento, y desmontó de un ágil salto.

–Buenos días le dé Dios, don Mateo.

–Buenos días, Policarpo.

–Con la venia, voy a meter el burro.

–Entra.

Don Mateo se levantó, dejando franca la puerta, y Policarpo y el burro entraron en la casa, de paso para el corral.

–¿Qué es de la ancheta? –preguntó don Mateo cuando volvió Policarpo.

–No quise traerla… corre el ruido de que hay por aquí pronunciados.

–¡Hombre sí! Dizque por ai andan, encuerando a la gente y comiéndose los trigos y los animales.

–¿Y usté no ha escondido los suyos, ni a recogido su cosecha?

–Los trigos todavía no están de corte, y los animales no hay dónde escaparlos, y menos así, de rota batida. ¡Que sea lo que Dios quiera!

–Oiga, don Mateo –dijo Policarpo, después de un corto silencio–, usté una vez me contó algo de una relación que nunca han podido encontrarla.

–Sí, y es verdá… Está entre el arroyo de la Mora y la falda del cerro. Se ha visto arder por ahí desde el tiempo de mis agüelos. Y yo también he devisado muchas veces levantarse una llama azul, tamaña así.

Don Mateo levantó la mano extendida como a un metro del suelo.

–¿Y no la ha buscado?

–Sí; pero he perdido el tiempo.

–Yo traigo unas varas que se echan y se clavan donde hay dinero o metales enterrados.

–¿De veras?

–Sí, señor. Muchas personas las han echado y han descubierto buenos entierros. Si quiere, podemos echarlas, y vamos a medias.

–A verlas…

Policarpo hurgó en las entrañas del aparejo de su burro, y sacó dos varillas de medio metro de largo, y al parecer, con casquillos dorados en uno de sus extremos.

–¿Qué le parece?

–Bueno –dijo don Mateo, después de examinarlas atentamente–; las echaremos así como dices; pero luego, luego; ahora que no hay fisgones en las labores.

–Ándele, pues.

Don Mateo metió en un costal una barra y una pala y encargando a la familia que le enviaran la comida a la labor, allá se fue en compañía de Policarpo.

Señalado el sitio por aquél, echó Policarpo las varas en diversos parajes. Donde primero se clavaron, tras de hacer un pozo bastante profundo, sacó don Mateo una herradura. Repitieron la prueba en otro lugar, y salió a la luz un tornillo. Pero como estos objetos confirmaban la virtud de las varas de indicar dónde había metales ocultos, siguieron la búsqueda, sin más intervalo, que media hora para comer y chupar un cigarro, hasta la puesta del sol, en que la fatiga y la falta de luz les impusieron la vuelta a las casas. Nada habían encontrado; pero

el hallazgo del tornillo y la herradura –esta última, por otra parte, señal inequívoca de buena suerte–, los persuadió a reanudar las exploraciones al siguiente día.

Cenaron con el buen apetito que despiertan las faenas corporales, frijoles, café con leche de cabra y abundantes tortillas de maíz pinto, más sabrosas que las de maíz blanco, y durmieron de una pieza hasta las primeras luces del alba. A tal hora despertaron, no por el hábito de madrugar, sino sobresaltados por los tiros, los gritos y el tropel de caballos que inopinadamente turbaron la quietud y el silencio del lugar. Se levantó don Mateo, se asomó con precaución a la puerta, y supo por un su vecino, que los pronunciados acababan de entrar en el pueblo… Treinta hombres, al mando del capitán Moreno… Estaba comunicando la novedad a Policarpo, cuando llamaron apresuradamente a la puerta.

–¡Ave María Purísima! –exclamó aquél.

Abrió don Mateo. Era un soldado, a juzgar por las carrilleras que le cruzaban el pecho, las "mitazas" de cuero y las sonantes espuelas.

–¿Es usté don Mateo?

–Sí, señor… A la orden.

–De parte de mi capitán, que vaya para allá luego, luego.

Don Mateo se trasladó al sitio donde habían hecho alto los pronunciados… Los caballos, puestos en fila, comían haces de trigo; los guerrilleros esparcidos, unos por las casas, buscaban qué comer y qué beber, y otros, forrajeaban en los trigales cercanos; el capitán hablaba con los vecinos que habían ido a saludarlo, algunos a darse de alta, y los más, a ver oficiosamente en qué podían servirle.

–¿Es usted don Mateo? –le preguntó, cuando éste se detuvo junto al grupo.

–A sus órdenes… Aquí vengo a su llamado.

–Tengo informes de que usté es rico, y quiero que me dé doscientos pesos para los gastos de la causa.

Los labios de don Mateo se torcieron en una sonrisa socarrona.

–¡Qué rico he de ser! –exclamó–. Le han informado mal. Soy más pobre que cualquiera. ¿Cómo voy a tener la cantidá que me pide?

–Sí la tiene, y va a dármela en seguida.

–No puedo… le aseguro que no puedo.

El capitán, atendiendo a unos sujetos recién llegados, dando órdenes y respondiendo a las

consultas que los guerrilleros y otras gentes venían a hacerle, parecía haberse olvidado de don Mateo.

–Mira, Blas –dijo a un soldado–, anda al arroyo y corta una docena de varas de taray, de una mata que está junto al paso.

–¿De qué tamaño?

–De dos metros, más o menos.

Don Mateo, pensando que el capitán había admitido su excusa, creyó oportuno alejarse, y pian, pianito, como quien no quiere la cosa, lo puso en práctica.

–No se vaya, don Mateo. Todavía tenemos qué hablar –dijo el capitán, advirtiendo la maniobra del taimado ranchero.

Don Mateo se detuvo muy a su pesar. El soldado que había ido por las varas de taray, regresó con un brazado que descargó en el suelo, frente al capitán.

–Mira –dijo éste, tranquila y sencillamente, como si se tratara de la cosa más natural del mundo–, quiébrale esas varas a don Mateo en el lomo, hasta que afloje los doscientos pesos.

El soldado empuñó una vara y flageló con ella al desdichado viejo, hasta que saltó hecha pedazos. Iba a coger otra; pero lo atajó don Mateo.

–No, señor –dijo lastimeramente, quitándose la víbora y sacudiéndola sobre la mano derecha, en la que fueron cayendo diez relucientes aztecas–. Aquí está el dinero.

–Si los entrega desde antes, se evita los azotes –observó jovialmente el capitán–. Venga también la víbora que buena falta me hace… muchas gracias, y vaya con Dios.

Don Mateo se dirigió a su casa, melancólico y dolorido, con la espalda llena de verdugones, pero a decir verdad, sintiendo más las monedas que los azotes.

–¿Qué pasó? –le preguntó Policarpo.

–Que tus varas no sirven para nada… buenas, las de taray… sacan el dinero en menos que canta un gallo.

Índice

Presentación 5
Las Galindos 7
"En ésas nos viéramos, Chepita" 17
Cuando César pasó el Rubicón 33
Ya apareció lo perdido 40
Un alcalde como hay pocos 52
Donde las dan las toman 59
Gobernador barrendero 64
Los dulceros 69
El Rey Dormido 77
La mejor política 82
Otro alcalde como hay pocos 92
Para qué están los centinelas 100
"¡Sígueme y te haré feliz!" 106
Tío Baticolas 114
Pastorela de Navidad 122
La botica es buen negocio 130
Un juicio de Salomón 137
Tío Careaga 143

Bonitas y decentes, pero… 152
Doña Jesusita 160
Más vale maña que fuerza 164
Don Timoteo 170
El colmo del empeño 175
Don Tirso *el Cargador* 178
La denuncia de un soneto 183
Política porfirista 188
Rutina y progreso 193
Comercio y ajedrez 202
¡Qué brutos hemos sido! 205
La propia cosa 210
Villa y los "curas" 220
Un gobernador villista 229
De qué murió don Crispín 239
Clínica revolucionaria 244
De cerca, la muerte asusta 251
¿Quién escribió el Quijote? 255
Los acuerdos de un alcalde 261
Estrategia campesina 266
Propaganda electoral 270
Las varas de taray 275

Entre historias y consejas

Anécdotas de la vida en Saltillo

José García Rodríguez

Esta obra fue editada por el Consejo Editorial del Estado
e impresa en sus Talleres Gráficos
"Profr. Arturo Berrueto González"
Enero de 2019

El tiraje fue de 1000 ejemplares

José García Rodríguez

(Saltillo Coah., 1872-1948)

Educador, poeta y escritor. Director del Ateneo Fuente en tres ocasiones, de la Escuela Normal de Coahuila y de Educación. Formó parte de la XXII Legislatura del Estado que en 1913 desconoció al gobierno del general Victoriano Huerta. Oficial mayor de Educación Pública (1916). Cronista de Saltillo. Obtuvo primer premio con la "Oda a Cuauhtémoc" en el certamen literario convocado por el Ateneo Mexicano que dirigía el eminente educador don Justo Sierra. Colaboró en la *Revista Azul, Revista Moderna, Mundo Ilustrado, Revista de Revistas, El Espectador de Monterrey* y *Magazine de la Frontera*. De su extensa obra destacan: *Sinfonía de la Luz; Las horas iluminadas; Relatos, misterio y realismo; Las tres hermanas; Alma rústica; Las 13 vetas*; *Miren lo que sucedió en la feria del Saltillo* ; *De la vida ilusoria* ; *Anécdotas* y *Tras la huella del Quijote*. Perteneció al Seminario de Cultura Mexicana. Sus restos descansan en la Rotonda de los Hombres Ilustres de Coahuila en el Panteón de Santiago, en Saltillo.

SC | SECRETARÍA DE CULTURA

Clásicos
COAHUILENSES
DE BOLSILLO

Gobierno del Estado
Coahuila
de Zaragoza